MEMORABILIA

Una vida realizada

Víctor Mercante

EDICIONES DE LA FaHCE

FaHCE
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

IdIHCS
Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales
CONICET

Una vida realizada

Víctor Mercante

FaHCE
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
IdIHCS
Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales
CONICET
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

2026

Esta publicación ha sido sometida a evaluación interna y externa organizada por Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata.

Diseño: D.C.V. Federico Banzato
Diseño de tapa: Sara Guitelman
Editor por Ediciones FaHCE: Juan Pablo Carrera

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
©2026 Universidad Nacional de La Plata

ISBN 978-950-34-2735-4
Colección Memorabilia, 5

Cita sugerida: Mercante, V. (2026). *Una vida realizada*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación ; IdIHCS ; SAIEHE. (Memorabilia ; 5). https://doi.org/10.24215/978-950-34-2735-4

Disponible en https://libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/297



Licencia Creative Commons 4.0 Internacional
(Atribución-No comercial-Compartir igual)

Universidad Nacional de La Plata
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Decano
Hernán Sorgentini

Vicedecana
María Aurelia Di Berardino

Secretaria de Asuntos Académicos
Mariel Giacomone

Secretario de Posgrado
Fabio Espósito

Secretario de Investigación
Marcelo Starcenbaum

Secretaria de Extensión Universitaria
Liliana Rocha

Prosecretaria de Publicaciones y Gestión Editorial
Verónica Delgado

Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS-UNLP/CONICET)

Director
Juan Antonio Ennis

Vicedirectora
Myriam Southwell

Índice

Claves biográficas, pedagógicas e institucionales para volver a Víctor Mercante
Myriam Southwell 7

El escrito autobiográfico como novela de formación. *Una vida realizada*, de Víctor Mercante
Nicolás Arata 29

UNA VIDA REALIZADA (mis memorias)
Víctor Mercante

Prólogo 59

CAPÍTULO I 71

CAPÍTULO II 91

CAPÍTULO III 105

CAPÍTULO IV 129

CAPÍTULO V 155

CAPÍTULO VI 185

Quienes escriben 203

Claves biográficas, pedagógicas e institucionales para volver a Víctor Mercante

Myriam Southwell

En el año 2025 se cumplieron 120 años de la nacionalización de la Universidad Nacional de La Plata y en 2026 se cumplen también los 120 años de la fundación de la Sección Pedagógica,[1] que —impulsada y sostenida por Víctor Mercante— daría origen a los estudios sistemáticos de las ciencias de la educación. Por lo tanto, los estudios pedagógicos, gracias al impulso de Mercante, formaron parte de la universidad platense desde su propio origen.

Víctor Mercante (Merlo, 1870 – Los Andes, 1934) se formó en la Escuela Normal de Paraná, cuna del normalismo argentino, bajo la guía de Pedro Scalabrini. Una vez graduado como maestro normal, a fines de febrero de 1890, se instaló en la ciudad de San Juan con el cargo de

[1] La creación de la Sección Pedagógica de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales en 1906. A partir de ella en 1914 se crea la Facultad de Ciencias de la Educación, que pasará en 1920 a ser la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, nombre que conserva hasta la actualidad. Nos hemos explayado sobre las derivas institucionales de esta creación en la tesis de maestría *El profesorado universitario en ciencias de la educación: un análisis genealógico de la conformación del campo pedagógico en la Universidad Nacional de la Plata* (Southwell, 1998), que luego se publicó como libro con el título *Psicología experimental y Ciencias de la Educación. Apuntes de Historias y Fundaciones* (Southwell, 2003).

regente de la Escuela Normal —que había fundado Manuel de Antequeda—, a la que asistían quinientos niños de las familias más distinguidas (Dagfal, 2010). El educador expresaba así su preocupación por la preparación que debía alcanzar para afrontar esa responsabilidad:

> Parte de mi primer sueldo [de $ 250] lo giré para la adquisición de *L'Uomo delinquente*, La sociología criminal, libros de Sergi, Marre, Morselli, Lacassagne, Darwin, Topinard, Haeckel, Maudsley... que trazaban un rumbo a mis actividades, desde el momento en que descubría en ellos un método de trabajo aplicable a una pedagogía sin hechos en qué apoyarse. Inútilmente revolvía diccionarios y tratados; a Bain, Spencer, Siciliani, Bencivene, Dominicis, Barth, las revistas. No encontraba sino palabras y palabras… (Mercante, 1944, p. 57).

José Ingenieros ubicó en esa experiencia de Mercante en San Juan a la primera investigación experimental iniciada en 1891, con la instalación de un modesto laboratorio de psicofisiología, con el cual muy pronto el educador pudo publicar resultados de sus experiencias psicológicas (Ingenieros, 1919, p. 303). Su preocupación central giraba en torno a cómo aprendía el niño y para estudiar ese problema diseñó pruebas experimentales a fin de comparar "variables fundamentales" como edad y cultura. La prueba consistía en hacer que los alumnos redactaran composiciones en situaciones diversas, de tal manera que fuese posible identificar y medir las diferencias entre las distintas edades y los diferentes grupos. Cinco mil de esas composiciones constituyeron la materia prima de su primer libro, publicado con la ayuda de un préstamo bancario (Dagfal, 2010). El resultado de esas pruebas debía producir conclusiones didácticas para ir en contra de lo que él denominaba "ciencia libresca" ("palabras y palabras", como se mencionaba en la cita), entendida como un conjunto de valoraciones abstractas, sin basamento experimental. En vistas de la formación normalista que había recibido, propuso trabajar en la creación de museos escolares orientados al uso di-

dáctico diversas colecciones de objetos, que incluían láminas, animales embalsamados, mapas, fósiles, etc. (Mercante, 1893). Además, alumnas y alumnos participaban de la recolección, organización y conservación de esas colecciones como parte de las estrategias de enseñanza de diversas asignaturas. Con relación a este tema, expresa:

> Aquí es donde el niño forma el hábito de la observación, aquí es donde el niño conoce el mundo que le rodea, aquí es donde medita los fenómenos que se le presentan, aquí es donde forma el hábito de la sistematización, aquí es donde aprende a describir las cosas y los hechos (Mercante, 1893, p. 190).

Esta búsqueda psicopedagógica se vincula, por un lado, con los propósitos transformadores y homogeneizadores del normalismo, pero se extiende mayormente hacia la teoría de las facultades —de la que hablaremos a continuación—, que habilita recorridos hacia una pedagogía correctiva, basada en los estudios vinculados a la experimentación psicofisiológica.

La cientificidad de la pedagogía

> *Hay que formar un sistema nervioso, una sensibilidad, una razón y un sentimiento que se sobreponga al instinto de las razas que la inmigración confunde bajo la misma bandera. Cada americano es hoy, un conflicto de sentimientos, de ideas y de deseos; estamos llenos de conceptos indígenas acerca del trabajo, de la propiedad, de la economía, de la política (…) La nacionalidad hoy es un problema psicológico (...) En todos los pueblos existe una masa de elementos inferiores que adolece de los males apuntados. Pero ningún camino se les abre para contaminar los impulsos sanos de los capaces (...) Es una misión santa del colegio y de la universidad (...) preparar a esta clase superior de inteligencias y caracteres. (...)* ¡Vivamos nuestra buena sangre! (Mercante, 1918, p. 62).

A partir de la nacionalización de la Universidad de La Plata en 1905, Mercante encontró la que sería su inserción académica clave con la creación —en 1906— de la mencionada Sección Pedagógica integrada a la Facultad de Derecho, donde desarrolló una psicología pedagógica de corte experimental. El propósito de su fundación fue el de "formar el cuerpo docente de los Colegios Nacionales, Escuelas Normales e Institutos así como la capacitación pedagógica de quienes se formaban en disciplinas específicas dentro de la Universidad" (Castiñeiras, [1940] 1985, p. 49, cursivas en el original). La Sección Pedagógica, además, contaba con una publicación en la que se presentaban sistemáticamente los resultados de sus estudios denominada *Archivos de Pedagogía y Ciencias Afines*. Esta revista al fundarse la Facultad pasó a denominarse *Archivos de Ciencias de la Educación,* nombre que conserva hasta la actualidad.

Luego de esa primera etapa, se creó en 1914 la Facultad de Ciencias de la Educación, de la que fue autoridad y en la que consolidó espacios como los laboratorios de psicofisiología y psicoestadística. La formación de la joven Facultad de Ciencias de la Educación era decididamente psicologicista. En las dos primeras décadas del siglo contaba con tres cursos de psicología que constituían el eje de su formación: Psicopedagogía, a cargo de Víctor Mercante hasta 1922, Psicología Anormal, a cargo de Rodolfo Senet, y Psicología, que tuvo como titular a Enrique Mouchet.

Cuando se crea la Facultad de Ciencias de la Educación, entre sus fundamentos se encuentra la intención de que tuviera —como "sus hermanas de curriculum"— un laboratorio donde "se investigara la verdad" (UNLP, 1914, p. 11). Mercante detalla cómo el laboratorio de psicopedagogía estructuraba sus investigaciones alrededor de cuestiones tales como la lectura mecánica y la imaginación reproductora. De esta manera se insertaba en el trabajo de numerosas escuelas de La Plata y prescribía "la verdad metodológica" a partir de desarrollar una psicoestadística que permitía medir:

1. Aptitudes de cada raza, cada sexo y cada edad dentro de la escuela
2. Diferencia de aptitudes por edades, sexos y razas
3. Efectos diferenciales de la cultura
4. Determinación de la edad para comenzar estudios o aprendizajes
5. Determinación de los métodos más eficaces, considerados dentro de la exactitud, de la persistencia de conocimiento y de la rapidez de la adquisición
6. Determinación de la capacidad del hombre y de la mujer, para enseñar ciertas asignaturas y a un grupo escolar dado
7. Determinación de las crisis psico-morales (Mercante, 1910, pp. 399-400).

Como se desprende de las fuentes, la pedagogía de Mercante era determinista, con clasificaciones que tenían eco en la desigualdad social. Sin embargo, como ha sido argumentado ya en otros trabajos (Southwell, 2003; Dussel, 2014), aun con esa mirada determinista la perspectiva que desarrolló le otorga un rol significativo a la docencia en la producción de conocimiento: "si los profesores acostumbraran a escribir sus memorias, tendríamos observaciones sorprendentes acerca de la psicología de los niños" (Mercante, 1918, p. 126). Los emparentaba con los médicos que estudian el cuerpo que han de curar, asignándoles "la sagrada obligación" de estudiar el espíritu del educando y de ser "cultores de la niñez" al conocerlos. Esa idiosincrasia no remitía a la celebración de la experiencia infantil que se desplegaría luego en las décadas siguientes del siglo XX, sino que se fundaba en la herencia que se manifestaba en la fisiología: "la educación cifra sus éxitos en el camino trazado por padres y abuelos" (Mercante, 1927b, p. 47).

También se observa en los textos citados que tenía una preocupación por las razas, por eso se empeñaba en establecer clasificaciones rígidas de los sujetos según sus capacidades de aprendizaje (Puiggrós, 1990). Puiggrós consideró a Mercante un exponente de la corriente normalizadora positivista e identificó como rasgos

de su obra el "racismo, [el] elitismo y [la] soberbia étnico-cultural" (Puiggrós, 1990, p. 143). Pero también señaló aspectos que abrieron otras consideraciones, por ejemplo, la diferenciación entre individuo y masa, que lo llevó a articular una psicopedagogía con una sociopedagogía (Puiggrós, 1990, p. 267). Además, colocó a la ciencia como discurso de legitimación del mundo. Por ello, como destaca Dussel (2014), el uso del lenguaje científico de Mercante expresa más que los temas que se investigaban; expresa la empresa de saber-poder que él se propuso consolidar en la Argentina. También la autora destaca el modo precursor de escribir ciencia que utilizaba Mercante, que se valía de sistemas de citas, referencias a estudios de otros países, series estadísticas de investigaciones similares desarrolladas en Europa, Rusia y Estados Unidos, y puesta en contraste de su producción con investigaciones similares de otras partes del mundo. Así, entendía y ejercía su tarea científica como parte de una red internacional de conocimiento. Ese modo de producción científica instalada y consolidada en nuestros días no era habitual en el comienzo del siglo XX.

DePaepe (1987) reseña cómo Mercante participó en 1911 en el Congreso Internacional de Paidología de Bruselas, experiencia de la que el autor dio cuenta en su libro *La Paidología* (1927b). En ese evento coincidió con Ovide Décroly, Adolphe Ferrière y Charles Persigout, Josepha Joteyko —a quien se le asigna la creación del concepto de paidología—, Carl Jung y el Charles Spearman, figura clave de la investigación estadística. En ese viaje —según narra en *La Paidología*—, Mercante viajó a Ginebra y sostuvo un encuentro con Sigmund Freud. Según el argentino, Freud se interesó por su tesis sobre la pubertad y le expresó que "el tratamiento psicoanalítico es una educación destinada a vencer en el individuo los restos de la infancia" (Mercante, 1927b, p. 183). La red de investigadores que contactó en esa ocasión funcionará como un espacio de referencia permanente de sus investigaciones en el laboratorio de La Plata.

El laboratorio y las redes internacionales para un saber paidológico

> *[Resulta] esencial considerar el conocimiento del niño para saber qué podemos hacer de él* (Mercante, 1918, p. ix).

La formación que se brindaba en ese centro se basaba en asignaturas que especificaban en su título que implicaban la observación y la aplicación. Su fundamentación concebía al individuo como un conjunto de órganos y funciones que expresaban una suma de aptitudes y, como para la educación el cerebro era el órgano prioritario, entonces la formación del pedagogo debía partir de su estudio. Estas definiciones tenían como base las ideas de Alfredo Binet,[2] en relación con la idea de desarrollar una pedagogía nueva, dado que la

> antigua, a pesar de sus buenos propósitos y capítulos más o menos acertados, adolece de vicios radicales: está hecha de ideas preconcebidas, procede de afirmaciones gratuitas, confunde las demostraciones rigurosas con citas retóricas (...) está hecha de frases y fantasías (...) la pedagogía nueva debe, ante todo, proceder experimentalmente (Binet, 1906, pp. 26-27).

Como hemos mencionado, la psicología que fundamentaba las propuestas y prácticas de este movimiento pedagógico era la psicología de las facultades. Desde esta perspectiva, el ser humano nacía con una serie de facultades que debían desarrollarse mediante el ejercicio:

[2] Alfredo Binet (1857-1911) fue un psicólogo francés que desempeñó un papel dominante en el desarrollo de la psicología experimental y que hizo contribuciones fundamentales a la medición de inteligencia. Los trabajos de medición de Binet —que alcanzaron una difusión importante en estas playas así como otras perspectivas de cuna francesa— intentaban detectar tempranamente a los alumnos "refractarios a la disciplina", para lo cual diseñó luego su test mental. Estos pedagogos entendían a la adaptación como "la función general de la inteligencia", por lo que se privilegió la formación de espacios ligados a esta temática tales como laboratorios de observación. Así se produjo un importante cambio en la pedagogía, nuevos estatutos del saber

pensar, razonar, memorizar, percibir, etc. En ello, Mercante articulaba bases del pensamiento herbartiano con corrientes más puramente psicológicas, como la psicología de Wundt.[3] De los desarrollos teórico-instrumentales europeos, la pedagogía positivista argentina parece haber tomado sus rasgos de experimentalidad y su preocupación por la detección y atención de los individuos anormales, lo que derivó en una proliferación de tipologías diversas para el análisis de una población más amplia que aquella clasificada originariamente como *anormal*.

Para ello, el laboratorio de psicología experimental fue dotado de una gran cantidad de aparatos para experimentación provenientes de Francia y Alemania. También funcionaron allí otros laboratorios: el de fotografía, el laboratorio de antropología o antropometría —que dirigía Rodolfo Senet, anexo al curso de Antropometría Pedagógica (Calcagno, 1921, p. 580)—, el de micrografía nerviosa, y el museo de cerebrología (en colaboración con el hospital neuropsiquiátrico de Melchor Romero) —anexo al curso de Anatomía y Fisiología del Sistema Nervioso—. Allí se realizaban numerosos estudios en la línea de las investigaciones galtonianas.

Un colaborador muy significativo de esa tarea fue Rodolfo Senet, quien sostenía la importancia de desarrollar la investigación antropológica, dado que las estadísticas de otros países no podían ser aplicadas a la realidad de este, por ser un país que difería del resto debido al peso del componente inmigratorio. En ese sentido, planteaba el valor del estudio de la evolución ontogenética por "interés general [y por] aplicación inmediata e interés local (...) La pedagogía orientada hasta hace poco en sentido divergente, comienza a explotar las conclusiones de la antropología" (Senet, 1907, pp. 27-28).

[3] Wilhelm Wundt (1832-1920) desarrolló estudios filosóficos al servicio de la psicología experimental en su laboratorio de Leipzig. Se dedicó a estudiar los fenómenos psíquicos sin considerar dimensión espiritual alguna, vinculándolos a fenómenos fisiológicos. Trabajó sobre el supuesto de un paralelismo entre fenómenos físicos y psíquicos, aunque los considerara causalidades diferentes.

Mercante entendía que el motivo de la enseñanza era

> fijar conocimientos y desarrollar aptitudes conforme a ciertos fines; aquellas son cantidades, éstas son intensidades; unas y otras se determinan midiendo el contenido, exacto o erróneo, por la externación y el tiempo empleado para fijar y externar, porque la finalidad didáctica no es sino una reacción que corresponde al estímulo: exacta, persistente y breve (Mercante, 1910, p. 396).

De ello se deducían prescripciones didácticas que eran el objeto privilegiado de estos positivistas: "lo fundamental, en didáctica, es conocer el error de una manera matemática para corregir la marcha y seguir el procedimiento que conduce a la verdad con rapidez" (Mercante, 1910, p. 396). Y así caracterizaba el desarrollo conceptual y metodológico que se desarrollaba en las propuestas de formación, la investigación en laboratorio y la producción de material para la enseñanza que desplegaban: "Hemos trascendentalizado, erigiéndonos en cuerpo de doctrina, el método de los casos verdaderos y de los casos falsos; el cómputo didáctico no es sino este capítulo tan pequeño y casi desdeñado de la Psicología experimental" (Mercante, 1910, pp. 397-398).

El educador estableció la necesidad de distinguir con mayor especificidad la etapa que iba entre los 12 y los 16 años, que denominaba *pubertad*, y se refería a ella como una etapa caracterizada por una crisis que expuso a modo de tesis y que explicó del siguiente modo:

> 1.- A) TESIS. La crisis de la pubertad es un período de transición entre la infancia y la adolescencia y se caracteriza:
> 1 Por un extraordinario crecimiento físico.
> 2 Por un extraordinario debilitamiento mental.
> 3 Por la renovación e inestabilidad de los sentimientos.
> 4 Por la aparición de aptitudes y tendencias profesionales.
> 5 Por nuevos intereses y nuevos motivos (Mercante, 1918, p. 423).

Y, en el mismo sentido:

> los fisiólogos y educacionistas están contentos en admitir que de los 12 a los 16 años, el organismo sufre una crisis, algo así como una metamorfosis en la que el adulto se define; las actividades del cerebro pierden su agilidad; la acción frenadora de los centros de inhibición se debilita (Mercante, 1918, p. 24).

En su libro *Crisis de la pubertad* (1918), Mercante puso especial énfasis en que

detrás de toda normativa escolar y de la enseñanza debía existir una ciencia; su propuesta incluía seccionar en partes homogéneas a la masa, que se ajustara a la escala natural de diferencias que no podían cambiar a corto plazo, como así también la escala social cuyos determinantes eran biológicos, hereditarios y ambientales. La institución escolar debía forjarse de acuerdo a esos determinantes sociales, dado que el éxito del proceso de enseñanza dependía del grado de homogeneidad del grupo; por ello planteaban la necesidad de taxonomizar cada grupo de acuerdo a sus capacidades. A su vez, la consideraba como la etapa en que se conformaban las vocaciones sobre las bases de las tendencias innatas del individuo. A partir de sus análisis psicológicos de las características individuales, sin concebir la posibilidad de una educación igualadora, Mercante proponía elaborar estrategias educacionales distintas para grupos de capacidades diferenciadas:

> El primer grupo recibirá una educación profesional o superior. El segundo debe ser simplemente preparado para una vida inferior, las enseñanzas deberán ser adaptadas a la capacidad de razas que como la negra y la india se incorporaron más recientemente a la civilización y no han realizado su proceso de adaptación al ambiente. Las puertas de la escuela secundaria deben cerrarse para este último grupo, porque no tienen sus miembros, más centros excitables que los sentidos y no pueden exceder la educación primaria y el disciplinamiento en el oficio manual (Mercante, 1927).

La unidad de la ciencia y la psicología de los alumnos sentaba las bases para estructurar la enseñanza en una táctica escolar —fuente de los desarrollos didácticos del siglo XX— y aparecía reflejada en tres rasgos: el establecimiento de una serie ordenada de pasos, el interés "natural" del educando y la correlación entre asignaturas. El innatismo, para Mercante, justificaba las diferencias: "el afán igualitario sólo da una felicidad efímera que pronto deja paso a las tendencias naturales. La escuela niveladora, la escuela única, era para él una tendencia antinatural, y sólo contradecía de manera provisional las tendencias plurales y heterogéneas de los individuos" (Mercante, 1927b, pp. 129-134). Se basó en el psicólogo eugenésico Lewis Terman para sostener que "el cociente intelectual servía de base para la predicción escolar y social del alumno" y por ello se obsesionó por establecer clasificaciones según las facultades de los educandos (Mercante, 1927, p. 36). Así, la pedagogía perfeccionaba lo dado y, además, era correctiva: "El procedimiento del que educa es recapitular el pasado para preparar las aptitudes para el presente en condiciones favorables, combatiendo toda desviación que pretenda encarnarse" (Mercante, 1925, p. 100).

Inés Dussel (1997) afirma que Mercante intentó alcanzar un nuevo código de determinación curricular en una ciencia pedagógica con base psicológica, y desde allí discutir con el currículum humanista enciclopédico. Él explicitaba su posición basada en la paidología, y la contraponía a lo que denominaba "una psicología sin cerebro". Ponía así en evidencia que la teoría de las facultades que había orientado sus primeras indagaciones resultaba limitada. Por ello, los docentes debían tener registros minuciosos de sus alumnos en fichas, con una tendencia hacia la investigación psicoestadística. En su análisis, la psicología experimental daba un coeficiente matemático del estado mental de un grupo; ese coeficiente se componía de diferentes variables y era tarea de la pedagogía impulsar el aumento de todas ellas (Mercante, 1925, pp. 28-29). En relación con ello, afirmaba: "la escuela debe poseer esta información primordial, pronta a suministrarla, un día, a quien la requiera, como si se

tratara de un acta de nacimiento que otrora careciera del valor jurídico y documentario que tiene hoy" (Mercante, 1927, p. 48).

En el laboratorio de paidología se medía la apertura de brazos, la altura, la circunferencia del cráneo, la capacidad pulmonar, los espectros sensoriales, la memoria, el razonamiento, la atención y la afectividad. Toda esa información debía ponerse en función de desarrollar la táctica de la enseñanza:

> La psicopedagogía experimental nos da un coeficiente que es la expresión matemática del estado mental de grupo en un momento de su actividad, puesto que dicho coeficiente está integrado por variables; la Pedagogía es un incremento de todas las variables que no dependan del sexo, de la edad, del factor físico, cuya curva se conoce. Por tanto, cualquier exploración debe darnos comparada con la precedente, una diferencial en la que pueda calcularse el valor de la función puramente didáctica, y, en consecuencia, la bondad de los métodos educativos por los resultados obtenidos en la misma unidad de tiempo (Mercante, 1925, pp. 28-29).

Como hemos visto, la posición desplegada por Mercante contenía diversas paradojas, ya que el *positivismo pedagógico* —denominación que le dio Tedesco (1986)— simultáneamente sostenía el determinismo y, a la vez, la idea de que la educación es el medio para potenciar la herencia y superar el origen social. En palabras de Tedesco: "En este sentido y más allá del pesimismo y el fatalismo biológico, reconocidos como punto de partida, la propuesta didáctica del positivismo tendía a garantizar el progreso individual a través de estrategias que movilizaran, externamente, las capacidades naturales individuales" (1986, p. 269).

Sus perspectivas sobre la infancia, la juventud y la cultura contemporáneas

> *La educación-desarrollo considera sobre todo una actividad creadora a través de los más variados procesos: sensaciones,*

> *percepciones, conceptos; una atención cada día más complicada en duración e intensidad; el poder de analizar, de asociar y generalizar; la fineza para crear pensamientos sobre un grupo determinado de cosas* (Mercante, 1918, p. 289).

Como hemos venido explorando, la teorización de Mercante también tuvo un significativo peso moral, tal como lo tenían las conceptualizaciones desarrolladas en el normalismo y en los sistemas educativos modernos en general. Una de sus preocupaciones centrales giraba en torno a lo que entendía como la propensión natural de los púberes y los jóvenes hacia actitudes "de desorden" y sus tendencias a la beligerancia (Mercante, 1927, p. 32). Así lo expresaba:

> ¡La conducta! ¡Qué problema, en aquellas aulas con 50, 60 y 70 alumnos! (...). Expulsábamos y readmitíamos, pero no apagábamos aquel volcán en el que se mezclaban tercos, divertidos, tontos, perversos, truhanes, buenos, tranquilos, educados, graciosos, serios, locuaces, taciturnos. Era pues, la humanidad brutalmente amontonada en un salón para ser domesticada por un maestro (Mercante, 1944, p. 120).

Su preocupación por las situaciones de enseñanza y aprendizaje se desbordaba hacia otras perspectivas sociales más amplias. Este hijo de inmigrantes italianos elaboraba conceptualizaciones desde la psicología para construir explicaciones sobre estas "multitudes", que preocupaban tanto a los sectores dirigentes de la república del centenario. La masa, que, en los términos de Gustave Le Bon en *Archivos de Pedagogía* (1906) se concebía como heterogénea, indómita e irracional, reclamaba un amo que la domesticara. Pero, al mismo tiempo, exigía un estudioso que la observara pacientemente, anotando, comparando y clasificando sus elementos, para elaborar "las normas del orden y de la armonía, indispensables para que la escuela fuera eficaz" (Mercante, 1944, pp. 123-124).

En 1913 fue nombrado director de Enseñanza Secundaria y Especial Ernesto Nelson, un pedagogo que también había trabajado en la

universidad platense, en su caso dirigiendo el internado del Colegio Nacional desde 1909. Mercante se ocupó de decir que él no comulgaba con las ideas de Nelson, al que calificaba como muy influido por el reformismo norteamericano, particularmente centrado en la figura de John Dewey. Su disidencia estaba relacionada con lo que caracterizaba en Nelson como

> un concepto optimista acerca de la acción individual del profesor y del alumno".[4] Se diferenciaba de ello con un dejo de escepticismo: "si bien nosotros no tenemos la misma fe en el gobierno propio (...) creemos que la realización, en parte, de este noble ideal contribuirá a hacer de los colegios organizaciones activas" (Mercante, 1925, p. 12).

En otros aspectos se mostró cercano a Nelson y se basó en sus ideas para comenzar la elaboración de lo que sería luego su principal incursión en la política educativa nacional: "El señor Nelson lleva el propósito de polifurcar la enseñanza de los colegios, reforma de trascendencia que merece toda nuestra simpatía, puesto que consideramos que salvará intelectual y moralmente á nuestra juventud, enviciada por el enciclopedismo de los planes" (Mercante, 1913, pp. 339-340).

---

[4] Nelson (1873-1959) fue uno de los promotores de la introducción del pragmatismo norteamericano, en especial aquel ligado a la educación a través de Dewey. Por ello, Mercante se refería a él con la expresión del "yanquismo que enardece a Nelson", pensando desde una intelectualidad que todavía tenía como modelo a la cultura europea. Para Nelson, el concepto de democracia y de reformismo social debían estar en el centro de cualquier propuesta educativa. Defendió la acción societal y la participación civil en las instituciones educativas, en una importante vuelta a aquellos componentes democráticos que existieron en el discurso sarmientino. Esta idea de democracia era articulada con los postulados del fordismo, expresión del industrialismo que Nelson juzgaba como modelo de modernización. En el Colegio Nacional —bajo su dirección— introdujo la educación física, los campamentos, viajes de estudio, el fútbol, el cine, la prensa, etc., como modalidades educativas. La vinculación de la escuela media con las expresiones culturales de la comunidad fue una de sus permanentes preocupaciones.

Así, dos años después, Mercante —en su carácter de director general de Enseñanza Secundaria, Normal y Especial— fue quien propuso la reforma educativa —que había empezado a elogiar en Nelson— que llevaría adelante el ministro Saavedra Lamas en 1915, durante la presidencia de Victorino de La Plaza. En ella logró plasmar su intención de diversificar los recorridos de la escolaridad desde muy temprana edad, basado en la hipótesis que tenía sobre la pubertad, la cual presentamos anteriormente. Así, la propuesta de escuela intermedia —una modalidad muy novedosa elaborada por Mercante— modificaba sustantivamente los modos en que el sistema escolar argentino se había vinculado con los saberes del trabajo. La Revista *Archivos* de 1916 se iniciaba con una nota homenaje ofrecida al ministro, en la que Mercante, la publicación y el cuerpo docente de la joven Facultad de Ciencias de la Educación sentaban su posición, pedían la continuidad del ministro y el otorgamiento de un presupuesto mayor.

A diferencia de otras propuestas de reforma educativa, cuyos argumentos estaban en función de campos del conocimiento, de las necesidades de formación de mano de obra, o bien de la formación de una cultura común (Dussel, 1997), la propuesta de Mercante fue colocar a la ciencia como el criterio superior de la selección de contenidos y estrategias de enseñanza (Dussel, 2014).

En otro orden de cosas, Mercante se expresó contrario a la reforma universitaria y la consolidación de ese proceso —el gobierno tripartito, la modificación de los estatutos y el acceso estudiantil al gobierno universitario— implicó un creciente distanciamiento de su parte, tal como él mismo lo expresa:

> La población universitaria… pide reposo; resiste, horrorizada, a las intensidades; el interés científico que es esfuerzo mental, no encuentra en su alma calor… El siglo XIX, con sus inventos prodigiosos, ha preparado… esta época para satisfacer la hora de la fuga de la reflexión profunda y sana… La masa estudiantil de nuestras universidades… se resiste… al esfuerzo que las altas direcciones

creían favorecer multiplicando laboratorios y salas (Mercante, 1918, p. 344).

El "ropaje científico del discurso pedagógico de Mercante" —como lo llamó Puiggrós (1990)— fue expresión de un campo de producción pedagógica y de lenguajes disponibles en su época y, al mismo tiempo, instrumento de la reforma de la formación, las instituciones y las políticas educacionales. Para él, la pedagogía científica de base experimental era el instrumento para propiciar la reforma de un sistema educativo y debía ser la base de los cambios propuestos en el currículum, la organización escolar y la formación docente (Dussel, 2014). El pedagogo se asoció al movimiento de reforma educativa que se difundió por aquellos años y que lo convierte en un símbolo provisto de retórica privilegiada para hablar de la educación (DePaepe, 1992). De sus observaciones y asociaciones institucionales diagnosticó que el caos de la conducta podía ser conjurado a partir de conocer lo que aporta la herencia con la influencia de lo social, la acción física y el modelamiento doméstico y escolar.

Sistematización y públicos crecientes

En la Biblioteca de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata hemos sistematizado y puesto a disposición un archivo documental de Víctor Mercante donado por su familia y que puede consultarse en la Red de Archivos de la UNLP.[5] A partir de esos materiales, y en cotejo con otras colecciones, hemos podido rastrear la producción e intervenciones públicas que el autor produjo *a posteriori* de su paso por la UNLP.

Luego de su jubilación en la UNLP en 1920, Mercante continuó produciendo literatura pedagógica, como los libros *Charlas pedagógicas* (1925a), una compilación de artículos y conferencias preparadas entre 1890 y 1920; *La paidología*. *Estudio del alumno* (1927a);

[5] https://archivos.unlp.edu.ar/index.php/bibhuma-fp-vm

Maestros y educadores (1927b), donde reseñaba los aportes de figuras significativas del campo educativo (como Belgrano, Sastre, Scalabrini, entre otros) y *Pedagogía. Primer curso* (1929), escrito para la formación en las escuelas normales. También publicó numerosos textos escolares, en los que se ponían en práctica las características que debía tener este tipo de textos, con recursos para la ejercitación práctica, imágenes y vocabulario adaptado al lenguaje infantil (Dussel, 1993). Asimismo, publicó artículos en revistas educativas como *La Obra*, en la *Revista de Educación de la Provincia de Buenos Aires* y en el *Monitor de la Educación*. En unas y otras producciones sus temas continuaron siendo el estudio de los modos en que aprendía el alumno, la importancia de los estudios antropométricos para ese conocimiento experimental, los métodos de enseñanza y las características que debía tener el material pedagógico, pero también incursionaba en el debate sobre la política educacional y las orientaciones que debía asumir el Consejo Nacional de Educación.

Los documentos personales de su archivo dan cuenta de que en los últimos años de su vida también participó de iniciativas editoriales. Fue director de la revista *El Positivismo*, creada en 1929 por el Comité Positivista Argentino, que reunía a un grupo de intelectuales positivistas, muchos de ellos educadores de nivel secundario y universitario (Herrero, [2022] 2023). Fue vocal en la reapertura de la Sociedad de Psicología de Buenos Aires en 1930, la Sociedad de Biotipología, Eugenesia y Medicina Social (1933) y se integró a la Sociedad de Educación Moral por el Cinematógrafo Educine, inaugurada en 1931. En trabajos previos (Southwell, 2003) hemos explorado el particular recelo que Mercante manifestaba hacia diversas manifestaciones culturales y su incorporación a la cultura de masas. Se trataba de consumos extendidos de expresiones que iban desde el fútbol o el cine hasta el uso del tranvía, pero tenía un especial cuestionamiento al cinematógrafo. En sus quejas proponía crear comités de censura para que los/as jóvenes no pudieran acceder al cine que no fuera considerado edifi-

cante por intelectuales como él. En esa organización se sostenía que el cine podía ser factor de perversión infantil y juvenil y, por lo tanto, sus miembros buscaban accionar para contraponer otros valores a los que suponían que impulsaba el cine (Sociedad de Educación Moral por el Cinematógrafo, 1932).

Conclusiones

Resulta relevante volver a Víctor Mercante tantos años después para comprender sus acciones en la búsqueda por desplegar grandes movimientos de producción de conocimientos, insertarse en el escenario internacional de debate pedagógico y en la producción sistemática de un conocimiento especializado sobre los procesos educativos, en diálogo con lo que interpretaba que eran los problemas de su tiempo.

Su trayectoria, los modos en que construyó equipos, alianzas institucionales, proyectos editoriales y espacios institucionales persiguieron productivamente en su conjunto la constitución de un campo específico. Por supuesto, esto no puede disociarse de las relaciones de saber-poder que se desplegaron ni del establecimiento de formas de legitimar determinadas maneras de entender lo educativo, en detrimento de otras maneras de concebir, producir y actuar educacionalmente, las cuales fueron desvalorizadas y marginadas. Podría decirse que sus pretensiones de búsqueda de la verdad elaboraban un nuevo discurso trascendente que podría ser leído como una reactualización de la antinomia civilización/barbarie. Por otro lado, a lo largo de este texto, hemos buscado marcar formas paradojales, tensiones y contrapuntos en el propio pensamiento de un mismo autor.

También, insertar a Mercante en un largo plazo —comprendido entre el momento en el que se formó, los emprendimientos conceptuales que forjó, sus involucramientos institucionales y políticos— permite interpretar su trabajo como una pieza clave entre transiciones de modelos pedagógicos. Esto es así porque parece producirse —en torno y a través de él— una transición desde una pedagogía adultocéntri-

ca, representada por el normalismo, hacia pedagogías que más tarde acentuarían la centralidad de niñas y niños. Si bien Mercante no va a concentrarse en los intereses de la infancia como lo hará el escolanovismo, sí lo hará en el estudio sistemático de cómo aprende el alumno. Así, consagra formas de ejercicio de poder estableciendo una concepción y estatuto acerca del saber. También las concepciones mencionadas deben ser leídas en clave de un reformismo social que apelaba muchas veces a una pretensión de *regeneracionismo*. En palabras de Puiggrós: "el reformismo predominaba, aunque estuviera en discusión su temario" (1992, p. 36). De ahí que insistiera reiteradas veces en la importancia de fundar la pedagogía en la investigación psicológica y psicopedagógica, que debía tener bases científicas.

La comprensión del desarrollo infantil en estadios o etapas universales resultó una matriz que permitiría absorber tanto las conceptualizaciones citadas como —luego— las teorías de Piaget (el Piaget que hacía suya la idea de Binet acerca de que la adaptación es la ley soberana de la vida) y las de Freud (la dimensión que sostenía que el proceso de sublimación conducía al hombre civilizado). El presupuesto de Mercante, que rezaba que "es necesario saber cómo se aprende para saber cómo se enseña" (Mercante, 1927a, p. 9), ponía en el centro la preocupación por construir un discurso científico riguroso sobre la infancia y la adolescencia. Estos eran los sujetos privilegiados de una acción educativa que adhería y desarrollaba la idea de que el lenguaje de la ciencia es el discurso que produce la verdad sobre el mundo y sobre la educación (Dussel, 2014) y que el laboratorio es tanto un espacio de producción de conocimientos como un nudo en una red de saber-poder donde se constituyen categorías y se crean sujetos. Puso también de relieve que ese discurso científico tenía que tener una utilidad, la de cambiar la escuela y el sistema educativo, y para ello construyó instituciones como la Facultad de Ciencias de la Educación y las publicaciones académicas asociadas, que iban a tener mucha influencia en los años siguientes (Dussel, 2014).

Mercante es uno de los pedagogos que más claramente privilegió la infancia y la adolescencia como sujetos pedagógicos. Como hemos argumentado aquí, sus textos propiciaron el impulso del reconocimiento de una experiencia infantil y adolescente, entendiendo a ese reconocimiento como una creación y no como el develamiento de una esencia (Honneth, citado en Dussel, 2024). Así, como hemos buscado mostrar, la posición desplegada por Mercante resulta paradójica, dado que contenía al mismo tiempo una postura determinista junto con la certeza de que la educación era el vehículo adecuado para potenciar la herencia y superar el origen social.

Referencias bibliográficas

Castiñeiras, J. ([1940] 1985). *Historia de la Universidad Nacional de La Plata*. Universidad Nacional de La Plata.

Dagfal, A. (2010). Víctor Mercante en San Juan (1890-1894). *Actas II Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología.* XVII Jornadas de Investigación Sexto Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología, UBA. Buenos Aires, Argentina. https://www.aacademica.org/000-031/119

DePaepe, M. (1987). Le premier (et dernier) congrès international de pédologie à Bruxelles en 1911. *Le Binet Simon. Bulletin de la Société Alfred Binet et Théodore Simon* LXXXVII, *3*(612), 28-54.

DePaepe, M. (1992). Experimental Research in Education 1890-1940: historical processes behind the development of a discipline in Western Europe and the United States. En M. Whitehead (ed.), *Education and Europe: Historical and Contemporary Perspectives* (pp. 67-93). Studies in Education Ltd.

Dussel, I. (1993). Perfiles de Educadores: Víctor Mercante. *Prospects-UNESCO*, *XXVI*(2), 415-431.

Dussel, I. (1997). *Currículum, Humanismo y Democracia en la Enseñanza Media (1863-1920)*. Oficina de Publicaciones del CBC-UBA/FLACSO.

Dussel, I. (2014). Víctor Mercante y la producción de un discurso científico sobre la educación. *Archivos de Ciencias de la Educación, 8*(8), 1-15. https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.6588/pr.6588.pdf

Herrero, A. ([2022] 2023). Escribe como científico y no lo respaldan las fuentes disponibles. Víctor Mercante y los problemas educacionales (1890-1911). *Revista Chilena de Estudios Latinoamericanos*, (19), 81-104.

Ingenieros, J. (1919). Los estudios psicológicos en la Argentina. *Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias y Educación, 5*(5), 296-314.

Mercante, V. (1893). *Museos escolares argentinos y la Escuela Moderna (Educación Práctica)*. Juan A. Alsina.

Mercante, V. (1913). Biblioteca Pedagógica de obras escritas en castellano traducidas a este idioma [Revisión del libro Biblioteca Pedagógica de obras escritas en castellano traducidas a este idioma, por Víctor Mercante]. *Archivos de Pedagogía y Ciencias Afines, XII*, 302-303.

Mercante, V. (1918). *La crisis de la pubertad*. Cabaut y Cía.

Mercante, V. (1925). *Charlas pedagógicas*. Gleizer.

Mercante, V. (1927a). *Maestros y educadores*. Gleizer.

Mercante, V. (1927b). *La Paidología.* Gleizer.

Mercante, V. (1944). *Una vida realizada. Mis memorias*. Imprenta Ferrari Hnos, edición póstuma.

Puiggrós, A. (1990). *Sujetos, disciplina y curriculum en los orígenes del sistema educativo argentino, 1885-1916*. Galerna.

Senet, R. (1907). El dinamismo específico. Causas y leyes de la evolución. *Revista Humanidades, VIII*, 111-200.

Sociedad de Educación Moral por el Cinematógrafo Educine (1932). *Manifiesto*. Copia en posesión de Archivo Mercante, BIBHUMA, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

Southwell, M. (1998). *El profesorado universitario en ciencias de la educación: un análisis genealógico de la conformación del*

campo pedagógico en la Universidad Nacional de la Plata (Tesis de maestría). Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). Programa Argentina.

Southwell, M. (2003). *Psicología experimental y Ciencia de la Educación. Notas de historia y fundamentos*. EDULP.

Tedesco, J. C. (1986). *Educación y sociedad en Argentina, 1880-1945*. Hachette.

Universidad Nacional de La Plata (1914). Facultad de Ciencias de la Educación. *Archivos de Ciencias de la Educación*, 2da. Época, Tomo I.

Universidad Nacional de La Plata (1916). Facultad de Ciencias de la Educación. *Archivos de Ciencias de la Educación*, 2da. Época, Tomo I.

El escrito autobiográfico como novela de formación. *Una vida realizada*, de Víctor Mercante

Nicolás Arata

Sólo lo que no deja de doler permanece en la memoria
Friedrich Nietzsche

Una ciencia que vacila en olvidar a sus fundadores está perdida
Alfred Whitehead

Víctor Mercante fue uno de los pedagogos argentinos más relevantes del siglo XX. Tal afirmación se sustenta en al menos tres pilares: su producción escrita —que supera los 20 libros sobre asuntos pedagógicos—,[1] su labor institucional —en relación con la cual se destaca la

[1] Entre otros, se destacan *Museos escolares argentinos y la Escuela Moderna* (1893); *La Educación del niño y su instrucción (Escuela científica)* (1897); *Psicología de la aptitud matemática del niño* (1904); *Cultivo y desarrollo de la aptitud matemática del niño* (1905) (ambos títulos también fueron editados bajo el nombre *Enseñanza de la Aritmética*); *Psicofisiología de la aptitud ortográfica y su cultivo* (1911); *Metodología especial de la enseñanza primaria* (1911); *La verbocromía. Estudio de las facultades expresivas* (1911); *Ejercicios de Historia Argentina. Atlas de croquis y gráficas* (1914); *La crisis de la pubertad y sus consecuencias pedagógicas* (1918); *La lámina. Libro de lectura para niños de 8 a 10 años* (1918); *La lectura. Segundo libro,* (1920); *El libro del maestro. La enseñanza de la lectura en alumnos de primer grado. Desarrollo en lecciones de la Cartilla* (1920); *Charlas pedagógicas* (1925); *La Paidología* (1927); *La instrucción pública en la República Argentina* (1928); *Maestros y educadores* (1930) (3 tomos).

creación del primer laboratorio de psicología experimental dedicado a la investigación científico-pedagógica de América Latina y la dirección de la primera carrera de Ciencias de la Educación de Sudamérica (con sede en la Universidad Nacional de La Plata)—, y la edición de una revista especializada —*Archivos de pedagogía y ciencias afines*—. A ello debe sumársele su aporte al diseño de políticas educativas, dado que fue él quien elaboró los fundamentos del anteproyecto de ley de la Escuela Intermedia, material que derivó en un texto fundante sobre el estudio de la adolescencia en Argentina (Gagliano, 1992).

Esos son los datos objetivos, los hitos de una trayectoria, el saldo de una vida que puede leerse en un obituario. En un trabajo sobre Mercante, Inés Dussel se pregunta quién es este educador nacido en la provincia de Buenos Aires, y aborda la respuesta desde un enfoque que explora su lugar en la historia de la educación y, particularmente, en la producción de un conocimiento especializado sobre los procesos educativos (2014a). En el otro ensayo que acompaña este libro, Myriam Southwell indaga en esta cuestión, con especial énfasis en la etapa universitaria del autor de *La crisis de la pubertad*.

En relación con el campo historiográfico educativo contemporáneo, existe cierto consenso en ubicar a Mercante entre los llamados pedagogos positivistas (Lionetti, 2005) o, para emplear un término más apropiado, entre aquellos pedagogos a quienes Adriana Puiggrós caracterizó como "normalistas-normalizadores" (1990). Aquel grupo de educadores formados en la escuela normal compartía el interés en el diseño de tecnologías de gobierno basadas en la clasificación de los sujetos que ingresaban a las aulas del sistema educativo. Métodos de enseñanza, estudios antropométricos y test psicofísicos —configurados sobre una horma cientificista— prometían anticipar los rendimientos individuales y colectivos de los alumnos, a partir del supuesto de que existen correlaciones entre los niveles de aprendizaje de un alumno y sus rasgos hereditarios, género, nacionalidad o grupo social de pertenencia.

Sobre aquellas búsquedas por sustentar un programa de enseñanza o por dotar de un método el gobierno del aula se proyectaba un clima de época, marcado por la centralidad que se le daba a la cultura científica entre los funcionarios estatales (Terán, 2000). La potencia del dato representaba algo más que la sinécdoque del gobierno científico postulado por Comte en su teoría, a la que Mercante rendía tributo. Adicionalmente, le proveía argumentos para cuestionar tanto la enseñanza memorística heredada de la "pedagogía eclesial" —a la que achacaba no haber encontrado el procedimiento para transmitir al niño el significado de la "maravillosa alegoría católica de las virtudes" (p. 79)—, como para rebatir las expresiones de la Escuela Nueva. Entre la escuela tradicional, cuyas prácticas se remontaban a los tiempos coloniales, y el modelo escolar que buscaba abrirse paso de la mano del escolanovismo, Mercante defendió una tercera posición sustentada en el perfeccionamiento de la escuela moderna. Ante el avance de la Escuela Nueva, advertía:

> La palabra nuevo, justifica todo; da razón de ser a lo malo y excluye lo bueno realizado. La palabra perfeccionamiento, por el contrario, excluye lo malo y continúa lo bueno realizado. ¿Una "Ecolle Nouvelle"? No; no ha existido sino una escuela con buenos y malos maestros; con apóstoles y sin apóstoles (p. 169).

¿Dónde surge y se configura esta posición? ¿Cómo llega a constituirse en un promotor de los discursos científicos en educación? No hay una única vía para responder esta pregunta. Sin dudas, una particularmente interesante es indagar con qué culturas del normalismo Mercante entró en contacto, se formó, articuló o disputó sentidos. ¿Cómo aprendió a enseñar o —para utilizar una categoría pertinente— sobre qué fundamentos configuró Mercante su "posición docente" (Southwell, 2020)? Sabemos que la respuesta no se encuentra en la confección de trayectorias lineales, aunque a veces se insiste en abordar figuras, como las de Sarmiento, Vergara o la del propio Víctor

Mercante, apegados a simpatías o modelos ideales (Arata y Terigi, 2011). Abundan los ejercicios en los que se construyen biografías de estos autores conforme al tipo y no al individuo, lecturas que no hacen referencia directa a la persona de Sarmiento o Mercante, sino al "padre del aula" o al "promotor del positivismo". Coincidimos con Inés Dussel (2014b) cuando enfatiza la necesidad de analizar en clave transindividual la vida de autores como Mercante, al margen de la tentación de utilizar los materiales biográficos como fuentes que explican, resumen o condensan los sentidos de una obra. Más bien —concluye Dussel—, "la biografía individual por sí sola explica cambios culturales, instituciones sociales, reglas o costumbres sociales, relaciones de poder" (Dussel, 2014b, p. 14). Pero ello no quita, por cierto, que cada individuo tenga y desarrolle a lo largo de su vida una capacidad de agencia con la que busque incidir y transformar —con mayor o menor fortuna— las orientaciones y reglas de los ámbitos en los que se desenvuelve.

Sin embargo, y a pesar de las limitaciones señaladas, conservo la impresión de que *Una vida realizada* permite abordar aspectos centrales de la etapa formativa y los primeros años de inserción en el campo docente de Víctor Mercante, desde un ángulo más sensible a los matices y menos afectado por los fuertes contrastes a los que muchas veces se asocia su figura. Si todo proyecto intelectual se establece en relación con un campo de fuerzas y se define en el contexto de una guerra de posiciones, ¿qué elementos de *Una vida realizada* contribuyen a entender mejor el derrotero que configuró la posición político-pedagógica de Víctor Mercante? En esta presentación se abordan algunos tópicos de su recorrido formativo hasta su ingreso a la Universidad Nacional de La Plata, a través de la reconstrucción de sus apreciaciones sobre los primeros años de formación, la figura del maestro y el lugar de la escuela, las culturas escolares, el papel del normalismo, el lugar del método y las transformaciones educativas acaecidas entre fines del siglo XIX y principios del XX.

Literatura, biografía y educación

Quizá sea prudente contradecir a Nietzsche cuando sentencia que solo lo que no deja de doler permanece en la memoria. Aunque es central indagar cómo el dolor motoriza los recuerdos y qué efectos tiene sobre aquello que se rememora, en cada biografía —incluso en las más oscuras— "se custodian memorias irrepetibles de días felices, anécdotas luminosas y escenas a las que nos gustaría regresar de nuevo" (Garrocho, 2019, p. 13).

Diferentes autores ligados al campo educativo produjeron materiales susceptibles de ser abordados en clave biográfica. En sus memorias, Manuel Belgrano expresa una preocupación que resuena en la biografía de Mercante. Entre los motivos que ponía en juego en su escrito, Belgrano subrayaba dos: que fuese "útil a mis paisanos" y, no menos importante, que lo pusiera "a cubierto de la maledicencia…" (Belgrano, 1960, p. 955). En Mercante, aquella expresión —mezcla de prevención y deseo— se afirma como convicción: "He sido un hombre útil. Realicé mis deseos sin envidia, sin odios, sin asaltos, consagrando la voluntad a propósitos sanos y al trabajo desde la niñez…" (p. 71).

Domingo Faustino Sarmiento aportó al género una de sus piezas más notables. En *Recuerdos de provincia* (1850) la subjetividad romántica que impregna el texto combina una interpretación de la historia centrada en un linaje familiar (que culmina con el propio Sarmiento) con una narración repleta de presagios y anticipaciones donde se proyectan los intereses del biografiado. Por un lado, se trata de un texto "que nunca deja de señalar las coincidencias, las similitudes, los paralelos, las amplificaciones que unen historia nacional y biografía personal" (Altamirano y Sarlo, 1997, p. 107). Por el otro, nos recuerda que la memoria no remite exclusivamente a los recuerdos, sino a una zona de asociaciones que se mueve entre el pasado y el presente concebidos "como formaciones incompletas en las que se entrelazan lo ya consumado con lo aún no realizado" (Richard, 2010, p. 16).

Algo similar sucede con *Una vida...* Si en *Recuerdos* la narrativa entreteje una relación entre historia y autobiografía para poner de relieve el perfil de una figura política capaz de dar solución a los problemas argentinos, en *Una vida realizada* se adopta un tono más modesto, aunque no por ello menos "ejemplar". Así, veremos cómo Mercante se eleva del seno de una familia envuelta en la pobreza y los infortunios hacia una posición de distinción, mediante un capital social construido a partir de sus aprendizajes y aportes al campo de la educación. Ese es, en todo caso, su mito de origen: un niño que nace en el seno de una familia rural cuyos padres eran semianalfabetos, que trajina su infancia entre Italia y Argentina en busca de una fortuna que le es esquiva; un niño que con gran esfuerzo accede a una beca para estudiar magisterio y que luego llega a combatir la rutinización de la enseñanza mediante una pedagogía de base científica con la cual forjará un nombre entre sus contemporáneos.

Antes de *Una vida realizada*, Mercante escribe una novela que puede leerse en espejo: *Los estudiantes* (1908).[2] La novela es una "ficción autobiográfica" (Villanueva, G., 2022, p. XXII) escrita bajo un seudónimo, en la que Mercante lanza una mirada mordaz sobre las instituciones educativas de su época. Se pueden trazar paralelos entre *Los estudiantes* y *Juvenilia* (1884) de Miguel Cané tanto por sus semejanzas —la fuerza moldeadora del Colegio Nacional y de la Escuela Normal, la figura del profesor como autoridad cultural, las transgresiones estudiantiles, etc.— como por sus contrastes. No obstante, los lugares de enunciación de ambos autores no podrían ser más contrapuestos. Cané —una generación mayor que Mercante— "encarna la posición

[2] *Los estudiantes* tuvo dos reediciones. La primera se publicó en la colección El pasado argentino, de editorial Hachette, dirigida por Gregorio Weinberg (1961). La segunda estuvo a cargo de La Universidad Nacional del Litoral y de la Universidad Nacional de Entre Ríos (2022). Se trata de una versión muy cuidada del libro, en la que se incluyeron numerosas notas y el estudio introductorio de Amaro Villanueva publicado por Hachette. La primera edición (1908) estuvo a cargo de Mercante, quien la financió y publicó a través de una editorial ficticia: Rabelais y Compañía Editores.

del funcionario memorialista" (Villanueva, G., 2022, p. XXVI), un personaje plenamente integrado en el grupo hegemónico que moldeó la Argentina moderna. Mercante, en cambio, podría pensarse desde dos encuadres: o bien como su polo opuesto (un hijo de inmigrantes empobrecidos, para quien ser maestro no representó su primera opción —antes hubiese querido ser maquinista, músico o marino— y que requiere de una beca para estudiar y acceder a un trabajo que le dé la estabilidad que su familia no tiene), o bien como un producto de aquella voluntad estatal liderada, entre otros, por figuras como Cané, que le permitió alcanzar, a través de las credenciales que le otorgó el normalismo, un lugar dentro de las capas intermedias del Estado, al que se integró en condición de "intelectual subalterno" (Puiggrós, 1990).

Los estudiantes es una de las pocas producciones con que cuenta la estudiantina en las letras nacionales (Villanueva, A., 2022, p. 202). Por su parte, *Una vida realizada* contiene elementos de una *bildungsroman*, género de carácter biográfico, en el cual adquiere centralidad el tópico del viaje o del desplazamiento y en el que los acontecimientos que atraviesa el protagonista definen su carácter y le marcan su lugar en el mundo (Oliver, 2011). A diferencia de *Los estudiantes*, *Una vida realizada* permite apreciar la evolución de la conciencia política y social del biografiado, con especial detalle en los años que van desde su formación a su incorporación al ámbito profesional.

Mercante trabajó en su escrito hasta un mes antes de su intempestivo deceso.[3] El libro fue publicado una década más tarde, en 1944. A

[3] A través de un rastreo en materiales hemerográficos reconstruimos algunos aspectos en torno a su fallecimiento que no estaban claros entre quienes habían abordado su figura previamente. En el diario *La Nación* hallamos la siguiente nota un día después de su deceso: "La muerte de D. Víctor Mercante ha sido digna de su vida entera. Regresaba del Congreso de Educación recientemente celebrado en Chile y al cual había asistido con el carácter de delegado del gobierno argentino, cuando la baja presión atmosférica de la zona cordillerana, al reaccionar sobre su corazón cansado, provocó su deceso repentino. Ha fallecido, pues, cumpliendo su deber. Llevaba a la nación hermana el mensaje de los maestros argentinos. Nuestros pedagogos no podían

través de un ejercicio autobiográfico, Mercante reconstruye sus etapas de formación y sus primeros pasos en la docencia, combinando el tránsito por Italia y Argentina, su paulatina incorporación a la trama institucional y cultural del normalismo, y las posiciones que adoptó frente a los debates pedagógicos en curso entre finales del siglo XIX y principios del XX. El libro puede ser leído como una estrategia de autorrepresentación que —en la medida que avanza en su desarrollo— va explicando (y justificando) el surgimiento de una posición pedagógica moderna. Pero también puede abordárselo como una composición de escenas educativas que elaboran una representación —no exenta de tensiones y claroscuros— de los vaivenes que moldearon las experiencias formativas de un joven proveniente de sectores populares en la sociedad argentina de fines del siglo XIX.

Se trata de un material que reviste una doble condición: es póstumo e inconcluso. Los materiales estaban escritos, aunque sin finalizar, cuando a Mercante lo sorprende la muerte en la localidad de Los Andes, regresando de un viaje a Chile al que asistió en representación del Estado argentino. Entre 1934 y la publicación de la obra pasan 10 años en los que el escrito permanece inédito. La decisión de publicarlo recae en su yerno Horacio Malter Terrada, quien, en la introducción al trabajo, da cuenta de la factura del libro:

> Hace diez años, al emprender viaje a Chile como delegado argentino al Segundo Congreso Panamericano de Educación, 30 días antes de su muerte inesperada, Víctor Mercante dejó sobre su mesa de trabajo, confiado a su nieto Horacio, el manuscrito de estas "Memorias" inconclusas. Completarlas hubiera sido restar

haber escogido embajador más grato ni dotado de mejores títulos". (*La Nación*, 21 de septiembre de 1934, p. 8). Al día siguiente sus restos llegaban a Retiro y fueron recibidos —según las crónicas de la época— por numerosos educadores. Entre muchas otras instituciones que adhirieron al duelo se encontraban la asociación de exalumnos de la normal de Paraná, la Facultad de Humanidades de la UNLP, entre otras (*La Nación*, 22 de septiembre de 1934, p. 8).

> mérito y sabor a la autobiografía, por eso he preferido darlas a la publicidad sin agregar una palabra al original. Sólo las he ordenado cronológicamente dividiéndolas en capítulos y dándoles un índice para facilitar su lectura (p. 59).

¿Por qué demora en publicarse? No contamos con elementos para determinarlo. ¿Acaso el carácter incompleto del mismo haya sido objeto de la prolongada espera? Su intempestivo fallecimiento sacudió a la comunidad académica, que enseguida activó en torno de su figura una serie de necrológicas y homenajes póstumos. La revista *Humanidades* de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación reaccionó publicando un obituario donde se menciona que su sepelio fue presidido por el presidente de la república Agustín P. Justo y acompañado por los discursos de Alfredo Calcagno y José Rezzano. Este último afirmaba —en tono reivindicativo— que Mercante fue el primer referente de una "posición filosófico-pedagógica que a fines del siglo pasado y comienzos del actual propulsaba la constitución de la Pedagogía como ciencia autónoma sobre la base de la psicología experimental" (Rezzano, 1934, p. 396); además sostenía que sus libros "iluminan cuando no resuelven muchos de los interesantes problemas de la educación primaria" (Rezzano, 1934, p. 396). Rezzano comentaba, también, que Mercante había sido el propulsor de la Escuela Intermedia "ideada por un ministro progresista y desgraciadamente malograda" (p. 397).

El índice del libro describe un itinerario que comienza en la provincia de Buenos Aires, continúa en Bellaria —en la Emilia Romaña— y vuelve a la ciudad bonaerense de Merlo. Prosigue en las barrancas de Paraná (Entre Ríos), se adentra en la provincia de San Juan y concluye en la localidad de Mercedes, de nuevo en territorio bonaerense. Cada capítulo apuntala un momento en la formación de Mercante. En cada uno, como se verá, se resignifican los aprendizajes de las etapas previas o tienen lugar experiencias cruciales que serán utilizadas para ex-

traer conclusiones, las cuales luego pueden leerse en clave pedagógica para comprender las posiciones que adoptará el protagonista.

De la llanura pampeana a la Emilia Romaña

Mercante nace en 1870 en Merlo, provincia de Buenos Aires, en el seno de una familia pobre. Al remontar su árbol genealógico, Mercante evoca la figura de su bisabuelo, un soldado de Napoleón, a quien por su desempeño en las guerras de España y Austria le fueron entregadas tierras de un marquesado en Bellaria. Todos sus antepasados por la vía paterna hasta su progenitor fueron agricultores. Diferente fue el caso por vía materna, donde algunos familiares llegaron a formarse profesionalmente: los hubo ingenieros, farmacéuticos, médicos y músicos.

Su padre sabía leer, contar y escribir, pero su madre era analfabeta. "En tiempo de los Borbones —dice Mercante— no se estimaba útil ni decente que una mujer aprendiera a leer o frecuentara las escuelas públicas" (p. 73). En 1869 su familia emigró por primera vez a Argentina. Dos meses después, el 21 de febrero de 1870 nacía Víctor Mercante "en los pañales de una indigencia que mi padre combatió sin éxito" (p. 73). El apego a los modos de cultivo "a la italiana" —reacio a los arados múltiples— y el temor a adentrarse en territorios que ofrecían a sus pioneros fortunas promisorias, combinados con el desconocimiento de los procedimientos para solicitar un crédito bancario, marcaron la trayectoria de su padre, quien carecía del don de empresa "que exigía el suelo fecundo de América" (p. 74).

Si la figura del padre estaba asociada al trabajo en el campo, la de la madre estuvo ligada a una dimensión religiosa y a una gran capacidad narrativa. Ella representaba "un refugio consolador", alguien con quien compartía "la amargura de nuestras dichas" y el principal motivo por el cual "había jurado rehabilitarnos" (p. 129). Lejos de una lectura cristiana, que ve en la pobreza un elemento de su fe, Mercante dirá que aquella condición era más bien "un error de cálculo"

(p. 91). A partir de la misma clave hereditaria que utilizará para leer las trayectorias de miles de niños y niñas, dirá que la propia "se tradujo desde los doce años en un instinto alentador que prometía elevarme, consagrándome al estudio y al trabajo" (p. 92).

La vida en Merlo se extenderá por seis años, hasta 1876, cuando retornan a Italia. Los Mercante se trasladarán a Bell Aria, donde el horizonte infinito de la Pampa fue reemplazado por un paisaje rodeado por sierras, que producía en el pequeño Víctor una sensación de encierro, y lo impulsaba a la búsqueda de nuevas perspectivas:

> Aquel valle, rodeado de montañas, ofrecía un panorama de bellezas seductoras, pero me sentía privado de libertad. Allá en Merlo, veía muy lejos; aquí la sierra se levantaba como la pared de una prisión. ¿Qué hay detrás?, preguntaba angustiado (p. 76).

Los ciclos de la naturaleza, enmarcados por la majestuosidad del Lesima y del Po, son el sustrato a partir de cual Mercante compone sus primeros cuadros de costumbre: bailes animados por tarantelas, excursiones y fiestas religiosas marcadas por un "arraigo secular" (p. 84) de los pobladores con la tierra. Más que un futuro promisorio lo que se desprendía de aquellas imágenes bucólicas era un vínculo indisoluble con las tradiciones: "Yo participaba con deleite de las costumbres de aquel pasado que se empeñaba en sobrevivir" (p. 86).

Un dato no pasa inadvertido: es en aquellas referencias a la vida en el pueblo donde Mercante menciona por primera vez la escuela. Tal vez sea exagerado apelar a la metáfora agambeniana, según la cual el principio no es solo un comienzo sino la repetición constante de una escena a lo largo de la vida, para explicar el sentido en que Mercante asocia —en aquella imagen primigenia— a la escuela con el peligro de la multitud. Lo que sí podría acompañar la imagen fundante de la escuela que forja Mercante en sus memorias es la noción de un gran promotor del positivismo argentino: José María Ramos Mejía. Dice Mercante:

> Me educaba en un ambiente de vida y de pureza, cerca de mis padres, lejos del peligroso contacto de la multitud escolar, bajo la impresión de las cosas y de los fenómenos siempre elevados y siempre inolvidables (p. 77).

La mirada recelosa sobre la escuela se extendía al ámbito urbano. La naturaleza ofrecía un "cuadro de actividades sin trenes, sin autos, sin coches, sin bombas de luz, sin revistas, sin vendedores, sin gritos, sin ecos que denuncian con no sé qué curiosidad, las impurezas de la civilización moderna" (p. 86).

En ese escenario, la religión católica ocupaba un lugar central. El catolicismo formó parte de su *ethos* cultural hasta los 14 o 16 años; a partir de allí irá mermando, en coincidencia con dos eventos: su interés por indagar "los estratos profundos del instinto y de la historia" (p. 79) y su ingreso a la Escuela Normal de Paraná.

Si al otro lado del Atlántico 1880 fue un año crucial para Argentina (cuyo Estado ponía cruentamente fin a la "cuestión" indígena, clausuraba los debates con el autonomismo federalizando la capital y lanzaba un programa de modernización impactante), también lo fue en Italia para la familia Mercante, aunque en un sentido opuesto. Una larga sequía llevó a su padre a malvender los campos de la familia. La situación los empujó a regresar a Buenos Aires, donde serían víctimas de una estafa. Esto impulsó la decisión de volver a afincarse en el punto de partida: la ciudad de Merlo.

Maestro de aldea

Mercante establece una relación con la cultura escrita de corte autodidacta. En Italia, la escuela más cercana estaba a 15 kilómetros del pueblo donde vivía. Ese "abandono increíble" —reflexionará— abría lugar a una serie de interrogantes, entre ellos dos que juzgamos centrales en sus reflexiones posteriores. Mercante se pregunta si la proximidad de la escuela hubiese despertado en las infancias un sentimiento de igualdad y si su presencia hubiese hecho más felices a los/as niños/as.

La ausencia de escuela no le impide a Mercante tomar contacto con el mundo de la cultura impresa. La facilidad que posee para la lectura lo transforma en maestro improvisado de un grupo de muchachos que le piden que les enseñe a leer. Las clases no producen el efecto esperado y fracasan estrepitosamente. En las notas que acompañan el episodio, Mercante comienza a reflexionar sobre un asunto que se transformará, a lo largo de su vida, en obsesión: reconocer que no había fallado por falta de voluntad o empeño, sino por carecer del método apropiado.

Al regresar a Merlo, Víctor fue inscripto en segundo grado. La escuela, construida en 1865, funcionaba en un salón amplio en el que 120 niños de dos grados diferentes aprendían en simultáneo: "Mientras una clase recibía explicaciones, la otra escribía u operaba sobre las pizarras" (p. 97). En esa escuela con piso de tierra, que los alumnos se turnaban para barrer, se mantenía la disciplina con "gritos, punterazos, los tirones de oreja y de pelo" (p. 97).

Mercante compensaba su deficiente dominio del español con buena conducta y aplicación. En aquella escuela conoce a su primer maestro, Bernardo Moretti. Mercante caracteriza a aquel educador como un hombre afectivo, una suerte de "curador moral", que no solo enseñaba con dedicación, también "fiscalizaba nuestros actos, conocía a nuestros padres, nos vigilaba en la calle" (p. 93); tenía "el ojo puesto día y noche" en sus alumnos.

Al menos tres elementos se alcanzan a distinguir en ese vínculo pedagógico. En primer lugar, hasta el momento de tomar clases con Moretti, Mercante creía que "estudiar lecciones era aprender de memoria" (p. 98), por lo que aquella experiencia rompía con la concepción de la escuela memorialista. En segundo lugar, Moretti intensificó el vínculo de Mercante con la cultura escrita. Si bien en su hogar existía una pequeña biblioteca familiar dotada de una veintena de libros —entre los que estaban *La Biblia* y *La Divina Comedia*—, fue Moretti quien le sugirió libros y novelas que, con gran esfuerzo, Mercante iría

adquiriendo en esos años. Al parecer, Merlo había contado con una biblioteca popular que luego perdió, lo cual acrecentó el valor de esa biblioteca personal construida con gran esfuerzo. Mercante afirmaba conservar aún aquellos libros "como una prueba para mis nietos, del respeto para estas cajitas de saber que los estudiantes del novecientos maltratan y cambalachean, ávidos de cinematógrafo" (p. 100). En tercer lugar, Moretti encarnaba algo más que la figura del maestro. Era un agente cultural que operaba en múltiples planos y niveles de la comunidad. Su influencia se irradiaba más allá del aula y de la escuela, e impregnaba la vida del pueblo. Así, por ejemplo, Moretti creó la primera banda de música que tuvo Merlo, lo cual produjo —dice Mercante— múltiples transformaciones en la sociabilidad local. Esa autoridad cultural, esa libertad, esos márgenes amplios en los que se desenvolvía Moretti llevaron a Mercante a identificar en la figura de su maestro un factor que explicaba la crisis de la escuela como producto de la mecanización de la función docente:

> Me convencí, después, que esa era la misión del maestro; la escuela argentina ha caído, porque limitada por reglamentos que mecanizan la función docente, ha perdido el espíritu de iniciativa que eleva y de oportunidad que corrige (p. 93).

Moretti insistirá a la familia de Mercante para que su hijo se postule a una beca de la Escuela Normal de Paraná. Tras una ardua preparación, Mercante consigue el apoyo económico que le permitirá continuar sus estudios en Entre Ríos. Hacia allí se dirigirá con menor edad que la acostumbrada para ingresar al magisterio. En *Los estudiantes* Mercante evoca en clave ficcional un diálogo con su maestro en uno de sus viajes a Merlo:

> ¡Don Bernardo! Aquí me tiene usted, menos salvaje, ¿no es así? Mis estudios marchan. La vida es allí más novedosa que por acá. No nos dan de pescozones. Pero nos agitamos en una lucha casi violenta. Fuerza de voluntad. Sistema yanqui. Ni se nos estudia, ni

> se nos amonesta, ni se averigua la paternidad de nuestros instintos. El timbre maneja la multitud. Ojos, por todas partes ojos. A 40 metros miss Armstrong para con el dedo a los alumnos. Difícil es resistir un sistema regularizado por la costumbre, 800 niños y 50 profesores. La masa arrastra. La masa domestica. La masa aniquila toda manifestación que pretende perturbar el ritmo del engranaje. (…) Por último, el cuadro general de calificaciones economiza el trabajo de preguntar. Ahí está el reglamento. El reprobado se va a su casa. El aprobado vuelve en marzo (Mercante, 2022, p. 105).

En esa escena cuasi ejemplar, Mercante no titubea en colocar a su primer formador —a quien con tanto cariño evocaba— en un lugar subordinado, en "falta", replicando las impugnaciones con las que el normalismo interpelaba a los maestros sin título, "haciéndole decir" a su viejo maestro de aldea:

> Hijo, eres serio y ya sabes que siempre tuve particular afecto por ti. Comprendo que la Pedagogía avanza y mis procedimientos valen poco; no conozco una escuela normal. Pero sabes bien que hice cuanto pude para hacerlos gente. Y que si les di un coscorrón no ha sido de gusto. He tratado de enseñarles lo que sabía con ese interés que se tiene cuando uno quiere que sus alumnos adelanten (Mercante, 2022, p. 106).

En la Normal de Paraná

José María Torres presidía la institución paranaense cuando, aún sin haber cumplido los 16 años, ingresó Mercante.

El joven estudiante vivía en el Hotel Comercio, "posada antihigiénica en la que tuve por compañero de cuarto a Rastelli, albañil de extraordinario peso, con quien hice relación y resultara un excelente amigo, a pesar de los ronquidos que solían molestarme" (p. 105). La escasez de recursos —la beca constaba de 48 pesos mensuales— lo obligaba a efectuar cálculos complejos, pues debía prever su manutención, los pasajes para regresar a Merlo, así como

un sobrante para la adquisición de libros que satisficieran sus inclinaciones bibliófilas.

El capítulo dedicado a Paraná pone en entredicho la imagen de una escuela modelo o de una única cultura del normalismo. Las memorias de Mercante devuelven una mirada que resiste a ese reduccionismo, tanto en el orden de las ideas que imperaban en el normalismo como en los estilos y métodos de enseñanza adoptados por sus docentes, caracterizados por una amplia variedad de perfiles.

Mercante describe, uno por uno, a sus profesores. Dirá del de gramática, Tomás Milicua, que, a pesar de estar "dotado de una facilidad de palabra extraordinaria, nos dictaba un curso razonado de gramática, tan superior a la capacidad del curso, que no entendíamos una palabra [pero] que escuchábamos asombrados" (p. 106). Ernesto Bavio representaba el estilo opuesto: "su exposición era fácil, elocuente y variada" (p. 106). Los profesores de idiomas fueron Mariano Cané y Goldney: "Cané —por ejemplo— no varió durante los tres años su procedimiento: una lección de Ollendorff, por clase; dos páginas de lectura y traducción en los textos citados" (p. 119). Igualmente, no todas las clases eran ejemplares; en cuanto al método con que estudiaban inglés, decía: "por desgracia, se redujo al Robertson" (p. 120).

Pedro Scalabrini dictaba dos materias frente a las cuales Mercante desarrollará sentimientos encontrados.[4] En primer año, sus lecciones de Historia Antigua se basaban en un método: "darnos un tema que debíamos tratar consultando libros de la biblioteca, escasos y malos en aquel tiempo, acerca de una época en que los acontecimientos no tenían ni tiempo ni lugar" (p. 107). Aquel fue, para Mercante, un curso ingrato en la medida en que libraba al alumno a sus propias iniciativas, sin la orientación del profesor ni materiales didácticos que apoyaran el aprendizaje.

[4] Para una valoración sobre la figura de Pedro Scalabrini realizada por Víctor Mercante y Carlos Vergara, véase Arata, N. (en prensa) "Un maestro, dos tradiciones".

La figura de Scalabrini, no obstante, sería reivindicada, pues su clase —aun desprovista de guías y orientaciones— "incitaba a pensar, librándonos de la tiranía de la cátedra" (p. 107). En una valoración que también repetía Vergara —otro alumno de Pedro Scalabrini—, este respetaba las opiniones, no imponía criterios que promovieran "discursos que nos emancipaban del prejuicio escolar, del recitado, de la clasificación y del examen" (p. 107).

Scalabrini ofrecía un seminario de filosofía (el primero que tuvo el país según Mercante) en el que el profesor se nutría de numerosos afluentes. Si bien se reconoce a Pedro Scalabrini como el introductor de Augusto Comte en Argentina, fue él mismo quien, a su vez, divulgó la obra del filósofo Karl Krause entre los educadores paranaenses, incluso antes de entrar en contacto con el positivismo comtiano. Scalabrini "era krausista cuando se incorporó a la Escuela Normal de Paraná en 1872, y fue alrededor de 1880 cuando la lectura de Darwin, Ameghino y Comte le indujo a introducir en la enseñanza de la filosofía fuertes elementos positivistas" (Puiggrós, 1990, p. 89). En el recuerdo de Mercante, Scalabrini había adoptado —cinco años antes de que él lo tuviese como maestro— las ideas de Krause. Pero la lectura de los trabajos de Ameghino, su espíritu formado en la historia y las ciencias naturales "lo condujeron a Comte" (p. 122).

Las puertas de la Normal también le abrieron paso a una biblioteca que ahora podía ser leída bajo un método y —como señalaba— "entrar prudentemente en ese campo seductor y peligroso de la abstracción y la hipótesis" (p. 119). Entre los libros que nutrían la vasta biblioteca de la Normal, Mercante pudo consultar El *Origen de las especies* de Darwin, la *Historia de la Creación* de Haeckel, las *Meditaciones* de Descartes, la *Metafísica de las costumbres* de Kant, o la *Doctrina de la ciencia* de Fitche, entre otros.

En ese tiempo Mercante parece haber formado una idea del cambio social progresivo basado en las premisas del positivismo. Si al horizonte deseable se lo conocía bajo el nombre de *progreso*, la cuestión

consistía en cómo hacerlo advenir. El camino no era precisamente sometiéndose a las creencias metafísicas —"una manifestación de la impaciencia del hombre"— ni mucho menos a la teología —"un hecho de los primeros tiempos"—, sino concibiendo a la humanidad como un todo en continuo desenvolvimiento. En ese sentido, afirmaba:

> La filosofía positiva, no es conservadora, revolucionaria, espiritualista, ni materialista: es sistemáticamente constructiva; es la razón de ser de la historia, basada en los principios de la ciencia, enemiga de lo sobrenatural, de los que explican lo inexplicable para dar solución al problema, sin los métodos de la experiencia, de la observación y del razonamiento. (p. 124).

Esos tres verbos —*observar*, *experimentar*, *razonar*— encadenaban la secuencia virtuosa del entendimiento. El primero de ellos, sobre el cual Mercante fundaría su método, no solo era la *via reggia* para producir conocimiento "sin juegos de retórica", sino una nueva actitud del funcionario estatal: observar para poder intervenir con conocimiento, apoyándose en la ciencia y sobre una experimentación metódica y rigurosa. Si por la puerta ingresaba la observación, por la ventana lo hacia una perspectiva determinista de los hechos sociales, como registra Mercante en relación con las clases de Scalabrini: "La repetición de los hechos constituye la ley" (p. 123).

Los meses en que Mercante regresaba a Merlo no eran tiempo muerto ni desaprovechado. En aquellas jornadas, el joven estudiante esbozaba, en sus iniciativas, algunas de las prácticas que —años más tarde— buscó institucionalizar. Su primer laboratorio funcionó en el galpón de su padre, que le servía para probar frente a un público local sus experimentos:

> Transformé un galpón amplísimo que servía a mi padre para guardar máquinas agrícolas, en laboratorio. En él, durante noventa días, realicé experiencias a centenares sobre cada capítulo de Química, adquiriendo el dominio que anhelaba, acerca de métodos

> que emplearía más tarde en mis investigaciones. El galpón solía transformarse en espectáculo nocturno, concurriendo las familias de la vecindad, que sobre maderos, arados, cajas y ruedas, admiraban los fenómenos que se producían en damajuanas, frascos, platos, cucharas, tubos de ensayo, merced a las reacciones de efecto del oxígeno, el hidrógeno, el fósforo, el potasio, las sales, los ácidos y otras substancias (p. 118).

Una nota sobre las redes de sociabilidad paranaenses. Mercante pareciera aludir a dos mundos dentro de la Normal: el de los alumnos becados y el de los estudiantes locales. El mismo tajante distanciamiento —sugiere Mercante— existía con sus compañeras mujeres. Mercante describe a la escuela normal como "un ambiente libre de sentimientos eróticos" (p. 115) y caracterizaba a la suya como una personalidad retraída. Como el contacto entre estudiantes del sexo opuesto era observado con recelo por las autoridades de la Escuela Normal, estos tenían lugar en los espacios de estudio fuera del horario escolar. Los mismos eran habituales y se extendían hasta altas horas de la noche. Mercante dedicó algunas páginas a hablar sobre enamoramientos tempranos, pequeñas intrigas y amores no correspondidos. En esas mismas páginas también expresaba que a partir de esas relaciones fue incorporando "maneras que la juventud necesita tanto, como los conocimientos que el profesor trasmite desde la cátedra" (p. 117).

La Normal de Mercedes como laboratorio vivo

Al graduarse de la escuela normal de Paraná, y tras una fallida experiencia como director de un colegio de Buenos Aires en el que fue estafado, Mercante se desplazó a la provincia de San Juan. Con veinte años, cruzaba por primera vez la pampa en dirección al oeste, a dirigir una escuela creada por Manuel Antequeda, otro eximio egresado de la Normal. Tenía a su cargo 500 alumnos y cobraba por ello un sueldo que consideraba "una fortuna" (p. 132).

En las aulas de San Juan, Mercante implementó las primeras pruebas experimentales sobre la conducta y los modos en que conocen las infancias. Para educar eficazmente a un niño, sostenía, primero hay que comprender cómo aprende. La psicología, particularmente la psicología experimental, permitía acceder a ese conocimiento de manera "matemática" empleando cuadros y diagramas. A través de estudios metódicos y rigurosos (en la institución sanjuanina dice haber llegado a analizar 5.000 composiciones de sus alumnos) estudió variables como la edad y la cultura de la masa. Aquellos primeros trabajos se volcarían en dos libros fundamentales: *Museos escolares argentinos* (1893a) y *La escuela moderna* (1893b).

La búsqueda del orden fue uno de los principales vectores de su trabajo. En las aulas sanjuaninas actualizó la visión que lo acompañaba desde su infancia: la imagen de la escuela como un espacio donde la humanidad era "brutalmente amontonada, en un salón, para ser domesticada por un maestro" (p. 135). El caos que reinaba en la escuela se alimentaba de dos fuentes: por un lado, lo que Mercante llamaba "sobrantes de motricidad", coincidentes con el período sexual y belicoso de las infancias; por el otro, la carencia de buenos métodos de enseñanza, capaces de encauzarlos. Los cambios introducidos en las conductas infantiles establecían la medida de la pertinencia o del fracaso de un método. Así, expresaba que "el éxito de las clases de *Museo escolar* había traducido en espontaneidad y entusiasmo la salvaje indisciplina de los alumnos, entregados desde el primer grado al sexto, a cuidar, como un depósito de oro, su cajón de cosas" (p. 150).

Los años sanjuaninos fueron productivos y le permitieron desarrollar un vasto plan de investigación bajo el título de *Peología* o *Pedología*, cuyos primeros resultados publicaría en *Educación*, la revista que dirigían Zubiaur y Vergara, a quien más tarde sustituirá en la dirección de la Escuela Normal de Mercedes.

Entretanto, el matrimonio con la sanjuanina Julia Pozo —contraído el 8 de julio de 1891— lo introdujo en el ambiente social y polí-

tico de la provincia. La otra novedad es una breve y poco prolífica incursión en el ámbito político. Mercante simpatizaba con Aristóbulo del Valle y con Leandro N. Alem, portadores de mensajes que "se imponía(n) heroicamente en mi conciencia" (p. 141). Pero las lógicas partidarias resultarían un asunto con el cual el pedagogo no podría lidiar. Considerado de sí mismo como "un fugaz de la política" (p. 143), comprendió por qué el Consejo General de Educación de la provincia —del cual fue vocal— justificaba su existencia en la medida en que guardaba distancia de los vaivenes políticos. Fundó la Sociedad Sarmiento, una suerte de centro cultural del magisterio sanjuanino. En 1892 la Sociedad Franklin, fundada por Sarmiento, lo eligió presidente. Allí emprendió una labor de archivo mediante la cual rescató materiales (entre ellos, libros y cuadros donados por Sarmiento) que yacían en el departamento de policía, por gestiones de una congregación que pretendía que no circulasen lecturas contrarias al credo católico.

En 1894 será convocado a reemplazar a Carlos Vergara, quien acababa de ser separado de la dirección de la Escuela Normal de Mercedes. Allí conocerá a uno de sus más cercanos colaboradores, Rodolfo Senet, con quien establecerá una relación de trabajo estrecha, al punto que llegará a decir que "yo no podía estar sin él: él sin mí" (p. 157). A juzgar por Mercante, Rodolfo Senet "no había recibido en la escuela normal que lo educara, ninguna orientación fecunda" (p. 157), más bien todo lo contrario. Lejos de considerar a la escuela normal una panacea, los colegas atribuían aquella situación a hechos bastante habituales. Atribuían aquello a la "acción estéril de los profesores, de sus dichos, de su ignorancia, de sus medidas chocantes, de sus debilidades, de sus ausencias, de sus enseñanzas frecuentemente sin plan" (p. 157).

Las referencias a Carlos Vergara son ambiguas. Por un lado, Mercante sostiene que su predecesor había sido víctima de las intrigas locales, sistemáticamente atacado por los diarios de la región (Terigi, 1991). Por el otro, habla de una "dirección dudosa que no tenía por el puesto el respeto de Antequeda y la abandonaba a menu-

do con escapadas a Buenos Aires" (p. 159). En suma, cuando recibió la escuela, rememora: "Por las aulas se paseaba la desconfianza y el miedo" (p. 160).

A contramano de lo que podría creerse, en sus memorias Mercante subraya cómo la Escuela Normal de Mercedes se convirtió —a partir de su llegada— en un taller y en un laboratorio, en el que no pocos elementos de la experiencia previa parecían tener continuidad bajo la nueva dirección. Así, el énfasis que Vergara depositó en intensificar las relaciones con el "afuera" escolar proseguían con la dirección de Mercante. La escuela se convirtió en un taller y en un laboratorio, tal como él mismo expresa:

> sin faltar el museo como primer centro de interés, destinado, con las excursiones, a mantener el contacto con la naturaleza que suministraba los motivos para la composición, el dibujo, la geografía, la botánica, la geometría, la aritmética, el material para elaborar el pensamiento y desarrollar las aptitudes, que era nuestra finalidad educativa (p. 165).

En continuidad con las propuestas de Vergara, Mercante afirmaba que la escuela contaba con una biblioteca con numerosos libros, "pero para auxiliar con ellos la labor que realizaba el niño, y guiar a menudo la del profesor" (p. 165). Lejos del verbalismo (otro aspecto combatido por Vergara), "Hágalo hacer" (p. 165) era la frase habitual con la que se ponían en práctica los métodos de enseñanza.

En este punto, en las aulas de Mercedes surgió —como un género nuevo, derivado del texto escolar— el libro de ejercicios.

Las memorias de Mercante conjugan en plural el trabajo institucional realizado en Mercedes, y recuperan el valor del equipo docente que intervino en la experiencia de Mercedes. El pasaje del singular al plural se revela indispensable para dar cuenta de una tarea (institucional) que muestra a la escuela como un dispositivo armonioso, en el que sus agentes se mueven orientados por los mismos objetivos.

Cada clase era objeto de observaciones y estas de propuestas y experimentos. Así, por ejemplo, dice Mercante que nació la idea del cuaderno escolar:

> desde el tercer grado advertimos a menudo repeticiones inútiles y la posibilidad de aprovechar mejor la fermentación activa de los niños, mediante una ordenación por pasos y por dificultades de la ejercitación y del trabajo que evitaría el esfuerzo estéril de los saltos y zig-zags y la fatiga, funesta al interés. De ahí nació un concepto nuevo del texto escolar; el libro de ejercicios, el libro de problemas, el libro de cuestionarios que entrelazaría los asuntos hasta constituir un todo orgánico, sin vacíos, fecundo para el cultivo, desarrollo y nutrición de la inteligencia (p. 165).

Estos materiales, basados en un programa analítico, desarrollaban problemas y cuestionarios "asignándoles días, meses y formas didácticas" (p. 166). "Los resultados —concluirá Mercante— fueron realmente extraordinarios después de 1900, especialmente en Ciencias Naturales, Matemáticas y Composición" (p. 166). El propio Mercante vuelca en dos libros aportes de naturaleza similar, dirigidos a la enseñanza de la Aritmética: *Psicología de la aptitud matemática del niño* y *Cultivo y desarrollo de la aptitud matemática del niño,* ambos publicados en una sola edición por Cabaut hacia 1904.

En el prólogo de *Psicología…* Mercante sintetizaba el proyecto intelectual que desarrollaría a partir de su ingreso a la vida universitaria, pero que había comenzado a tomar forma durante su dirección al frente de la Normal de Mercedes: elaborar una metodología de la enseñanza primaria. Frente a una literatura pedagógica "vaga y declamatoria" (Mercante, 1904, p. IX), Mercante reclamaba libros que expusieran procedimientos, lo que no era otra cosa que "el arte de transmitir un conocimiento, el desarrollo sistemático de una serie de lecciones referentes a una asignatura" (Mercante, 1904, IX). En aquellos textos asomaban elementos asociados a una lectura biologicista

de la naturaleza infantil y sus efectos sobre el aprendizaje: "Una coma olvidada por deficiencias de la memoria muscular basta para que un resultado sea falso y encauce la mente por otras vías" (1904, p. 117).

Lo cierto es que esas y otras inquietudes comenzaron a sistematizarse con mayor fuerza en la experiencia de Mercedes. En ese marco, Mercante formuló los primeros interrogantes que derivarían más tarde en un abordaje sistemático en torno a la cuestión del método:

> ¿Qué era un grado? ¿Qué era la aptitud? ¿Cómo y con qué medios reaccionaba? ¿Cómo se producía el interés? ¿Cuándo la fatiga? ¿Cuál era el proceso activo de un aprendizaje? ¿Qué parte correspondía al alumno, qué parte al maestro? Estas preguntas nacidas de la observación de los grupos escolares, me invitaron a reflexionar sobre el problema de la enseñanza (p. 176).

También en sintonía con la experiencia que impulsara Vergara, Mercante afirmaba que, bajo su dirección, el sistema disciplinario había excluido las penitencias, "desde la detención al grito destemplado; los pocos casos de indisciplina eran estudiados del punto de vista de su origen y su correctividad, nunca del castigo" (p. 175). *La educación del niño*, libro escrito en 1897, enmarcaba en 400 páginas la teoría de aquellos ensayos no sin apasionamiento, pero con una intención de "Escuela renovada o Escuela del Trabajo". Mirada en retrospectiva, llegará a decir que aquel libro —treinta años después— parecía haber inspirado las ideas del propio Ferriére (p. 176).

Antes de trasladarse a trabajar a la Universidad Nacional de La Plata, Mercante culminará la construcción de un nuevo edificio para la Escuela Normal. Partía de asumir que la materialidad no solo era el lugar donde ocurre el hecho educativo, sino un programa en sí mismo, un factor fundamental, en definitiva, "una forma silenciosa de enseñanza" (Escolano, 2000). Su planificación no dejó asunto sin considerar y —a juzgar por las palabras de Mercante— alcanzó a plasmarse en un edificio que luego sería considerado modelo a escala nacional:

> Aulas, patios, salas de trabajo, gabinetes, inclinación de los pisos, distribución de las aberturas, todo se trató de prever dentro de un presupuesto de doscientos mil pesos, para obtener el local adecuado a una escuela normal mixta de maestros. La dirección de Arquitectura adoptó luego, ese tipo de distribución, para las demás escuelas normales y colegios del país (p. 175)

¿Qué importa contar de una vida?

En 1906, llamado a organizar la sección de estudios pedagógicos de la Universidad Nacional de La Plata por Joaquín V. González, Mercante renuncia a la dirección de la Escuela Normal de Mercedes. Dice dejar tras de sí 12 años de trabajo colectivo que —huelga decirlo— plasma con generosidad en su biografía.

No hay prácticamente referencias a su paso por la Universidad en *Una vida*…. (lo que invita a suponer que a su biografía le restaban capítulos antes de fallecer). Hay, en cambio, algunos párrafos sueltos sobre su relación con José Ingenieros —a quien conoció en 1895 y al que le atribuye haber cambiado su rumbo literario, "metiéndome de lleno en la psicología" (p. 181)—. Encontramos, sobre el final, una crónica —acompañada por unas breves notas familiares— sobre un viaje a Bellaria en la que relata su reencuentro con lugares y figuras de su infancia. Una de sus últimas reflexiones —dedicadas a la cuestión de los celos que Mercante decía despertar entre sus colegas— retorna a la preocupación de Belgrano al momento de escribir sus memorias: "La envidia se ensañó conmigo desde las aulas" (p. 188). Entre otros asuntos, recuerda amargamente cómo uno de sus libros —*Frenos: Contribución al estudio de la psicología aplicada a la educación*— fue "tratado groseramente y vilipendiado en la plaza pública de La Plata por los estudiantes" (p. 190).

El eje del ejercicio biográfico, sin embargo, transitaba un registro que no se reduce a combatir las opiniones adversas. Cuando rememora el tiempo que insumió la realización de *Psicología*… justificaba aquella dedicación hasta altas horas de la noche apelando a sus orígenes

sociales: “es el esfuerzo que debe realizar el que no es nada, para ser” (p. 177). ¿Podría interpretarse lo realizado como la dedicación de un hombre a operar un pasaje del “no ser nadie” hasta ganarse un nombre propio dentro de un campo de conocimiento? Bajo la imagen que compone *Una vida realizada*, ¿había alcanzado Mercante el derecho a decir “yo”? De lo que estamos seguros es de que Mercante no estaba al margen de las tribulaciones: ni a las que cada tanto apela para ponderar su propia obra —“¿Será posible que no valga nada lo que he escrito?” (p. 179)—, hasta las que desliza cuando se refiere a las opiniones de otros colegas —“Una maestra había dicho que yo hacía locuras” (p. 179)—.

Toda biografía es un dispositivo póstumo. ¿Para qué escribe alguien sus memorias?, ¿cómo lo justifica ante los demás o frente a sí mismo? El texto que recupera la presente edición no rehúye a estos asuntos. Al respecto, una de las múltiples acepciones que admite la noción de “vector de vitalidad” o de “vida extendida” desarrolladas por Vinciane Despret (2021) puede sernos de utilidad. Antes de sopesar de qué modos las ideas de Víctor Mercante movilizaron los debates pedagógicos en la primera mitad del siglo XX en Argentina, con la reedición de *Una vida realizada* buscamos volver la mirada sobre otra cuestión: comprender cómo y en que contextos se formaron sus ideas. Más que una lectura dirigida hacia la vida de un individuo, conviene encarar dicha cuestión leyendo esta biografía como una vida extendida que ofrece pistas y reúne elementos que permiten caracterizar la red de intercambios, influencias y relaciones que el protagonista tejió a lo largo de su trayectoria.

En suma: lo que la biografía que ahora tienen en sus manos aporta es una ventana desde donde abrir nuevos ángulos de lectura sobre el derrotero de un personaje que alimentó el curso de los debates pedagógicos en el momento en el que el campo se encontraba en plena formación. En cuanto a estas páginas, a guisa de prólogo, conviene recordar que todo ensayo es un ejercicio de aproximación —bajo nin-

gún punto de vista concluyente—. En el mejor de los casos, aspira a ofrecer una comprensión crítica de la figura de Mercante, con la plena convicción de que por más profunda que fuere nunca podrá dilucidar el impenetrable misterio de una vida.

Referencias bibliográficas

Altamirano, C. y Sarlo, B. (1997). *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Ariel.

Belgrano, M. (1960 [1814]). Autobiografía del General Manuel Belgrano, que comprende desde sus primeros años (1770), hasta la revolución del 25 de mayo (con notas del General Bartolomé Mitre). En *Biblioteca de Mayo*, Tomo II, Autobiografías (pp. 951-1000). Senado de la Nación.

Dussel, I. (2014a). Víctor Mercante y la producción de un discurso científico sobre la educación. *Archivos de Ciencias de la Educación*, *8*(8), 1-15. http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.6588/pr.6588.pdf

Dussel, I. (2014b). Víctor Mercante: la adolescencia como categoría escolar. La emergencia de una problematización. En V. Mercante, *La crisis de la pubertad y sus consecuencias pedagógicas* (pp. 11-41). UNIPE.

Gagliano, R. (1992). Aportes para la construcción de una historia crítica de la adolescencia en la Argentina. En A. Puiggrós (dir.), *Escuela, democracia y orden (1916-1943)* (pp. 299-341). Galerna.

Garrocho, D. (2019). *Sobre la nostalgia. Damnatio memoriae*. Alianza editorial.

Lionetti, L. (2005). Víctor Mercante: agente político e intelectual del campo educativo en la Argentina de principios del siglo XX. *Prohistoria*, *X*(10), 93-112.

Mercante, V. (1893a). *Museos escolares argentinos*. Imprenta de Pablo E. Coni e Hijos.

Mercante, V. (1893b). *La escuela moderna*. Imprenta de Pablo E. Coni e Hijos.

Mercante, V. (1904). *Psicología de la aptitud matemática del niño*. Cabaut y Cía.

Mercante, V. (2022). *Los estudiantes*. Universidad Nacional de Entre Ríos y Universidad Nacional del Litoral.

Oliver, F. (2011). De la formación del sujeto al sujeto apestado: la novela del aprendizaje en Hispanoamérica. *HItinerarios*, *13*, 177-189.

Puiggrós, A. (1990). *Sujetos, disciplina y curriculum en los orígenes del sistema educativo argentino (1885-1916)*. Galerna.

Rezzano, J. (1934). Víctor Mercante. Homenaje de Humanidades. *Humanidades*, (24), 393-398. https://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/74822

Richard, N. (2010). *Crítica de la memoria*. Ediciones Universidad Diego Portales

Southwell, M. (2020). Posiciones docentes: interpelaciones sobre la escuela y lo justo. Ministerio de Educación, Cultura, Ciencia y Tecnología. https://cedoc.infd.edu.ar

Terán, O. (2000). *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910): Derivas de la "cultura científica"*. Fondo de Cultura Económica.

Villanueva, A. (2022). Scanavecchia o los cuatro postes de la chacota. En V. Mercante, *Los estudiantes* (pp. 225-240). Universidad Nacional de Entre Ríos y Universidad Nacional del Litoral.

Villanueva, G. (2022). Una estudiantina polifónica. En V. Mercante, *Los estudiantes* (pp. 9-42). Universidad Nacional de Entre Ríos y Universidad Nacional del Litoral.

UNA VIDA REALIZADA
(mis memorias)

Víctor Mercante

Prólogo

Hace diez años, al emprender viaje a Chile como delegado argentino al Segundo Congreso Panamericano de Educación, treinta días antes de su muerte inesperada, Víctor Mercante dejó sobre su mesa de trabajo, confiado a su nieto Horacio, el manuscrito de estas "Memorias" inconclusas. Completarlas hubiera sido restar mérito y sabor a la autobiografía, por eso he preferido darlas a la publicidad sin agregar una palabra al original.

Sólo las he ordenado cronológicamente dividiéndolas en capítulos y dándoles un índice para facilitar su lectura.

A través de ellas se vive la infancia, la adolescencia y la juventud del gran maestro; se asiste al proceso de elaboración de un espíritu superior alentado desde los primeros pasos por el ansia de ser: en la aldea paterna primero, "cuando su infancia se nutría en los encantos de la naturaleza", en Merlo y en Paraná después, cuando a través del colegio primario y de la Escuela Normal, "su yo adquiría contornos definidos" y en San Juan y Mercedes más tarde, cuando su personalidad de investigador y de maestro lo convirtió en artífice de una obra original y fecunda.

Estas memorias incompletas, porque nada dicen de su posterior actuación en la Universidad de La Plata donde completó su obra definitiva, ni de su enorme labor de publicista, ni de su múltiple y fecunda acción de civilizador, tienen el encanto de la sencillez y belleza del estilo, descubriendo al artista disimulado en el hombre de ciencia.

Siempre las memorias de los grandes hombres, fueron útil fuente de información para biógrafos e historiadores, goce para los estetas

y estímulo para los jóvenes que buscan en la vida de los triunfadores hijos de su esfuerzo, inspiración para la propia y ejemplos dignos de imitarse.

Presentado así escuetamente el libro, quiero hacer una semblanza sobre la personalidad del autor, a través de los juicios que su vida y su obra merecieron de parte de los intelectuales que le conocieron muy de cerca.

"El nombre de Víctor Mercante, dice Rodolfo Senet, evoca toda una época de adelantos nunca vistos en la educación y la instrucción de la niñez. Representa cuarenta años de investigaciones en psicología infantil, en psicología juvenil y especialmente en psicopedagogía, a la que solidariamente cimentara consagrándole su más valiosa actividad, para convertirla en una rama de la ciencia".

"Mercante fué, más que otra cosa, un estudioso; ante todo, un investigador de infranqueable optimismo y buena fe, pero en su espíritu, sin duda por herencia no lejana, despuntaba el artista a cada instante. Y así le vemos publicar música con el seudónimo de Víctor Lombardi, su apellido materno; brillar como Scanavecchia narrando y describiendo su vida estudiantil y las travesuras de los muchachos escolares de su tiempo; cultivando con éxito el cuento y la novela; componiendo libretos de ópera; haciendo dramas simbólicos como 'Frenos', y escribiendo artículos del género narrativo y descriptivo como los que publicara durante quince años en La Prensa".

Otro profesor de alto prestigio —J. Alfredo Ferreira— al juzgar la personalidad de Mercante, expresó:

"Al mismo tiempo que leía y extractaba a los últimos investigadores científicos como Cajal, del que dejó una preciosa página publicada después de su muerte, leía diálogos de Platón y escribía sus impresiones sobre el Banquete y sobre el modo dialéctico de Sócrates. Sentía lo que la música pintaba, esculpía o hacía soñar; su conferencia que él llamó 'El lenguaje musical', en el Instituto Popular, fué una de las producciones más brillantes y aplaudidas que se escucharon en esa tri-

buna, y en su libro 'El paisaje musical' puede leerse la interpretación de la armonía de los pájaros, la plegaria a las aves de San Francisco de Asís por Liszt, los reflejos en el agua de Debussy, la risa de las jovencitas en la danza cubana de Cervantes, la pirueta al ritmo del tres por cuatro del Carnaval de Schumann, la música de las campanas, el galope de las Walkirias, los ensueños de la noche en el Claro de luna. Gustaba de la poesía. En una conferencia del Centro positivista sobre su libreto 'Ollantay' que se cantó en el Colón con música de Gaito, él declaró que su poeta inspirador era D'Annunzio. La música de sus versos cantaría en su alma, pero él la traducía a su manera".

"Su cerebro, de una plasticidad extraordinaria —decía Leopoldo Herrera— pasaba sin esfuerzo de la cultura profesional a la general; la riqueza de su erudición y de sus investigaciones en los dominios de la docencia, le permitieron escribir libros orgánicos de carácter pedagógico; pero paralelamente a esa intensa labor de especialista, cultivó diversas ciencias, las naturales y las históricas, en particular; consagró largas y serenas lecturas a las doctrinas filosóficas y llegó por selección a abrazar la que extrae sus conclusiones del análisis de la realidad y del conocimiento de las leyes que la gobiernan, y le quedó todavía tiempo para sembrar en el campo de la literatura y cosechar prestigio como ensayista, cuentista, evocador de pueblos en edades remotas y vigoroso descriptor de panoramas contemplados con ojos inquisidores, en viajes de descanso y de instructivo esparcimiento". "Estudioso consumado, dice Senet, fué un polígrafo: pedagogo, educacionista, psicólogo, antropólogo, filósofo, moralista y maestro de cultura estética. Como profesor sobresalió por lo eficaz, y si derramó su saber haciendo libros, no lo hizo menos en la cátedra, cautivando con su entusiasmo y su corrección en el decir. Como conferenciante, fué eximio, y en su conversación de sobremesa resultaba un 'causear' encantador".

"Inició entre nosotros —agrega J. Alfredo Ferreira— la comprobación y aun la transformación de la enseñanza racional en enseñanza

experimental. Esa es la legítima en el haber didáctico argentino de Mercante. Le tocó representar en nuestro país la escuela de psicología experimental de Lombroso".

"Lombroso estudió la psicología de veinte mil criminales y delincuentes; no menor número de niños y adolescentes pasaron, por los 'tests' de Mercante y de sus discípulos inmediatos. Adquirió títulos sobrados para figurar desde muy joven en el núcleo de pensadores y aplicadores que en la Argentina siguieron el método o la doctrina del gran positivista italiano. José María Ramos Mejía, Luis María Drago, Norberto Piñero, Juan Agustín García, Juan Vucetich, Domingo Cabred, Elíseo Cantón, Joaquín V. González y Agustín Álvarez, como pensadores políticos adelantados, iban por la misma vía. Lombroso aplaudió y estimuló a Mercante, y Ferri lo puso en el lugar que le correspondía al recapitular la trascendencia y proyecciones de la síntesis lombrosiana".

"La vida de Mercante, para Rodolfo Senet, fué un constante sacrificio en aras de la cultura y del progreso colectivo. Innovador en materia de educación y de instrucción, se vió obligado a luchar contra la rutina para llegar a la meta. Analizó lo viejo depurándolo, para aceptar lo que estimó como definitivamente conquistado y tuvo que abrir brechas en el campo de la afectividad infantil, haciendo encuestas, aplicando 'tests' de su invención, realizando pesquisas minuciosas en orden psicológico. Innovador y evolucionista hasta hacerse revolucionario en materia de didáctica, no fué sin embargo de los que creyeron que todo lo moderno era siempre lo mejor y que sólo lo reciente era lo bueno. Evidenció la necesidad de investigar con los métodos de la psicología experimental la afectividad del educando, antes de preconizar el uso de tal o cual método o procedimiento de enseñanza. Es el primero que se lanza, lleno de optimismo y buena fe, a investigar en esa dirección, para brindarnos, en definitiva, un verdadero monumento, 'La aptitud matemática del niño', primer libro pedagógico del mundo orientado en el sentido de la investigación científica, como base de

conclusiones metodológicas. Mercante ha hecho obra imperecedera y el futuro lo dirá".

"Su enseñanza de la ortografía es, a todas luces, una consecuencia de los adelantos de la psicofisiología aplicada a la educación y una consecuencia obtenida, sin duda, por un hombre extraordinario".

De él dijo Joaquín V. González: "Ha contribuido a variar el curso de un caudaloso río de rutinas y errores".

"Fué Mercante una potencia de labor, ante todo. No supo organizar el descanso. Como estudiante, dice Ferreira, ya mostró esa virtud y desde que ingresó en el escalafón, hasta la madrugada de su muerte inesperada, empedró su vida de obras: libros, conferencias, artículos, congresos pedagógicos y científicos, comisiones cumplidas en las diversas asociaciones culturales a que pertenecía". "Su vida fué una sucesión no interrumpida de tareas, dice Senet, una serie de tareas que llenó siempre a satisfacción de los demás. Porque lo que más le caracterizaba era el cumplirlas como mejor podía, empleando en cada una su conocimiento máximo, todo su tiempo disponible y su más cara actividad. Jamás dejó una labor a medio hacer. Vivió superándose todos los días, yendo en sus ocupaciones mucho más allá del cumplimiento del deber". Los empleados que estábamos bajo sus órdenes en la escuela normal de Mercedes, allá por el año 95, dice Senet, habíamos llegado a la conclusión definitiva de que su punto débil estaba en tomarlo todo en serio, en ofrecer una tendencia irrefrenable al trabajo continuado y en hacer trabajar por demás a todo el mundo. I ése era para mí, en aquellos años de indisciplina e inclinación a la holganza, un defecto capital, y digo en aquellos años porque hoy, gracias a él, no soy así, o me estimo de otro modo".

"Con dificultad podrá encontrarse entre los trabajadores estudiosos quien le iguale; quien le supere, no. En su ética, era un hombre trasparente, como de cristal, según decía Saavedra Lamas". "Todo bondad, con firme dominio sobre las pasiones bravías, cabe decir de Mercante que era un alma blanca, agrega Leopoldo Herrera. Ni la en-

vidia, ni el odio, ni la malignidad, dieron jamás consejo a su conducta; si alguna vez la ingratitud o la deslealtad sorprendió su optimismo y desgarró fibras íntimas de su temperamento. Mercante hizo algo más misericordioso que perdonar el agravio: lo olvidó".

"Su personalidad espiritual, tenía, según José Rezzano, el sentido de la armonía y de la paz". "Hombre movido por impulsos nacionalistas de la mejor ley. Mercante, que nunca cortejó el sensualismo político, merece, dice Herrera, que se le recuerde como modelo de dignidad cívica". "Perteneció, agrega Rezzano, a aquella raza de hombres que, según la expresión de Goethe, se elevan desde el fondo Oscuro de lo desconocido por un fuerte batir de alas poderosas que ellos mismos se crean, hasta el reinado de la plena luz, en el cual brillan y se extinguen, para dejar un recuerdo perdurable en la memoria de los demás hombres".

"Fue un espíritu radicalmente emancipado de vanas quimeras, dice J. Alfredo Ferreira; nacido en un hogar monoteísta, lo fue hasta la primera juventud. Sus creencias se transformaron en la escuela normal. Leyó a Buchner y se convirtió para siempre al régimen de las leyes naturales".

"El verdadero espíritu positivo es integral; se basa en la ciencia y en los principios generales de la ciencia, asciende a la filosofía y al arte y abraza en la cima las leyes morales, como ideal y como realización. Mercante, como un verdadero espíritu positivo que era, realizó esa ascensión. Ponía la vida en concordancia con la idea".

"No fue un pesimista de esos que Dante sepultó bajo la llovizna en la charca negra, porque vivieron displicentes en el dulce mundo. No tuvo tiempo para eso, pues ocupó todos los momentos en sus variados quehaceres espirituales".

"No lo digo por alabanza ni censura, porque al fin de cuentas no sienta mal en el hombre un poco de melancolía, al contemplar el rodar incesante de las cosas, el cuadro siempre cambiante de la breve vida, el viaje sin retorno de seres que se llevan retazos de nuestra propia existencia".

"Feliz de él que no probó esa amargura filosófica, entretenido como estuvo siempre en asir del instante fugitivo, su parte de verdad y de belleza".

* * *

Víctor Mercante nació en Merlo el 21 de febrero de 1870. A los siete años hizo con su padre un viaje a Italia, donde permaneció hasta los 10 años, regresando a Merlo para continuar sus estudios primarios hasta el 5° grado, en la escuela local, con la dirección de Bernardo Moretti, a quien recordó toda su vida con amor filial. A los 15 años, inició sus estudios magistrales en la Escuela Normal de Paraná. Egresó de aquellas aulas con la clasificación de sobresaliente, compartiendo con Leopoldo Herrera, que había egresado años antes, la nota más alta que hasta entonces se había otorgado en aquella celebrada escuela. Completó sus estudios en la Escuela de Matemáticas de San Juan, con la dirección de Leopoldo Gómez de Terán. En aquella provincia fué regente y catedrático de la Escuela Normal, diputado a la Legislatura a los 22 años, presidente de la Biblioteca Franklin, fundada por Sarmiento, a la que dotó de edificio, y de la que continuó siendo socio honorario; vocal del Consejo General de Educación y más tarde director general de escuelas. Fundador de la Sociedad Sarmiento y, en colaboración, de la Sociedad Científica, sección de la de Buenos Aires, formando por primera vez, con revistas del país y extranjeras (ochenta y cinco) la mejor mesa de lectura científica de las provincias. En San Juan sintió la necesidad del estudio metódico del niño y concibió la "Paidología", vocablo creado por él, publicando el plan de la nueva ciencia en la "Educación", de Buenos Aires, que poco después tanta repercusión tuviera en Europa y Estados Unidos. En 1892 publica su primer libro, "Museos escolares", que marca una fecha en el proceso de la educación argentina. Aunque el autor sólo contaba 22 años, esa primera presentación pública, dice J. Alfredo Ferreira, no fué inferior

a ninguna de sus numerosas obras didácticas posteriores. De la regencia de San Juan pasó a la dirección de la Escuela Normal de Mercedes (Buenos Aires), la que se convirtió bajo su influjo en un gabinete de trabajos colectivos y experiencias, en una colmena en que la ciencia moderna, la historia con sus últimos puntos de vista, la literatura, entraba por puertas y ventanas. Recorrer sus aulas, era pasar por los diferentes aspectos del pensamiento. Había recibido una escuela anarquizada, que cambió radicalmente de fisonomía al convertirse en un centro de activa y animada construcción. Con un caudal enorme de observaciones, pudo entregar su pensamiento al problema del método en la enseñanza. Concibió el plan vasto de escribir una lógica nueva, una metodología basada en la observación sistemática del niño reaccionando bajo el estímulo del maestro, en la que debía considerarse en primer término las aptitudes del grupo escolar, las influencias, el espíritu de la asignatura, el propósito de la enseñanza, el programa, el material, la ejercitación, etc., que tuvo su manifestación concreta en los dos volúmenes que publicó en 1904 y 1905, titulando al primero "Psicología de la aptitud matemática del niño" y al segundo "Cultivo y desarrollo de la aptitud matemática del niño", premiados en Estados Unidos con medalla de oro y diploma de honor, que abrieron nuevos rumbos a la metodología, incorporándola al grupo de las materias experimentales. La obra tuvo honda repercusión aquí y en el extranjero. Pierón, Ribot, Morselli, la celebraron con entusiasmo, reconociéndose que con ella la pedagogía entraba en un periodo de trasformación y la psicología del niño encontraba su razón de ser en el terreno de las aplicaciones reales.

A ésta siguió su "Metodología" en dos volúmenes llenos de doctrina de principios originales, considerada por Aguayo como una fundamental reforma y orientación; "Psicofisiología de las aptitudes ortográficas y su cultivo", "Enseñanza de la lectura", etc. Tal conjunto de hombre y maestro, no se ocultó, anota J. Alfredo Ferreira, a la mirada soñolienta y previsora de Joaquín V. González, que desde él

ministerio de instrucción pública, durante la presidencia de Quintana, creó la Universidad de La Plata. Lo tomó como asesor técnico y lo nombró director de la sección pedagógica, elevada luego a Facultad de Ciencias de la Educación, de la que fué su primer decano. En terreno universitario, dice Ferreira, Mercante tomó vuelo y completó su obra definitiva. Planteó la sección pedagógica con vista más integral y orgánica que los institutos análogos de Bruselas y Ginebra, que le sirvieron de modelo.

Profesor ejercitado desde alumno-maestro, en mover grupos escolares en mejores condiciones que muchos pensadores teóricos de Europa, pudo obtener de sus experiencias, confirmaciones, rectificaciones y revelaciones temperamentales, con mayor certidumbre relativa. Consiguió dotar a la Universidad de uno de los gabinetes más completos de psicología, creó y dirigió durante once años la revista "Archivos de pedagogía y ciencias afines" (15 volúmenes), donde se reflejó y se guarda toda la actividad de profesores y alumnos. Fué el órgano nacional e internacional de la Universidad. De acuerdo con las doctrinas de Mercante, los estudios tenían por materias básicas la antropología, el sistema nervioso, la psicología normal y patológica, con el triple carácter de experimental, investigatoria y teórica, para lo cual cada una fué dotada de laboratorios provistos de rico instrumental y salas que hiciera construir. Así pudo reunir durante 15 años, investigaciones que nunca se habían intentado ni se repetirán por mucho tiempo.

Las estadísticas sobre talla, diámetros craneanos, peso, ángulo de Cuvier, diámetro bromático, dinamometría, capacidad vital, acuidad visiva y auditiva, orientación, tiempos de reacción, memoria, fatismos, etc.; ahí están como testimonio de una labor realizada casi en el silencio, pero sin antecedentes en el país, no obstante los laboratorios y cátedras creados con ese fin.

Numerosos artículos y monografías publicados en "Archivos de pedagogía", "Revista de filosofía", "La Prensa" y memorias de los congresos en que tomó parte explican el concepto psicopedagógico de

Mercante y su doctrina. Su libro "La crisis de la pubertad", publicado en 1918, juzgado como la obra pedagógica más importante publicada en hispanoamérica y como la más revolucionaria, contiene, resumidas, parte de las investigaciones realizadas mientras fué decano de la Facultad. De ahí surgieron las reformas del ministro Saavedra Lamas, de quien fué colaborador íntimo en 1915 y 1916, mientras desempeñaba el cargo de inspector general de enseñanza secundaria, normal y especial. "Sus textos de enseñanza primaria, dice el doctor Grabre, forman un monumento de didáctica que algún día ocupará el sitial de honor que la ciencia le tiene asignado para levantar el espíritu hacia las regiones fecundas de la investigación". En 1920 acogióse a los beneficios de la jubilación, iniciando desde ese momento una nueva era de actividad fecunda como publicista, literato y conferenciante. En 1927 publica "Maestros y educadores", tres tomos; obra destinada a exaltar por la fuerza moral de nuestros grandes servidores la vida noble de la juventud. Le siguen "Tut-Ankh-Amón y la civilización de Oriente", "El paisaje musical", un tomo de "Cuentos", "Charlas pedagógicas", "La verbocromía", "Los estudiantes", novela en que pinta la vida estudiantil de Paraná. Ocho dramas líricos, a los que pusieron música autores argentinos: "Ollantay", "Frenos", "Lázaro", "Raquela", "La flor del Irupé", "El carnaval", "Lin Calel", "San Francisco de Asís". Suman cientos sus artículos esparcidos por diarios y revistas, sobre temas educacionales, literarios, históricos y filosóficos. Conocido y difundido en América y en Europa, formó parte en veinte congresos nacionales e internacionales, presidiendo algunos de ellos. Fué decano de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata; catedrático de psicología, metodología y práctica de la misma; miembro del Consejo Superior; de la Sociedad Científica Argentina; de la Sociedad de Psicología de Buenos Aires; de la Sociedad de Biotipología; de la Internacional de Paidología de París; de la American Academy of Political And Social Science de Pensilvania; honorario de la Sociedad Franklin; de la Internacional Kindergarten,

etc. Veintidós diplomas y quince medallas de oro han premiado de una u otra manera su fecunda labor de cuarenta y cuatro años. Y por sobre todo esto, que ya es bastante para consagrar una vida, fue en lo ético un ejemplo de virtudes: ejemplo de amor, de voluntad, de trabajo, de honradez, de modestia, de bondad y de dignidad cívica que debe ofrecerse como un estímulo.

Murió en Los Andes el 20 de septiembre de 1934, mientras regresaba a su patria, a la que acababa de representar en el Segundo Congreso Panamericano de Educación que se celebró en Chile, y en cuyas reuniones se había destacado con un trabajo titulado "La expansibilidad mental del niño", tema de su último libro aún inédito. "La fatalidad quiso —dijo 'La Prensa' al dar cuenta de su tan lamentada desaparición—, que la personalidad de Víctor Mercante, que planeó siempre en las grandes alturas del mundo espiritual, no descendiera, en la muerte, de las cimas que escaló en el curso de su vida".

Horacio Malter Terrada.
Buenos Aires octubre de 1944.

CAPÍTULO I

"Creí en la injusticia y tuve más de una vez palabras amargas para mis semejantes. Pero fui siempre hacia ellos sonriente y respetuoso, para prometer a mi propia vida una vida superior sin ataque, mediante la consagración a un ideal sin lobos ni serpientes".
V. Mercante.

"Fui maestro a los 7 años; enseñaba a leer a un pastorcito de 12 cuya rudeza me desesperaba. Como gratificación, recibí de él una pedrada… y de su padre un beso".
V. Mercante.

I

Los valores de la vida revolotean sin cesar en la conciencia colectiva, inquietada por aspiraciones que solemos llamar ideales. La Historia, al corregir el concepto de lo insignificante, ha creado como Zola, la biografía del tipo anónimo, cuyos hechos sirven para explicar la conducta y comprender un estado superior fuera de nuestro alcance.

Por eso escribo estas páginas.

He sido un hombre útil. Realicé mis deseos sin envidia, sin odios, sin asaltos, consagrando la voluntad a propósitos sanos y al trabajo desde la niñez mis energías, encendido por el amor a las cosas y a los hombres, sea cual fuere la posición que ocupare respecto a ellos.

Antonio Mercante, hijo de Pedro y nieto de José, fué mi padre. Filomena Lombardi, hija de Quintiliano y nieta de Abbondio, fué mi madre. El primero nació en Zebbedazzi (Liguria) en 1839. Ferrarotti por la línea materna, sus ascendientes conocidos, según documentos parroquiales, remontan a principios del siglo XVIII.

Más de 170 años habitaron el valle del Besante, propietarios de fincas que reducidas por la partición a superficies ilusorias, obligaron por fin a resolver en países lejanos el problema de la existencia. Mi bisabuelo fué soldado de Napoleón 1.º; combatió en España y en Austria. De retorno al pueblo natal, obtuvo en recompensa el título de "maire" y parte de las tierras de un marquesado cuyas últimas áreas vendió mi padre. De ahí el mote de "*merlines*" con que se nos conocía hasta el año en que abandonamos para siempre aquel suelo encantador, fuerte en virtudes y reducto de pobreza. Mis ascendientes paternos, hasta donde alcanzan las informaciones, han sido agricultores, de una honradez sin tacha, consagrados al trabajo de sol a sol, como se acostumbra todavía en aquellos lugares, para conservar la heredad. Mis tíos fueron cuatro; uno emigró joven a California; en una de sus universidades, obtuvo su hijo Víctor el título de ingeniero. Mi madre, que a los 81 años conservaba la lucidez de los 40 para narrar los episodios de su juventud, nació en Teramo degli Abruzzi, bajo el dominio de los Borbones; perdió la madre, Virgilia Valerio Peccia, que acababa de curar de un ataque de locura, cuando ella contaba cinco años de edad. Sus ascendientes remontan a fines del siglo XVIII, repartidos entre las ciudades de Chieti y de Teramo. Si bien poseyeron fincas, no las trabajaron, arrendándolas a los "*caffoni*". Farmacéuticos fueron mi abuelo, su hermano Esperaza y uno de mi madre, Nicola. Médico fué un hermano de mi abuelo, Pappiniano; abogado el marido de mi tía Clotilde Raineri; comerciante, el marido de mi tía Adelaida, Anacleto Hércule. Mi tío Abbondio fué pintor; músico un tío de mi madre, del mismo nombre, director de orquesta en los teatros de Constantinopla, Odesa y Atenas; muy estimado del sultán. Esperaza fué subprefecto

de Chieti al ser declarada Florencia capital de Italia. Mis abuelos maternos eran ricos: la señora Valerio Peccia poseía varias fincas, casas y un palacio en la plaza de Teramo, avaluado en 28 mil escudos. En él se crió mi madre. También mi bisabuelo materno, Nicola, fué soldado de Napoleón y combatió en Wagram y Austerlitz.

Los Lombardi se distinguían por su tipo alto, erguido, rubio y hermoso. Los Mercante por su tipo a veces alto, comúnmente mediano; en la cara, bronceada por el trabajo, relucía el azul de los ojos lombardos. Por último, mi padre aprendió durante los tres años de conscripción, a leer, escribir y contar, porque en 1845 la escuela estaba a 20 kilómetros de Zebbedazzi. Mi madre era analfabeta. En tiempo de los Borbones no se estimaba útil ni decente que una mujer aprendiera a leer o frecuentara las escuelas públicas de Teramo, que eran tres.

Mis padres contrajeron matrimonio en la ciudad de Teramo el año 1868. Después de una gira nupcial por las principales ciudades de Italia, se establecieron en "Bell'Aria", la pequeña finca que mi padre heredara de mis abuelos y en la que invirtiera sus ahorros y la dote de mi madre, treinta mil francos, para agrandarla y proporcionarse algunas comodidades. Su espíritu inquieto y andariego por una parte y la presunción de una vida precaria entre aquellos pueblos sin más luz que la hermosa de su cielo, con edificios de piedra de dos y tres pisos extrañamente abigarrados, que contaban no menos de cuatro siglos, lo decidió a fines de 1869, después de perder el primer hijo, a embarcarse en un bergantín a vela para Buenos Aires, adonde llegaron después de noventa días de navegación penosa, azotados por tempestades que preocuparon al mismo capitán.

Sin más recursos que sus aptitudes agrícolas, se trasladó a Merlo, donde se hizo cargo de una chacra. Dos meses después, el 21 de febrero de 1870, nacía yo, en los pañales de una indigencia que mi padre combatió sin éxito y de la que debíamos rehabilitarnos después de muchos años de lucha sana pero no sin fatigas y sufrimientos, gracias tal vez a esa herencia ancestral que nunca abandona a los descendientes,

reapareciendo temprano o tarde, con valores que parecieron perderse por la acción ingrata de voluntades desconocidas.

II

Mi padre entendía el cultivo a la italiana, sin atreverse a los arados múltiples, a los créditos a plazo, a la inversión de capitales bancarios, a la compra de tierras fiscales, a la vida arriesgada en los puntos lejanos donde la fortuna era rápida. Asaltado por el temor de no satisfacer sus compromisos o ser víctima de la audacia, no era el hombre de empresa que exigía el suelo fecundo de América. De ahí que mantuviera sus actividades dentro de un sector reducido y se creyera casi un potentado, cuando después de seis años, sus depósitos sumaban cien mil pesos moneda corriente, capital en efecto respetable si lo hubiera invertido en campos.

Pero el sentimiento de la tierra nativa tenía entonces raíces hondas en su corazón y soñaba con los castañares, las colinas, los arroyos y las aldeas del Besante, llenos de poesía.

¡Ay de aquél sensible a la caricia del suelo en que ha nacido! Las primeras impresiones adquieren a través del tiempo un valor afectivo tan intenso, que nos gritan el retorno y nos imponen contra todos los intereses su voluntad, cegándonos el razonamiento. Acaso fueron dos, tres, cinco siglos acumulados en aquel deseo de afrontar de nuevo los peligros del Atlántico, y los mayores de la miseria, para sentir en el alma una vez más la emoción del valle con sus cumbres, sus nieves, sus cantos, sus flores y los huesos de sus antepasados.

En 1876 decidió, con sus cuatro hijos y mi madre, volver a Génova. Llevaba veinticinco mil liras y pensaba con ellas ser un trabajador feliz. ¡Partimos!

Lejos de Merlo, recordaba su calle real, el portón de hierro de la quinta de los Pereyra, la escuela donde aprendí a leer antes de cumplir los seis años, el silbato de la locomotora, el olor a humo de sus chimeneas, el galpón de don Justo, los soldados del regimiento de caba-

llería que pernoctó en él durante la revolución del 74, don Matías, mi maestro, que solía pasearse con el diccionario de Domínguez mientras hacíamos cálculos, la iglesia, la estación, tantas cosas que no cambiaron hasta hoy y que me llaman a menudo como el eco de una viva reminiscencia, traducida en tristeza y nostalgia.

Tengo en mis pupilas aquel lunes de marzo, tibio y luminoso, en que abandonamos el muelle de las Catalinas para embarcarnos en el Europa, fondeado en la rada. Mi dicha era intensa al verme sobre cubierta. Muchos barcos estaban próximos al nuestro, los miraba curiosamente, los comparaba... Buenos Aires estaba lejos, sumida en las aguas. No bien la sirena anunció la marcha, fijé mis ojos en el departamento de máquinas y estuve no sé si una hora embebido en aquel continuo ir y venir de los émbolos que se perdían en la profundidad de la nave.

Al día siguiente estábamos en Montevideo. Nunca había visto una ciudad en pendiente y un cerro. Tuve la sensación vaga de lo bello y atrajo mi atención la poca distancia entre la vereda y el agua; me pareció una ciudad emergida del océano.

Relacionado con los niños de a bordo, los espectáculos del mar me distrajeron poco, tal vez porque nadie llamó mi atención sobre ellos. Recuerdo las manadas de delfines del golfo de Santa Catalina, la entrada de Santos, los cocos y bananas que compramos, las bandadas de peces voladores, el paso del Ecuador, la llegada a San Vicente en una bellísima mañana, los negros largándose al agua para recoger los cobres que les arrojaban los pasajeros, las montañas africanas, el peñón de Gibraltar y sobre todo Génova, que dispuesta en anfiteatro e iluminada por el sol de la tarde, producía la sensación de una ciudad blanca y luminosa, creada por la fantasía. Con asombro vi que la nave atracaba a un paredón al que podíamos bajar sin vaporcito, a pocos metros de altísimos edificios y entre innumerables barcos de variados colores.

Acosaba a preguntas a mi padre, quien rebosaba de alegría al volver a su tierra, comunicándola a sus hijos, impresionados por el espec-

táculo del puerto tan diferente al de la ciudad que habíamos dejado un mes antes, sobre las aguas turbias del inmenso río.

Yo también, a pesar de mis seis años, sentía el efecto mágico de las ilusiones de que iba cargado aquel barco, que traía un abrazo para padres, hijos y esposos.

III

El tren nos condujo a Serravalle: desde allí en calesa y a pie, llegamos a Bell'Aria, bajo un cielo nublado, sobre una tierra húmeda y entre montañas que el sol de la primavera no había reverdecido aún. Los vecinos saludaron con efusión a mis padres, mientras los niños nos miraban embebidos, echando de menos la actitud movediza de los que dejaba al otro lado del océano y de la que me sentía extrañamente animado. ¿Serían más tarde mis amigos? El buen tiraje, dábame el aire de valer más que ellos y los corría.

El análisis de un niño dura poco; las sensaciones se renuevan con facilidad y las cosas ofrecen a su espíritu la belleza, oculta solamente para los que crean una morada interior para discernir el mal. Me adapté en pocos días a aquel ambiente pintoresco en que echaba de menos los coches, los caballos, los trenes, el silbido de la locomotora, los viajes a Buenos Aires, las llanuras de trigo y maíz, sustituidos por los encantos de la primavera, los bosques floridos, los cerezos, los viñedos, la atracción de los veinte pueblos clavados en las faldas de las colinas, el ir y venir de los pastores, el canto de la alondra y del ruiseñor.

Aquel valle, rodeado de montañas, ofrecía un panorama de bellezas seductoras, pero me sentía privado de libertad. Allá en Merlo, veía muy lejos; aquí la sierra se levantaba como la pared de una prisión. ¿Qué hay detrás?, preguntaba angustiado. Aquel hueco de veinte cuadras de diámetro ahogaba. ¡Qué dichoso me sentía en la altura cuando extendía mi vista quince, cien, doscientos kilómetros sobre los llanos del Pó, hasta los Alpes, al percibir, disipadas las brumas de la mañana,

ríos, ciudades, cimas nevadas, los bosques próximos, las torres lejanas de viejos castillos!

Era el aire fresco de la inmensidad que oxigenaba mi espíritu.

Los días de primavera cubrieron los campos de clavelinas, rosas, lirios, dalias, tulipanes, embalsamando los encinares verdeantes que se extendían a la espalda de nuestra casa, construida sobre una colina, cuya pendiente suave, cubierta de viñedos y sembrados, moría en el Besante.

Desde ella veíamos veintisiete pueblos, unos subidos a la cumbre del Lesima, otros sobre la escarpadura de una falda, otros sobre las orillas de un riacho fácil a las crecientes de julio y agosto. No quedaba sino el lecho pedregoso y los bosques, sin cultivar.

Aquel poema penetraba en mi alma y solía, absorto largas horas sobre una piedra, escuchar a la alondra, viéndola subir y perderse en el azul, para bajar en amplias espirales hasta caer en el trigal donde tenía su nido.

Me educaba en un ambiente de vida y de pureza, cerca de mis padres, lejos del peligroso contacto de la multitud escolar, bajo la impresión de las cosas y de los fenómenos siempre elevados y siempre inolvidables.

Cada pueblo festejaba una vez al año su santo y realizaba su fiesta. La Virgen de las Nieves, San Roque, San Juan, Santa Salustiana. Mi padre solía conducirme a verlas aunque tuviéramos que andar quince kilómetros bajando y subiendo cuestas, atravesando bosques y pedregales, levantándonos a las cuatro de la mañana. Costumbres que veníanse repitiendo siglo en siglo, con los mismos trajes, las mismas ceremonias, las mismas procesiones, la misma música, las mismas danzas, las mismas comidas y las mismas libaciones, matizadas a puñetazos por amores no correspondidos.

A la sombra de un frondoso nogal, se disponían poligonalmente cincuenta bancos de madera para las muchachas y un cerco de cuerdas para contener a los espectadores. Una gaita y dos pífanos ejecutaban por lo común, tarantelas, desde las tres de la tarde hasta las once de la

noche, bailadas por los jóvenes a dos sueldos por pieza. Abundaban los tipos rollizos, poco los lindos, porque las aldeanas no conocían el tocador y se presentaban al natural, atezadas por el sol; la sombrilla era artículo desconocido. Compartían con sus padres y sus hermanos las tareas agrícolas. ¿No punteaban la tierra y segaban el trigo como las de Millet, bajo los rayos caniculares de julio? ¿Dónde estaba lo sensual, me pregunto, en aquellos hábitos sin preocupaciones, ingenuos y pueriles?

Enamorados, temían mirarse, después de hacer prodigios con los pies y las manos.

Los jóvenes en grupos volvían a sus pueblos, coreando canciones; llenaban de voces la noche, en las que terciaba el chirrido del buI ho y la luz de las luciérnagas.

El silencio del valle en las noches de verano es solemne, poetisado por la cornamusa y los cánticos de los mozos, que olvidan las angustias de una vida martirizada por las necesidades. Pienso que el hombre crea los males ajenos, tomándose la azarosa tarea de demostrar a sus semejantes de que no son felices. Aquellos campesinos disfrutaban los encantos de una naturaleza que en vano ansían los pudientes, que ocupan en las ciudades mansiones lujosas. Se alimentaban de pan, polenta, tallarines y frutas, pero el hambre no faltaba para devorarlos. La dispepsia en los otros, la gastritis crónica, los hace indiferentes al mejor fiambre y al mejor bife.

También el rústico sabe alimentar su espíritu de belleza y le sacrifica su estómago. Vuelve por eso a sus montañas, a pesar de la vida fácil que ofrecen los países a donde emigra, empujado por necesidades que no apagan el afecto hacia la tierra, pródiga en sensaciones agradables.

“Yo no ambiciono, decía uno de ellos a mi padre, alfombras, cristales, espejos, sillas tapizadas, aguas de olor, vestidos de seda. Sería el más feliz de los hombres, si tuviera trigo suficiente para comer todo el año, tocino y una botella de Nebiolo por día”. Aquellas tierras habían dado ya dos mil cosechas y la densidad de la población las había subdividido demasiado.

IV

Bell'Aria distaba siete cuadras de Zebbedazzi, ría por medio y dos ribazos de pendiente suave cruzadas de viñedos y cubiertas de mies en verano. El sentimiento religioso de mis padres se había apoderado vivamente de mi espíritu. Rezaba a la mañana, rezaba a la noche, sabía el credo, el padrenuestro, el avemaría, respondía al rosario, iba a misa los domingos y comulgaba; costumbres que perdí a los catorce años, cuando tuve la pretensión de razonar prácticas que comprendí a la edad provecta, revolviendo los estratos profundos del instinto y de la historia.

Creía en Dios, en los santos, en el cielo, en la condena de los malvados, en la salvación de los buenos, en la inmortalidad, materializados de tal manera que debía irritarme, no bien la ciencia explicara el mecanismo del universo. La pedagogía eclesiástica no ha podido encontrar el procedimiento de hacer comprender al niño, el significado de los atributos y la maravillosa alegoría católica de las virtudes, a la que se aproxima el hombre que anhela sobrevivir a su popularidad momentánea.

El cielo era para mí una bóveda y la tierra una llanura. Concebía el mundo de los espíritus y una existencia bienaventurada en la luz gloriosa de los colores, sin necesidades humanas. De ahí la armonía que mi mente imaginaba en aquella mansión de pureza.

Si bien mi conducta no tenía motivos para ser incorrecta, el temor al pecado formó una conciencia del deber, que sometía mis actos y abría la puerta al bien. La muerte de Cristo, el silencio de las campanas en los días generalmente lúgubres de semana santa me afligían, y preparaban la expansión jubilosa de Pascua. El cura Marugo, amigo de mi padre, uno de los doce que ocupaban los sillones del coro, puesto de distinción parroquial, me estimaba, porque sabía de memoria el catecismo. Fué dos años mi maestro; aprendí con él italiano, olvidé el español y lo acompañaba a almorzar tallarines regados con vino de su bodega.

La escuela más próxima estaba a quince kilómetros, a pesar de las cincuenta poblaciones con cinco mil niños en edad escolar, que exigían una a cada cinco cuadras. Abandono increíble; sin embargo,

¿los hubiera hecho más felices? ¿Hubiera remediado alguna de sus necesidades? ¿No hubiera creado ambiciones y angustias? ¿No hubiera creado el sentimiento de la igualdad?

Sentía el deseo de leer, allí donde la naturaleza era mi distracción única. Mi padre, en un viaje a Tortona, me trajo libros al alcance de mis ocho años; pequeños temas acerca de oficios, moral e historia. Me atrajo una biografía corta de Colón; la leí hasta relatarla palabra por palabra. Me emocionaba, creando intereses que debían ser fecundos. Atenuaba por otra parte la influencia del genovés, porque los habitantes del valle no hablaban el italiano y pocos lo comprendían, duros para la sintaxis y las analogías, amén de las voces dialectales que no eran de origen latino.

Dos muchachos se empeñaron en que les enseñara. Mi método, rigurosamente alfabético, auxiliado por una cartilla sin láminas, era sin duda malo, porque después de seis meses no sabían una palabra. Los padres los afrentaban llamándoles cabezudos (testa de rue), pero la culpa era mía.

V

La naturaleza celebraba navidad cubierta por un manto espeso de nieve, bajo el que desaparecían árboles, aldeas, caminos, cercos y montañas: sólo era posible adivinar los lugares por los dobleces y arrugas que ofrecían aquí y acullá; tristes en los días nublados o a la claridad de la luna, de una belleza inmaculada bajo el sol luminoso y la pureza del cielo.

Mi espíritu sentía extrañas emociones en presencia de aquellas fantasías arquitectónicas del blanco. El mar, la selva, la montaña, no ofrecen espectáculos penetrantes como los del valle de nieve.

Pero, ¡qué desolado verla caer a través de los cristales! Mi padre solía, entonces, reunirnos en uno de los dormitorios entibiados por el escaso calor de una estufa y leía, a los que podíamos atender, la Biblia. El apocalipsis de San Juan, mientras la densa cortina de copos nos

ocultaba casi los pueblos y montes que divisábamos desde la ventana, engendraba en mi espíritu pavorosas visiones, inquietado por el pecado y la muerte bajo la repetición fatídica del misterio: “siete ángeles, siete trombas, siete sellos...”. “I el primer ángel fué hecho granizo y fuego mezclados con sangre, y la tercera parte de los árboles fué quemada y se quemó también la hierba verde”. “I el segundo ángel tocó la trompeta y como un inmenso monte ardiente, fué lanzado al mar, y la tercera parte del mar se tornó en sangre”... “I miré y vi un ángel volar por medio del cielo, diciendo en alta voz: ¡Ay, ay de los que moran en la tierra”...

Era el lenguaje de los humildes, rudo y fragoroso como las tempestades. Los pasajes del último libro de los escritos sagrados, los asocié después a aquella tarde en que callábamos, escuchando el misterio de los siete candelabros de oro... Todos estaríamos allí. ¿Cuándo?... —Pregunté a mi padre. — Al acabarse el mundo... La respuesta era imprecisa, pero descalabradora.

He vuelto a leer la espeluznante revelación de Patmos; he puesto a los cuarenta años, mis dedos donde los puso mi padre aquella tarde inclemente; he sentido el ardor grato del recuerdo...

Despejada la atmósfera, el sol radiante nos invitaba a calzarnos las polainas y salíamos gozosos a descubrir las pisadas de la perdiz o de la liebre, a las que tendíamos trampas sin cazar nunca una pieza. Llegábamos al arroyo helado, en pandilla; buscábamos un lugar ancho y entre los gritos de los que caían y el alborozo general, patinábamos dos o tres horas hasta que la pista perdía lisura.

Al trasponer el sol las montañas, el frío helaba. Acostumbrábamos de tal manera a caminar sobre la superficie de la nieve endurecida, que subíamos hasta las pendientes y marchábamos como en un tablado sobre los arroyos y lagunas. Era imposible acostarnos, sin calentar las sábanas del lecho. Ofrecían un espectáculo deleitoso por las mañanas, los carámbanos colgados de los aleros y los innumerables bastoncillos de hielo que convertían cada árbol en una araña de cristal.

El invierno, antes de la primera nevada, solía envolvernos en neblinas húmedas que nos retenían alrededor de una estufa, largas semanas. Pero cada casa era un taller; las mujeres hilaban, los hombres construían canastas, muebles, yugos y objetos de uso casero. Mi padre salía con su perrito Dago a las cuatro de la mañana y volvía a la noche, después de haber recorrido los bosques, con seis o siete trufas, que vendía luego en el mercado de Novi, Voghera o Tortona, a tres, cuatro o cinco liras cada una, según el tamaño, el peso y el color.

La cosecha no se repetía sino cuatro a cinco veces al año, en días húmedos y fríos; con la de los hongos finos que se realizaba en los castañares durante el otoño, contribuía a las entradas con que contábamos para sufragar los gastos y cubrir el presupuesto de aquel hogar, que no encontraba cómo proporcionarse las comodidades de que había disfrutado tanto mi madre, años antes, sumiéndola en el silencio de una tristeza, roto pocas veces por la alegría. Pensábamos en el viaje a Chietti. Tal vez eso anhelaba; pero apremiados por la escasez y el temor de presentarnos pobres, nunca lo realizamos.

VI

La primavera volvía ataviada de verdor, flores y brisas perfumadas. Los campesinos olvidaban las crudezas de diciembre, enero y febrero; henchidos de esperanza, veían crecer las mieses, fructificar las viñas, pacer las ovejas, las cabras y terneros, donde antes habían barrido las hojas para lecho de sus establos. Cada pastorcilla entonaba cantos acompañada por el mirlo y el ruiseñor; al atardecer, como en los cuadros de Millet, volvía con las faldas recogidas, un haz de leña sobre la cabeza y arreando con un mimbre las bestias, a las que quería como hermanos. En su mansedumbre, parecían comprenderla. Yo, sin funciones, me juntaba a ellas no bien pasaban por el camino de casa; transcurrían así, deliciosamente, las horas, escuchando cuentos de lobos, osos, águilas y brujas; jugando a la ronda, a la mancha, a las piedritas, al chuco o buscando

nidos. Cada uno teníamos los nuestros y respetábamos el derecho de propiedad.

A mí me quería mucho Isolina Isolabella: una extraña simpatía. Un año mayor que yo, traducía su afecto defendiéndome y haciéndome el confidente de sus contrariedades infantiles.

Frente a Bell'Aria, el Besante de por medio, se levantaba majestuoso el Lesima, que los aldeanos denominan Monte Helado, porque en su cima cónica la nieve dura ocho meses. Aquella altura se divisaba desde el mar, desde los Alpes, desde el Piamonte, la Lombardía, el Véneto; desde cien ciudades y dos mil pueblos.

Sobre su falda ancha y dulcemente inclinada, "el marqués" había construido tres siglos antes su mansión veraniega, a la que llegaba conducido en andas cuatro leguas por sus vasallos. Los cristales de las ventanas de sus tres pisos, reflejaban el sol de la tarde.

Sobre la pendiente, los aldeanos habían construido ocho pueblos y ocho iglesias de altísimas torres, que daban al panorama singular belleza.

Mi anhelo era llegar a la cima, conocerla, ver desde allí a uno y otro lado del apenino, el tren, el Pó, la llanura, el mar.

Un día de junio, los pastores organizaron una excursión y no cupe de alegría cuando me invitaron. Era el más chico de la caravana.

Si bien desde Bell'Aria, ascendiendo en línea recta, la distancia era de cuatro mil metros, el camino en zig-zag la aumentaba a doce. Salimos a las cuatro de la mañana. Al amanecer nos encontrábamos sobre una altura desde la que dominábamos el valle, bañado por un sol hermoso, a través de una atmósfera tan pura, que distinguíamos los detalles de las aldeas lejanas. Nos entreteníamos mientras descansábamos, en la descripción geográfica de aquel panorama encantador, sólo renovado en Río de Janeiro treinta años más tarde. Reanudamos la ascensión, y después de varias horas por un camino que nos parecía horizontal, un poco pedregoso, a través de bosques y campos de cebada, trigo y heno, llegamos casi a la cima sobre una alfombra de césped

que se extendía en todas direcciones, interrumpida por un denso manchón de avellanos en el cual nos internamos a la tarde, para cosechar el fruto. A las once estábamos en la cumbre. Quedé absorto al ver del otro lado pueblos y pueblos, montañas, arroyos, ríos pedregosos como el Besante, bosques, sembrados, y de este lado, en toda su magnificencia, el Pó. la Lombardía, los Alpes cubiertos de nieve, ciudades apenas perceptibles, colinas próximas, más de lo que ansiaba, a una temperatura deliciosa.

El silencio de las alturas es solemne. Respiraba el aire fresco de la libertad. Acometidos por la sed, buscamos en un bosque de hayas gigantescas la fuente donde nacía el Besante. El agua fría y cristalina reforzaba la sensación de bienestar que sentíamos.

A las dos emprendimos el regreso con la bolsa de avellanas a cuestas; aquel día inolvidable, al producir una emoción profunda en el campo de nuestros afectos, nos gritaba la vuelta. A los nueve años, conocía palmo a palmo, gracias a las ferias y a los santos, los pueblos de tres leguas a la redonda: Bergheto, Garbagna, San Sebastián, Dernisse, Rocchetta, Cabella, Rocca, Volpodo, Veghera, Surli, Vendesi, Novi, Tortona, valles, bosques, ríos, vertientes, torres del antiguo telégrafo de señales, castillos, todo lo que podía exigirse al interés, virgen mi espíritu de las impresiones sombrías del mal.

No se cometían asesinatos ni robos; los actos y malas intenciones, acaso estaban fiscalizados por el conocimiento que cada uno tenía de los demás, renovado por los hijos, sucesores de sus padres; eran poblaciones de arraigo secular, en las que los viejos sabían al dedillo la historia de los ascendientes. Existían clases y se dividían las amistades. El que tenía más tierras, era objeto de distinciones por parte del cura y las autoridades, gozaba de más miramientos. Era algo así como un alcalde con bastón y borla. Por otra parte, no era difícil encontrarlo con ese distintivo y pantalón corto los días de fiesta.

Llevaba el palio, ocupaba el sillón central del coro, dirimía, sin ser juez, las cuestiones entre campesinos.

Dos vacas y cuatro bueyes constituían un capital.

Era delicioso ver hombres, mujeres y niños, de sol a sol, con la pala, atareados en roturar la tierra, o en la época de la cosecha, cargar las gavillas de trigo y trillarlas al palo. ¡Cuánta actividad!... El trabajo era un poema.

VII

Los trabajadores llenos de poesía, como la naturaleza que la rimaba, sentían en su pobreza la satisfacción de ser. Los veinte pueblos del valle tenían un herrero, un zapatero, un carpintero, ningún sastre, un almacén y una tienda. De sol a sol se entregaban a las faenas campestres, respetando los domingos y días de lluvia o nieve. Desde mi casa, mis ojos observaban hombres, mujeres y niños, consagrados con afán a sus solares, punteando la tierra en octubre y noviembre, sembrando el trigo en diciembre, podando las viñas en febrero, sembrando el maíz en marzo y abril, carpiéndola en mayo, segando el heno y el trigo en junio, trillándolo a palo (a verzela) en julio, cosechando el maíz y las uvas en setiembre, desgranando aquél o pisando éstas en octubre, sin máquinas, sin arados, sin carros, nada más que las propias manos, porque aun los pudientes tomaban jornaleros en casos excepcionales.

Las campanadas de las doce interrumpían la faena, reanudada con tesón una hora después. Cada uno trabajaba en lo suyo, no dependía del jornal sino de la producción. El corazón palpitaba de alegría cuando la lluvia fecundaba los campos; cuando la tempestad había pasado sin una descarga de granizo; cuando los granos hinchaban las espigas; cuando la cosecha de uva y de castañas era abundante y no alcanzaban los toneles para el vino.

La iglesia era el lugar de cita dominguero de los campesinos y en su plazoleta, después de oír misa y el sermón de una virtud soporífera infalible, se renovaban las amistades, se hablaba de la cosecha, de los precios, de las ventas, de los enfermos; corros en los que no faltaba la mujer y el rematador de las tres o cuatro tortas, que el padre Marugo

recibía de sus feligreses, para las ánimas, convertidas en francos a la vista de los donantes, quienes seguían con interés la puja apreciando el mérito de su propia factura.

Nunca advertí en aquella gente que no conocía el diario, el teatro, el libro, manifestaciones destempladas de alegría o enojo; una conversación pocas veces alterada por la disputa, no sin indirectas y pullas cuando la ocasión lo exigía, mantenía las relaciones en el límite discreto de una tranquilidad no exenta de envidias, pero sin odios.

El valle era el vasto escenario en que salían a representar cotidianamente, con un punto de concentración, la iglesia.

Me extasiaba contemplando desde mi piedra, este cuadro imponente y seductor, de actividades sin trenes, sin autos, sin coches, sin caballos, sin perros, sin bombas de luz, sin revistas, sin vendedores, sin gritos, sin ecos que denuncian con no sé qué curiosidad, las impurezas de la civilización moderna.

El canto de la alondra y el tañido de las campanas asociados a las impresiones dulces y cariñosas del ambiente, poetisaban mi imaginación. Era un lenguaje que mi espíritu entendía, era la palabra de las primaveras, del cielo, de los ángeles, de la alegría de las cosas cuando el gorjeo llegaba casi apagado desde las profundidades del azul; era la voz del recogimiento y de la meditación o el mensaje confortable de los afectos, cuando los dobles y repiques a vuelo, extrañamente armonizados por el aire y la distancia, llegaban de onda en onda, al bosque, a la sierra, al hombre... con su inolvidable traje festivo.

Pero aquellos hombres, mujeres y niños, siempre encorvados sobre el terrón, alentados por la esperanza, extraños a las emociones que inquietaban mi espíritu, lleno de pensamientos y de ensueño, ¿no eran los que habían adaptado su conducta a la ausencia? En el fondo de su espíritu había sin duda intereses dormidos que la oportunidad despertaría, no sin estremecimientos dolorosos para atravesar los siglos que los dejaron a la zaga. Yo participaba con deleite de las costumbres de aquel pasado que se empeñaba en sobrevivir, a pesar de la subdivisión

que se había hecho sesenta años antes, del marquesado, sin provecho para nadie, pues la propiedad y los impuestos, tenían a aquellas gentes pensando todo el año en los hijos que podían tener, en la muerte que acechaba, y en la dote; era un problema casar la hija con José o con Pedro, cuya diferencia consistía en dos hectáreas más de tierra.

Hice mi primera comunión a los siete años, días antes de semana santa. Mi madre me habló de ella como de un acontecimiento en el que iba a librarme de la terrible opresión de mi primer pecado; hacía día y noche el examen de conciencia tratando de recordar mis faltas, pues sabía que recibir la hostia con el alma impura, era infamar a nuestro Señor.

En un rincón de mi dormitorio, o sobre la cama, pasaba las horas recordando las malas palabras, y la ocasión en que las había pronunciado y el motivo, pues cierta dignidad me obligaba a justificarlas: pensaba en las desobediencias, en las mentiras, en los nidos que dejara vacíos, en las noches que no había rezado, en los días que no había ido a misa, en los deseos impuros... ¡De cuánto me acusaba!, con la firme resolución de no volverlo a cometer después de absuelto.

Hoy es el día, dijo mi madre, besándome... Me vistió con mi mejor traje; atravesé el riacho y en la iglesia, el cura me arrodilló a sus pies; yo respondí a su interrogatorio con la sinceridad de un niño que no sabía lo que era engaño... Vete al coro y medita media hora; tal vez te acuerdes de otros pecados antes de comulgar. En efecto; recordé que el año anterior había subido a un cerezo ajeno, seducido por la deliciosa fruta de que estaba cargado. Comí muy pocas, le dije... Ante Dios, como si hubieras comido muchas; rezarás durante un mes, antes de acostarte, dos padrenuestros, tres avemarías y un credo.

En una libretita apunté las fechas para no olvidarme. Volví a casa, serio, callado... un hombre, dispuesto a no pecar más. Mi madre me recibió sonriente entre sus brazos, con el amor entrañable que había tenido para sus padres y hermanos a quienes no veía desde sus bodas. Yo era un gajo de aquella planta, por eso se prendía a él con ansia y

con lágrimas. Me esperaba con una taza de chocolate, aquel regalo de las ocasiones solemnes; ella y yo, solos... acentuó mis propósitos de ser un niño ejemplar. Sin proferir una palabra me apretó contra su seno, deshecha en llanto. ¡Eres, me dijo, el retrato de mi hermano Abbondio!

VIII

En 1880, una prolongada sequía y las escasas nevadas, habían malogrado las cosechas. Al verse mi padre en el trance de vender el mejor pedazo de finca, advirtió tarde el error cometido, invirtiendo la dote de su mujer y sus ahorros, en las tierras empobrecidas del Besante, lejos de centros culturales, haciendo la vida precaria del pequeño propietario, sin arbitrios visibles para mejorar su posición. Entonces volvió los ojos, entristecidos, a América. Enajenó en veinte mil liras lo que le costara setenta mil y en una tarde dulce y apacible de setiembre, dejamos Bell'Aria con el presentimiento de que no volveríamos a verla más.

Descendimos silenciosos la escalera, luego el camino que conducía al Besante. Mis ojos, a pesar de mis diez años, se llenaron de lágrimas, al dejar atrás la casa, los cerezos, los viñedos, la tierra en que tan feliz fuera mi niñez... y el gato que con la cola alzada nos siguió maullando; para él fue mi última caricia.

Atravesamos la aldea; los vecinos salían a despedirnos... Isolina Isolabella me dirigió una mirada llena de ternura y se llevó el delantal a los ojos.

Media hora después estábamos sobre el puente donde nos esperaba la diligencia. El Lesima y Bell'Aria, iluminados por el sol que para nosotros había traspuesto el monte a cuya sombra estábamos, eran de una belleza incomparable. Miramos por última vez la casa, sin articular una palabra. La diligencia partió y nos perdimos entre los zig-zag de la quebrada en cuyo fondo corría el Borbera.

¿Qué nos deparaba el destino? ¡Al emigrar, se deshacía el sentimiento de una fe acumulada quién sabe por cuántos siglos!...

A los tres días embarcamos en el Sud América, para descender veinticuatro más tarde en Buenos Aires, con quince mil liras, suma respetable que mi padre pensaba invertir en un negocio de quintas cerca de la capital.

La visita de un individuo que conociera antes de regresar a Italia, lo llenó de alegría, porque, enterado de sus proyectos, allanaba el camino para realizarlos. En efecto, el amigo sabía de una quinta a veinte cuadras del Retiro, que podía comprar en tres mil quinientos pesos.

Fueron a verla. Se internaron en un callejón; le salieron los vendedores al encuentro, le abocaron un revólver al pecho y lo despojaron del dinero que imprudentemente llevaba consigo.

Sumergidos en la nada... tomamos el tren y fuimos a Merlo.

CAPÍTULO II

"El país, durante la crisis de su organización, tuvo en las aldeas los creadores de fuerza que, como D'Aste, eran en la conciencia adolescente, luz de poco destello, pero de llama intensa".
V. Mercante.

I

Todo lo que era una esperanza, se había desvanecido. Faltaba a mi padre la comprensión de las cosas que enriquecen al hombre, porque lo precaven de las redes que el cazador tiende al incauto, para satisfacer las exigencias de su vida práctica. Fué por eso, una víctima de la imprevisión, que confundía con la sinceridad. El cálculo, al medirnos, da la posición exacta que ocupamos en el espacio y permite que extendamos nuestras actividades sin peligro, hasta realizar los ideales que nos hemos forjado.

La conducta del hombre superior no podría concebirse, sin esa operación matemática que nos libera de preocupaciones inútiles y contienen la acción disolvente de las cantidades negativas. Representamos una progresión cuya magnitud depende del incremento de fuerzas que el criterio vulgar menosprecia. De ahí que los sueños más bellos se desvanezcan y los frutos más próximos a nuestra mano se pierdan.

La pobreza, que tan tenazmente acompaña a ciertos individuos de voluntad y trabajo, es un error de cálculo, análogo al que comete quien suma términos positivos y cambia el signo del resultado.

Es frecuente que un niño, después de largas operaciones sobre la esfera, concluya por obtener varios metros, por longitud, del radio terrestre.

El cálculo es el arbitrio eficaz de la experiencia; el principio fundamental de la equivalencia que sostienen los valores de la vida activa. El azar y la suerte, no han desempeñado función alguna en los problemas de la existencia, a pesar de la creencia popular arraigada en los países sudamericanos (de ahí la inclinación irreductible al juego) como el poder atribuido a ciertas imágenes.

Me he convencido de la necesidad de prepararnos para aumentar la posibilidad, considerando a la misma injusticia un fenómeno natural como el sol y la lluvia, pero del que debemos defendernos como de las espinas de una rosa, tomando precauciones para cogerla.

Si bien he sentido el látigo de los grandes contratiempos, nunca he pensado en la desgracia, ni sentido la envidia, fertilizadora de odios.

Mi herencia, tal vez materna, se tradujo desde los doce años en un instinto alentador que prometía elevarme, consagrándome al estudio y al trabajo. Deseaba salir de la situación afligente en que estábamos; me parecía posible llegar al bien de los otros merced al esfuerzo, que debía comenzar disponiendo mis aptitudes para la actividad. Esa idea, fija en mi espíritu, nunca me abandonó y no pudieron disolverla ni las contrariedades ni las seducciones.

No bien se iniciaron las clases fui inscripto en el segundo grado, porque poseía mal el castellano. Mi conducta y mi aplicación sedujeron tanto a mi maestro Bernardo Moretti, joven entonces de 26 años, poseído de nobles entusiasmos por la enseñanza, que fui el alumno favorito por su cariño, ese cariño que debía encender tantos deseos e iluminar el camino de mi vida ulterior. Fui digno de su amparo; durante los cuatro años ocupé el primer puesto entre los de mi clase, premiado con la medalla de oro y los libros con que Moretti estimaba el estudio; eran novelas, que, al sobreponerse en interés a los de “lectura”, reencendieron mi entusiasmo por saber, pues los entendía y aprendía por ellos cosas bellas e ignoradas.

Moretti, hombre afectivo, penetró en mi alma en el momento en que podía ser eficaz. Era mi ejemplo, y su interés por los educandos, acicate para que amáramos el estudio. No todos respondían al empeño que tomaba por nosotros. Faltaba la predisposición que legan los antepasados. Moretti, hombre sin apatía, se desesperaba en presencia de lo irreductible, sin explicarse la inmaleabilidad de los que constituían el peso muerto del grado.

Un temor respetuoso, y la acción tenaz de aquel hombre amargado por la rudeza de los unos y la índole acanallada de los otros, corregía no obstante la conducta de los educandos, en cada uno de los cuales florecía la última rama de una civilización o el sentimiento primitivo de un antepasado. Moretti era un curador moral; los conocía uno por uno; trataba a sus padres, los vigilaba en la calle, en el hogar, fiscalizaba sus actos, el ojo puesto noche y día en ellos. Era inexorable.

Bendecido por la población, nunca supe de una madre que reclamara del pescozón que recibiera el hijo, ni de una casa en donde fuera objeto de recriminaciones o invectivas. Se había impuesto y sugestionaba en tal forma, que la aldea adquiría valores éticos que debían sobreabundar más tarde.

El caudillo, el veraneante, el trabajador y el empleado, sentían por él ese respeto que fecunda la acción de los hombres. Me convencí, después, que esa era la misión del maestro; la escuela argentina ha caído, porque, limitada por reglamentos que mecanizan la función docente, ha perdido el espíritu de iniciativa que eleva y de oportunidad que corrige.

Moretti no abandonaba su puesto; en los días lluviosos y fríos, esperaba a los alumnos; concurríamos a veces tres o cuatro: yo llegaba empapado y con el fango a las rodillas. Moretti, entonces, abordaba temas que cautivaban; su imaginación, al exaltarse, nos agitaba en el honrado sentimiento de una vida futura. Eran los viajes al polo, la vida de Palissy, las penurias de Colón; los descubridores del África, Livingstone, Stanley, cuyas pruebas de carácter impresionaban mi espíritu y lo predisponían a ser fuerte en las dificultades.

Admitido en la casa y tratado como un hijo, sentía trasfundirse su espíritu en el mío, sus anhelos en mis anhelos. El alma del maestro y del niño se compenetraban de tal manera, que en la de éste iba formándose el hombre universal que, según el Upanisad, ha de redimirnos del egoísmo con que nos esclaviza el instinto.

El procedimiento, ¿no es ir hacia los demás; comenzar ese proceso de simpatía para llegar a la plenitud, dentro del Gran Todo? ¿No es así cómo el amor realiza la obra inmortal que le atribuía Sócrates en el Banquete?

El país, durante la crisis de su organización, tuvo en las aldeas los creadores de fuerza que, como D'Aste, eran en la conciencia adolescente, luz de poco destello, pero de llama intensa. Podemos considerar sabia aquella política que mantiene los pueblos en la tranquilidad y el trabajo: da vida a las ideas.

II

Bernardo Moretti, con el entusiasmo que ponía en sus cosas, organizó una banda de música: trajo a Francisco Paoloantonio y consiguió interesar a los vecinos, de quienes obtuvo la contribución para adquirir algunos instrumentos y remunerar al maestro.

Merlo tuvo así, en 1882, 83 y 84 sus retretas; Moretti tocaba el trombón cantante, Brunet la flauta, Lanaburo el requinto, Prack el contrabajo, Goulu el flautín, Eusebio Loza y Pedro Richmond el clarinete, yo el bombardin. Fué mi primera educación musical. Merlo debía su cultura y filantropía a Moretti. El organizaba las procesiones cívicas del 25 de Mayo y del 9 de Julio; él la conmemoración del 20 de setiembre, él reunía sus convecinos alrededor de propósitos que atenuaban el sentimiento comercial cerrado, de quienes sentían sus emociones en el círculo estrecho del interés propio. Como en sus actos no había especulaciones bastardas, sino sinceras, el goce de abrir a sus semejantes una puerta a la vida superior, llegó a ser el hombre más querido de la población, durante el medio siglo que la habitara.

Sus alumnos fueron sus amigos; médicos, abogados, marinos, en quienes el ascendiente de "Don Bernardo" nunca sufrió desmedro.

A los doce años, me apasionó el juego de las bolitas, porque en la escuela jugaban todos. Una tenaz persecución de Moretti, que no toleraba aquel ruido de cuentas en los bolsillos, cuando llamaba a un niño a recitar, corrigió la epidemia. Se las quitaba y las arrojaba al fondo. Yo reuní trescientas; los domingos, con otros muchachos, nos dábamos cita en caminos apartados para jugar y pelarnos.

Felizmente el entusiasmo duró pocos meses. Encontré comprador y por tres pesos, importe de una novela, me libré del cajón por el cual ya no tenía afectos. Ni los minguitos, ni los colores, ni la transparencia de los cristales me sedujeron.

Este interés fugaz por el juego, se repitió más tarde, cuando aprendí el tutti, el fútbol, el billar, el ajedrez y el poker.

El calor más o menos intenso con que los empezaba, se perdía meses más tarde, en una indiferencia o antipatía invencibles. Pasaron veinte años sin tomar el taco y otros veinte sin ver las barajas. No he sentido la sed angustiosa de volver, que atormenta a las víctimas del vicio.

Se apoderó de mí la ansiedad de los viajes, acrecentada por las lecturas geográficas y los recuerdos de la travesía trasatlántica.

Cuando solían llevarme a Buenos Aires, experimentaba efectos extraordinarios de bienestar. Nunca me fué posible ir más allá de Marcos Paz, de Moreno, de Pontevedra; pero durante dos primaveras y dos veranos recorrí a pie largas distancias. Llegaba a Ituzaingó, a Maipú, a los campos de Lacaze, de Landaburo, de Cano, de Pontier, al río... conocía, observaba, me seducían las bellezas y a veces cazaba palomas y chingolos con honda, pasatiempo efímero como el de las bolitas.

Comíamos a la puesta del sol, para acostarnos a las nueve y levantarnos temprano. No conocí hasta los 17 años la vida nocturna, sino excepcionalmente, pero solía juntarme con amigos, compañeros de colegio, para correr las calles y conversar.

Jorge Goulu, quien había cumplido doce años, nos narraba con ardor y elocuencia las campañas de Napoleón I, leídas en un libro de su padre, emigrado francés del 71 por causas políticas. Solamente en él, advertí ese interés intelectual ausente en los demás condiscípulos, que cimentó tanto nuestras relaciones.

Por ellos, supe qué era el amor sexual; qué el hijo, cerrados hasta entonces mis ojos a ese mundo en el que penetramos llenos de curiosidad y preocupaciones. Algunos contaban hazañas posiblemente ciertas y éxitos no faltos de vanidad, que me escandalizaban y no creía. ¿No era el terrible pecado de la carne? Las costumbres austeras de mi casa, habían cuidado mi inocencia poniéndola a cubierto de la malicia, a la que contribuyera no poco mi sentimiento religioso que duró hasta los 16 años.

Asistir a misa fué un deber tan grave, que sentía el peso del pecado cuando dejaba de oírla algún domingo.

Al recordar aquellos tiempos, pienso cuán benéficos fueron, alejado de contactos que en la ciudad hubieran sido funestos; viviendo las sensaciones puras de la naturaleza y las no menos puras del hogar, no obstante la mano implacable de la pobreza, que nos apretaba.

Yo sorprendía, con el corazón oprimido, los ojos de mi madre bañados en lágrimas y en silencio adivinaba el sufrimiento que le producía verse desde el día de su matrimonio, alejada de sus padres, de sus amigos, de la ciudad, llena de privaciones y necesidades.

Comprendía aquella situación; arbitrar un medio que la salvara, era un pensamiento que me inquietaba, tal vez la causa de mi carácter taciturno, y la seriedad que los amigos advertían en mí, como un hecho singular.

Estaba dispuesto a cualquier esfuerzo por un momento de alegría de mi madre. Quería verla reír, satisfecha de algo. El mal, sin embargo, fué tan hondo, que su tristeza no tuvo remedio.

III

Cuando reingresé, la escuela funcionaba en un edificio construido el año 1865. Era un salón amplio, dos de cuyos grados, el 2.º y el 3.º,

estaban a cargo de Moretti; 120 niños que concurríamos por la mañana y por la tarde, turnándonos de a cuatro para barrer, sacudir y limpiar.

El espesor de la tierra triturada por los botines era tal, en invierno, que la sacábamos antes de usar la escoba, con pala. Forzosamente, la enseñanza a dos grados, tenía que ser molesta y rendir de fatiga a Moretti.

Mientras una clase recibía explicaciones, la otra escribía u operaba sobre las pizarras, forma que al exponernos a la distracción, obligaba a mantener la disciplina con gritos, punterazos, tirones de oreja y de pelo.

Otra conducta era imposible. No teníamos más texto que el de lectura; se nos dictaba ciencias naturales, historia y geografía; la aritmética la aprendíamos resolviendo problemas. Moretti, cuya letra era caligráfica, escribía sobre el pizarrón la muestra y nosotros en un cuaderno la copiábamos; pero con frecuencia se tomaba el trabajo de escribirla en el mismo cuaderno, (cincuenta) en las primeras horas de la mañana. Teníamos así la dicha de disponer para la plana, de una guía que no nos hubiera proporcionado el mismo cuaderno Spencer.

Cuidaba la pluma, la tinta que solía adquirir de su peculio y la limpieza. Los egresados eran calígrafos. Después de cuarenta y ocho años, recuerdo asombrado su voluntad, sin desfallecer por las dificultades.

Al llegar diciembre, una comisión compuesta por las personas principales de la localidad, doce o quince caballeros, señoras y niñas, nos tomaba examen, no sin cierto espíritu de rivalidad con la escuela de niñas que funcionaba pared de por medio.

El interrogatorio lo hacía Moretti, empeñado en que todos diéramos pruebas excelentes de nuestras aptitudes. No era extraño que se enfadara con un Juárez o con un Mena, los haraganes del año, si respondían alguna sandez.

Las clasificaciones no bajaban de ocho. Tenía el buen tino de no reprobar y despedirnos satisfechos. Era una previsión para no perder la simpatía de los padres y de los niños.

¡Qué desastre aquel año en que el inspector Félix Calvo no puso más de seis y aplazó la mitad! En las casas no se hablaba sino de él, blanco de las más crudas invectivas. Le hallábamos más defectos que a un lápiz de piedra, desde la capacidad para apreciar el esfuerzo de los alumnos.

Ciertamente, no tenía el derecho de amargarnos mandándonos a casa mortificados por un sentimiento al que nuestra conciencia no podía darle vuelta. Yo creía que estudiar lecciones, era aprender de memoria. La primera vez, estaba en tercer grado, me acosté pensando que al día siguiente debía recitar historia.

Me levanté a las cuatro y leí quince, veinte veces las tres páginas manuscritas, haciendo sin éxito un esfuerzo extraordinario para repetirlas, con la vista en los tirantes. La aflicción fué tanta, que lloraba.

Hijo mío, decía mi madre; dile al maestro que no puedes y que te perdone.

Me senté en el banco con los ojos bajos, avergonzado de mi incapacidad y la desilusión que sería para Moretti al no contestar cuando me llamara, él, que tan alto concepto tenía de “su Víctor”.

¡Cuánto sufría!... Pero Moretti comenzó preguntando: ¿Qué descubrió Colón? ¿Dónde había nacido? ¿En qué año salió de Palos?... Pues eso lo sé, me dije levantando con alegría la mano para responder. ¿Nada más?

Se disipó la tristeza y supe desde entonces, leer un libro.

Desde el portón de casa veía pasar con interés los trenes, contando los vagones de los de carga; setenta, ochenta, noventa y las dificultades con que subían la cuesta de Ituzaingó. Sabía el nombre de las treinta y seis locomotoras que en 1883 tenía el Oeste, desde la “Porteña” hasta la “Constitución”, describiendo sus menores detalles.

Pampero, Progreso, Los Andes, Chile, Chacabuco, Maipú, Paunero, me eran familiares, como los gorjeos de la quinta. Había en mí, intereses y afectos. Todo me seducía, lamentando mi edad, sin dolor y sin odios, para satisfacer los deseos de saber, de conocer, de ser.

Tenía trece años. Mi corazón alimentaba una fe profunda. Algo sería, cualquier cosa: un buen maquinista, un buen marino, un buen trabajador.

La brisa de la esperanza acariciaba siempre mi frente preñada de pequeños ideales y éxitos futuros. Nunca se pintaron en mi imaginación días negros sino claros y luminosos a pesar de la pobreza en que nos debatíamos, de la cual mi padre jamás se quejó. En un viejo ropero, conservaba su galera de felpa y la levita, sobre las que nunca hizo filosofía. Nuestra salud, era admirable; por consiguiente, éramos felices.

Mi asistencia se citaba como un ejemplo. Llegaba siempre diez minutos antes, hiciera el tiempo que hiciera. Con los dedos engarrotados por el frío, tomaba la lapicera haciendo toda clase de esfuerzos para darles dirección y vencer aquella resistencia a la flexibilidad.

¡Qué frío! Con tan terribles pruebas, mis pulmones debieron defenderse para siempre de la tuberculosis y la neumonía.

IV

A los trece años era alumno de 4.º grado. Tenía afición extraordinaria a la lectura, disponiendo de los libros que podía comprar con mis escasísimos recursos. Todos me seducían, se ocuparan de historia, de ciencias o literatura. Si Merlo hubiera conservado su biblioteca popular, yo, seguramente, hubiera sido un lector asiduo de sus obras y mi espíritu gozado los beneficios de una cultura intensa.

Sumando centavo sobre centavo, economías que a veces exigían un mes, dos meses, un año de espera y bajo la guía indirecta de Moretti, compré treinta y dos novelas de Mayne-Reid, Julio Verne y Gustavo Aymard, que me predispusieron para la geografía y la historia, mi pasión intelectual del año siguiente.

La lectura era continua y sin descanso, de cuatro, cinco y seis horas. Me sorprendían las dos de la mañana, al frío inclemente de las noches de invierno, pero bajo la luz incierta de una lámpara de kero-

sene, daba fin a la obra, dispuesto a comenzar otra después del reposo impuesto por la falta de recursos para procurármela.

Sentía el deseo incontenible de viajar y conocer mundos; me seducían las selvas del Amazonas, del Missisipi, los lagos y ríos del África, las altas mesetas del Thibet, los países exóticos de la India y Borneo.

Leía con el Atlas abierto. Los libros tenían para mí, atractivos inexplicables, en ellos aprendía y mi espíritu experimentaba el goce continuo de la posesión sin alcanzarla. Aun en los superiores a mi capacidad adolescente, como la Física de Ganot, encontraba una abundancia de conocimientos y de estímulos que abrían las puertas de mi curiosidad. Recorría los catálogos y leía títulos a los que renunciaba con pena. Excepcionalmente podía disponer de cien pesos moneda corriente; debía contentarme con los veinte o treinta que juntaba cada mes con mi trabajo.

El magnetismo llamó mi atención, como antes, "Los niños célebres", de Suárez; adquirí el de García Ramón ilustrado con figuras fantásticas que produjeron efectos extraordinarios, combinados con los de la nicotina. Empezaba a fumar. No bien apagaba la luz las alucinaciones eran extravagantes y se apoderaba de mí el terror. Las láminas del libro de García Ramón, encendidas por un fuego inexplicable, se animaban en la obscuridad, sin que fuera posible sustraerme al espectáculo ni conciliar el sueño.

Tuve que acostarme con la luz prendida y guardar el libro. Pero la vista de sus tapas evocaban las imágenes que me atormentaban. Le puse, entonces, en el fondo de un baúl, lejos de mi cuarto, porque no me resolvía a quemarlo, de donde lo saqué dos años después. El fenómeno no volvió a repetirse, pero mi memoria visual fué vivaz durante toda la juventud, proyectando las imágenes del pasado, con una nitidez sorprendente. Conservo el librito con otros de la época; a pesar de los cuarenta años transcurridos, como una prueba para mis nietos, del respeto para estas cajitas de saber que los estudiantes del novecientos maltratan y cambalachean, ávidos de cinematógrafo.

He tenido sueños extraordinarios, excitado por lecturas interesantes o audiciones musicales.

He pronunciado discursos, recitado versos, páginas sinfónicas, visto escenas fantásticas que he recordado al despertar y a veces escrito.

Los sueños desempeñarían una función creadora trascendental en el arte y en la filosofía, si les prestásemos atención, y meditásemos sobre ellos al despertarnos. Creaciones espontáneas de la imaginación, ofrecen la belleza de lo imprevisto.

V

El camino hacia la luz, trazado por Dante, evolución o devenir, se inicia desde los primeros años.

No bastan los tesoros que nos lega la herencia; el hombre, desde que nace, se orienta al contacto de previsiones que estimulan su desenvolvimiento y lo desmaterializan para ser la verdad como la imaginaba el poeta florentino. La desnudez de San Gerónimo, idealiza la suprema alegría de la emancipación. Pero nuestra morada debe librarse a los prejuicios que nos atan al presente y recuerdan sin cesar lo que somos, no lo que podemos ser. Nos revelamos a nosotros mismos, cuando sensibles a la lectura, el libro, como la voz del sabio, es un despertador de ideas que nos hacen percibir un círculo mayor de actividad, incitándonos a la realización de algo.

¡Qué error es pensar que todo lo debe uno a sí mismo! El hombre solo, sea cual fuere la voluntad que nos atribuyamos, es un mundo perdido en el espacio. Está como el planeta a los planetas, ligado a sus semejantes; de ellos fluye su devenir si el amor es suficientemente vivo para determinar su impulso.

Las primeras biografías, al despertar deseos, me parecían sueños irrealizables, porque las circunstancias en que comenzara cada niño su ascensión, éranme diferentes. Sin embargo, releía emocionado el libro de la señora de Gorostiaga (1[1]); me identificaba con Amyot, Franklin,

[1] (1) “Los Niños Célebres”, que me había prestado dicha señora.

Rivera, Salvador Rosa, Antonio Cánova… a veces me sentía uno de ellos; pero en el desamparo en que me encontraba, no sabía qué hacer. La viejita de Lacroze me decía: "tú nunca serás nada".

La marina hubiera satisfecho mis ambiciones; deseaba ingresar con Goulu a la Escuela Naval. Pero no tenía recomendaciones para conseguir una beca, y pretenderla dirigiéndome al comandante Ayroa o Piedrabuena, vecinos de Merlo, me parecía un atrevimiento; opinión compartida por mis padres.

Pensé el oficio de maquinista; recorrer el país, satisfacer así el deseo de conocer ríos, selvas, montañas, lagos, que me los figuraba bellos, avivada mi imaginación por las novelas y la geografía.

Pero la vacante no se produjo, y Moretti, un día, se presentó a mi padre y, con el cariño que manifestó siempre por mí, dijo: ¿Qué piensa usted hacer de su hijo? Mi padre no supo qué responder.

Su hijo debe estudiar. Hay cinco becas; lo prepararé para el examen; dentro de un mes, si la adversidad no se interpone, irá a Paraná.

Mi padre no se opuso: estudié con ahinco, alentado por el maestro, quien puso más empeño que en sus hijos para salir airoso; me concedieron la beca que llenó de júbilo a mi pobre hogar, abriendo la puerta de la esperanza, que creíamos cerrada para siempre.

Aquel hombre vino por última vez hacia mí, sin egoísmo, sin celo, sin miedo; ¿por qué? Sentía su mano bienhechora que me elevaba adonde solo había soñado. ¿Era acaso uno de aquellos niños salvados, del librito de la señora de Gorostiaga, por el sentimiento protector de quien había descubierto en mí algo digno de ser dignificado? No sé. Moretti ha sobrevivido cuarenta y ocho años al acto y durante cuarenta y ocho años, he sentido la vanidad de mi gratitud hacia aquel amor.

Partí para el Paraná. Al llegar, me sentí solo.

Torres examinó mis documentos y no ocultó un gesto de contrariedad al saber que no había cumplido diez y seis años. Fui sometido a un examen que presenciaron Herrera, Ferrari, Milicua y Carbó; a la tarde

ocupaba un banco en el aula, donde eran setenta mis compañeros, la mayor parte jóvenes de bigote, de más edad que la mía.

Hojié por la noche los libros que me habían dado, los de moral, aritmética y gramática, produjeron un vacío desconsolador. Vencido. ¿Por qué?

El momento que para otros hubiera sido accidental, para mí, comprendido por ese instinto de salvación cuando la necesidad es implacable en mortificarnos era trascendental.

CAPÍTULO III

"Si bien he sentido el látigo de los grandes contratiempos, nunca he pensado en la desgracia, ni sentido la envidia, fertilizadora de odios. Mi herencia, tal vez materna, se tradujo desde los doce años, en un instinto alentador que prometía elevarme, consagrándome al estudio y al trabajo".

V. Mercante.

I

Sin recomendaciones, con los consejos de mi padre al partir, me instalé en el Hotel Comercio, posada antihigiénica en la que tuve por compañero de cuarto a Rastelli, albañil de extraordinario peso, con quien hice relación y resultara un excelente amigo, a pesar de los ronquidos que solían molestarme. La discreción y la prudencia, habituales en mí, se resolvieron en una tolerancia que Rastelli tradujo en cariño paterno.

Disponía de cuarenta y ocho pesos mensuales, cuya distribución fue motivo de cálculos difíciles, porque debía prever hasta el costo de los pasajes para volver en Diciembre a Merlo, y la adquisición de tal o cual libro recomendado a mis inclinaciones bibliómanas.

El ambiente escolar era extraño; me sentía reducido a la nada, en contacto accidental de profesores que se renovaban cada hora, y en quienes advertía una severidad que nos mantenía alejados. Comprendí lo difícil que era para catedráticos que nos visitaban dos o tres horas por semana, dirijirnos una mirada cariñosa, penetrar en

el espíritu de cada alumno, alentar nuestra fe en el momento que más la necesitábamos, disipando las dudas acerca de nuestra propia situación. De esta manera se posesionaba de mí el temor de ser preguntado, no obstante la seguridad en materias que me sedujeron dos o tres años antes.

Tomás Milicua, dotado de una facilidad de palabra extraordinaria, nos dictaba un curso razonado de gramática, tan superior a la capacidad del curso, que no entendíamos una palabra, pero que escuchábamos asombrados.

Solamente en los cursos de metafísica de la Facultad, encontré más tarde, analogía, sin el encanto verbal de que hacía gala Milicua.

No era la voz, la frase rebuscada, la flor literaria... Era la fluidez retórica del que desdeña el ejemplo escolar y se entrega al maravilloso juego de las abstracciones, auxiliado por la pizarra cuando quería hacernos ver el sentido de un verbo modificado por el tiempo o por la partícula condicional. ¿Nos era provechosa aquella enseñanza auxiliada por el texto de Bello? Fuera de duda, no nos enseñaba a escribir. Pero me sentía bajo la influencia de una disciplina en la que mi espíritu perdía la simpleza de la infancia. Milicua, al ocupar las horas para exponer, nos interrogaba de tarde en tarde, salvando la dificultad para clasificarnos, con deberes sobre análisis lógico, apreciados pródigamente.

Nunca sorprendimos una sonrisa en sus labios, nunca le vimos alterado, nunca expansivo, nunca respetamos tanto a un profesor.

Ernesto Bavio, era la faz opuesta; captó, desde la primera clase, nuestras simpatías, porque su exposición era fácil, elocuente y variada; su trato, familiar y cariñoso, no exento de minutos fuertes, cuando algún compañero necesitaba consejos con metralla.

Ilustraba las clases con lecturas, era un buen lector, históricas y geográficas, escogiendo trozos de Michelet, de Amicis, Mitre, López, por las que sentía un singular encanto; mi terreno, robustecido por el afecto a la asignatura y las lecturas de Gregoire. Sin embargo, no fué

poca mi sorpresa, cuando en el boletín de clasificaciones, Bavio me clasificó con uno, casi la reprobación. ¿Por qué este contrasentido?

El profesor no me había descubierto, ignoraba la pasión que me tuviera dibujando mapas hasta las dos de la mañana, en las noches crudas del invierno, juntando por centavos, el precio de un atlas y de una geografía.

Pedro Scalabrini, dictaba Historia Antigua, para la que yo era un perfecto negado. Su método consistía en darnos un tema que debíamos tratar consultando libros de la biblioteca, escasos y malos en aquel tiempo, acerca de una época en que los acontecimientos no tenían ni tiempo ni lugar.

¿Fiaba en nuestro esfuerzo o pretendía, de esa manera, educar nuestra voluntad? Sin explicaciones que nos orientaran, fué para mí, un curso ingrato, a pesar de la simpatía hacia el profesor y del encanto con que había leído en Merlo, la Historia de América de Mesa y Leompart.

Más tarde, me convencí que sin libros, sin mapas, sin gráficas cronológicas, sin ilustraciones y sin la introducción explicativa del profesor, que ofrezca la síntesis, es imposible practicar el método que libra el alumno a sus propias iniciativas, si no ha cumplido diez y ocho años, por lo menos. Por eso fué tan fecundo, cuatro años después, en el curso de filosofía.

Sin embargo, nos sentíamos acariciados por su bondad y algo notábamos de nuevo y rehabilitador en aquella enseñanza que incitaba a pensar, librándonos de la tiranía de la cátedra; que respetaba las opiniones, que no condenaba un acto, que no imponía un criterio, que amaba, que justificaba, que creaba nuestro sentimiento de amor por sobre la sangre y el odio de los hombres. Yo no podría referir una idea de las que sembró abundantemente durante las pocas veces que nos dirigiera la palabra. Pero conservo la impresión luminosa de discursos que nos emancipaban del prejuicio escolar, del recitado, de la clasificación y del examen.

Leopoldo Herrera, el más joven, egresado el año antes con las clasificaciones más altas que la escuela había otorgado hasta entonces a sus alumnos (la clasificación, en aquel tiempo de aquilatamiento y justicia, era un juicio); ocupaba el sillón, a nuestros ojos, lleno de prestigio. Encargado de la cátedra de moral la elevó a una altura que no podíamos alcanzarla. Me sentía como en la gramática, en el vacío, a pesar de la voluntad con que estudiaba los capítulos de Frank, en los que echaba de menos la ejemplificación que hubiera aclarado su estilo doctrinario.

Difícil me sería precisar qué capitalicé de aquel estudio, porque lo que al parecer, no se entiende o no se asimila, agita nuestro espíritu y lo prepara para actividades que no sospechamos.

La atención sobre sí mismo; la percepción de la doble naturaleza; el carácter de ser múltiple y divisible; la existencia de nuestro yo; la categoría del bien; las pruebas de la inmortalidad del alma; la legitimidad de la guerra en cuanto era la defensa de los derechos de las naciones, el desarrollo armónico y simultáneo de las capacidades, no encontraban eco en mi espíritu que tenía solamente la intuición de las cosas que lo rodeaban y del pecado cuando la conducta no respetaba a los demás.

Pero me desprendí del peso de la objetividad en que me había desenvuelto y comenzaba aquel proceso que debía conducirme a la emoción ideativa, entonces apenas un punto luminoso en el campo de mi conciencia.

II

Las clasificaciones del trimestre, no tan pobres como las esperaba, a pesar de dos unos, probaban a las claras el estado caótico de mi espíritu y el comienzo de una era superior de la que no tenía conciencia.

Intenté con Frigola, el compañero más aventajado del curso, la lectura de la Monadología de Leibnitz y la Metafísica de las costumbres de Kant, pero sin éxito. No entendía. Pero qué entretenidas las obras

de Zuccher y Mangollé, de Smiles, de Lamartine, pródigas en valores que me seducían en la aldea. Desconcertado en aquel nuevo mundo escolar y sin la certeza de lo que iba a ser, concluí por no preocuparme sino de cumplir con mis obligaciones. Me seducían las barrancas del Paraná, su río, la llegada y salida de los vapores, el Antoñico, los panoramas desde las alturas, los bosquecillos y sotos. Destiné los domingos y días festivos a recorrer los alrededores, levantándome a las cinco de la mañana para volver a la hora del almuerzo. Robustecía, así, mis imágenes y almacenaba un capital de impresiones con el que alcanzaba la plenitud del bienestar que anhelaba. Mis insinuaciones no consiguieron acompañante con quien compartir el goce de aquellos paseos saludables. Me resigné a contemplar silenciosamente lo que exigía exclamaciones y comentarios.

Volvía a la posada con un apetito alabado por Rastelli, quien participaba al estudiante el barbera con que regaba los platos de tallarines. Mi salud y el ambiente delicioso de aquel lugar lleno de sol y de oxígeno, proporcionábanme una felicidad alimentada por esperanzas que teñían el porvenir de rosa. Frecuentaba a mis compañeros, agrupados en colonias y provincias; observé a fondo sus instintos y sus inclinaciones, sus hábitos y sus sentimientos; la gravedad de los unos y la ligereza de los otros; el odio, la envidia, las ambiciones, el móvil de la conducta y aprendí lo que tal vez era más fecundo en resultados para la vida: a conocer el corazón.

Los exámenes de diciembre fueron una sorpresa para mí, mis profesores y mis condiscípulos. Contra lo que presumía, obtuve un promedio de seis y ocupaba el 15.º lugar entre los 56 que constituíamos el curso, ya disminuido por varias deserciones.

Me había definido; seguro de mí mismo, volví a Merlo y di cuenta del éxito a Moretti y a Brunet; éste, sucesor de aquél, en la dirección de la escuela, a quien quería entrañablemente.

Los ojos de mi madre se iluminaron llenos de fe; sentíame menos humillado y visité las familias de Trueba, de Serra, de Rich-

mond, de Loza, de Sullivan, de Goulu, con la entereza de un hombre formado.

En marzo volví al Paraná, casi orientado, pero sin el dominio que exigía el ambiente. Había cumplido diez y seis años, creía en Dios, iba a misa y no tenía sino el concepto mosaico de la creación.

Nos sentamos cuarenta y seis en los bancos de segundo año, entre ellos siete niñas, recibiendo la enseñanza de los profesores que tuvimos en primer año, sin variación en los procedimientos. Me interesaron, de una manera especial, las clases de música, que nos dictaba la señora de Farnesi y fui la mejor voz del curso; ninguno me superaba en los solfeos de Concone y en la teoría que estudiamos cinco años.

La primera conferencia de Scalabrini, abrió un ancho horizonte a mi espíritu. Nos habló, no sé por cual motivo, de Ameghino, del transformismo, de la descendencia del hombre, de la evolución, y concluyó aconsejándonos la lectura de "Fuerza y Materia". La impresión que recibí fué extraordinaria; sentí que el edificio de mis creencias caía y que sobre los escombros se levantaba otro, sólido y soberbio. Busqué ávidamente el libro de Buchner; su lectura fué una revelación devoradora. Me iniciaba así en la comprensión de la naturaleza, brutalmente, a hacha y martillo, sin conservar siquiera el consuelo de las creencias con las que había soñado tanta belleza.

Pero necesitaba esta emancipación para tomar el camino de las ideas en que podía ser fecundo mi pensamiento. Scalabrini nos repetía a menudo, el verso dantesco: "Poca favilla gran fiamma seconda", lema después de un folleto suyo.

Ocupábamos, yo y cinco de mis condiscípulos (Benicio López, Porfirio Rodríguez, Juan Domicelli, Ángel Bassi, Urbano Álvarez), dos amplísimas piezas en la calle Monte Caseros, a seis cuadras de la escuela.

La vida en común, era provechosa, porque consagrados al estudio con ahínco, cada uno salvaba las dificultades de los otros. Las conversaciones excepcionalmente versaban sobre asuntos que no fueran de

Historia, Matemáticas, Literatura, Filosofía; unidos y tolerantes, sin vicios ni hábitos reprochables, la colonia era una escuela de la que yo debía ser el más beneficiado. Los intereses de mis compañeros, crearon los míos; la emulación nos había transformado en discípulos y catedráticos, forjando una voluntad con la que vencimos las dificultades sin lamentar el esfuerzo.

AI comenzar el tercer año, mis aptitudes matemáticas se habían definido de tal manera, que al consagrarles casi todo mi tiempo, diéronme una fama de la que nadie había disfrutado hasta entonces. El Álgebra, la Geometría y la Trigonometría se consideraban materias de disciplina; se las estudiaba rigurosamente, resolviendo un millar de problemas por año dictados por Alejandro Carbó, Leopoldo Herrera, Ildefonso Monzón y Lauría, ases del profesorado de la reputada escuela.

Ellas y la música, absorbieron mi atención el 87, hasta resolver, durante las vacaciones, totalmente las series de Tzaut y Morf; mi sed de lógica sentíase satisfecha y menospreciaba las demás asignaturas, porque no disipaban mis dudas llenas de ¿por qué?

Gustavo Ferrari, el director, enseñaba Pedagogía, dictándonos, durante dos o tres meses, el texto de Torres. El estudio que realizaba en los cuadernos escritos con mi letra ininteligible, concluyó por hacérmela extremadamente odiosa, adivinando la necesidad de un método que tuviera por base la observación que realizábamos en los grados, dirigidos por maestros sin interés, fatigados por el trabajo que los retenía media hora más en la escuela.

Pero un año más tarde, bajo la regencia de Bavio, se organizaron las lecciones modelos del día sábado, que originaban debates animados y conferencias de un valor pedagógico y literario, pocas veces superado en institutos de esta índole. Hablaba Bavio, con observaciones de su cosecha, a veces serio, a veces jocoso, y gastando un discreto buen humor que estimulaba y no deprimía, en los momentos que se necesitaba individualizar un defecto, o subrayar un principio.

La amenidad no lesionaba el carácter doctrinario y elevado de aquellas exposiciones, que señalaron una época de éxito, para aquel seminario en pleno prestigio.

La práctica de la enseñanza nos preocupaba. Mi primera lección fue lamentable. Tipo emotivo, no atinaba a nombrar los alumnos y a coordinar las palabras de las preguntas. Recuerdo que durante veinticinco minutos, no me moví de donde había puesto los pies, y adivinaba un estallido de risa, si la profesora del grado me hubiera dejado solo. Afortunadamente, ella contenía con la mirada, la menor tentativa de desorden.

Tuve siempre la debilidad de atribuir a la multitud, aun de niño, una fuerza insubyugable y un sentimiento crítico, al que era difícil sobreponerse. De ahí la emoción que reducía a vil trapo las mejores unidades de mi inteligencia y de mi carácter. Pero puse, poco a poco, en juego los consejos y reglas de la Pedagogía que tanto despreciaba: atendí las críticas, consideré las ilustraciones, la pizarra, el puntero, la tiza, mis aliados, y traté de ablandar mi lenguaje duro e inflexible, ejercitándome en la composición, incorporándome a la Sociedad Bartolomé Mitre que sesionaba los sábados a la noche, obligándonos a recitar poesías, a leer trozos y nuestras propias producciones, sometidas a la crítica despiadada de los compañeros.

En alguien surgió la idea de publicar un semanario, “La Violeta”; la propiciamos con alborozo y en él dábamos a luz nuestra producción, a fin de perfeccionarnos. Al terminar el tercer año, fui un discreto expositor de aquellas materias que hasta entonces no me sedujeron.

Los exámenes me dieron el primer puesto entre mis compañeros, reducidos a treinta y dos. Me sentía dueño de mí mismo; frecuentaba el trato de mis profesores, particularmente de Scalabrini y Lauría, quienes se ofrecían a mi espíritu como una luz del camino que debía seguir. Era claro el contenido de cada materia; discernía, lamentaba solamente mi incapacidad para producir discursos, porque mi memoria se reveló siempre al propósito de retener trozos literarios. Admi-

raba la facundia de Manuel Astrada y mi mayor satisfacción hubiera sido parecérmele.

Absorbido por el estudio, reduje mis paseos; una que otra tarde, seguro de haber cumplido con mis obligaciones, salía por los alrededores o concurría a un pic-nic de 200 estudiantes, del que volvíamos desagradados por la intemperancia de un Juan Pérez o un Vicente Cardoso. Pero no desdeñábamos una o dos horas de paseo en los días de retreta. La banda de música, tenía fama de ser la mejor de las de capitales de provincia, y para mí, era una educación cultural a la que no podía ser indiferente.

IV

Hasta los 17 años, no había conocido sino el circo. Me encantaban las pruebas del hombre de goma, los saltos de trapecio y las fuerzas hercúleas de Rafetto, cuando salía con el cañón al hombro y apagaba las luces de un disparo. Pero los comentarios que oía, acerca de las funciones que se daban en el teatro 3 de Febrero, acabaron por interesarme y una noche fui.

Se daba “El Trovador”, del que conocía varios coros y un trozo. Creo que fué saludable para mi conducta y mi educación, la falta de cine, en aquellos años, de sesiones vermouth, de hipódromos, de deportes, de cafés cantantes que me hubieran, tal vez seducido, desplazando el centro de mis intereses.

Sin nada fundamental que nos distrajera, poco solicitados por reuniones sociales, encontrábamos en el estudio placer, sintiéndonos felices, cuando disponíamos de algún tiempo para leer las obras que la Biblioteca nos proporcionaba sin condiciones.

Llegaba a tercer año, sin haber tomado una copa de licor ni visto una comedia. El teatro, lleno de espectadores, me produjo viva impresión; El Trovador rompió en pocas horas la indiferencia, trocándola por el entusiasmo atávico que en mí dormía.

El canto, la orquesta, las escenas, revolvieron un mundo de emociones, pensando que era la entretención más noble que había creado el hombre.

Leí apasionadamente los libretos; aprendí versos; hojié óperas, copié trozos, los cantaba y me consideraba feliz cuando, a mis ruegos, la señora Farnesi los ejecutaba al piano. ¿Qué afinidad había entre las matemáticas y la música para repartirse los sobrantes de mi tiempo?

Después de El Trovador, fué Ernani, después Traviata, Norma, Gioconda, Aída... Trataba de no perder función, y con Bassi habíamos arbitrado la manera de ocupar sillas cómodas, sin abonar la entrada.

En Paraná vivía entonces Carlos Rolandone, pianista eximio y niñas que ejecutaban admirablemente. Encontraba la ocasión de escucharlas. Solía estarme largas horas de la noche, pegado a la ventana de la casa de Antelo, oyendo a una de sus hijas que seguramente ignoraba la constancia de aquel devoto, que desafiaba por escucharla, los fríos del invierno.

Mi destino era ser músico; mi imaginación ejecutó siempre, obras musicales. Las he sentido, las he gozado, me han elevado, sin poder escribirlas porque no tuve una escuela que me iniciase en la técnica del arte. Giacomelli, sucesor de la Farnesi, tañedor de flauta, a la altura de Gorin y de Berghmans, comenzó los cursos del cuarto año, explicando, con ejecuciones al piano, Fausto, Barbero, Gioconda, Aída; mis compañeros, en su mayoría, se mostraban indiferentes, cuando no hostiles a aquellas clases que concluían en desorden y exasperaban al profesor. Yo era el único joven que para él valía.

Invitado, iba a su casa, para escuchar sus composiciones, tan originales como inspiradas. Necesitábamos aquella cultura que naufragaba en la risa y la desatención, de los que no conocían más encanto que los bordoneos de la guitarra.

V

El lector extrañará, que en una escuela mixta como la del Paraná, no me haya ocupado todavía del sexo femenino y sobre todo, de mis siete compañeras, bellas unas y simpáticas otras.

Me sedujo, desde el primer año, una: inteligente, de modales finos, rubia, rosada y seria. Pero en tres años, nunca hallé motivos para

hablarla. Cuando la ocasión nos acercaba, no sabía qué decir, presa de una emoción que trababa mi lengua. Las niñas ocupaban la primera fila y nosotros las demás. Al terminar la clase salían, a la vista del catedrático, gozando el recreo en patio aparte. La vigilancia era discreta pero severa, segundo por segundo. Por otra parte, la Dirección estaba informada de nuestra conducta externa y eliminaba a los dudosos, reprobándolos en los exámenes finales. De esta suerte, manteníamos en aquel sistema de puertas abiertas, donde encontrábamos por todas partes ojos de autoridades y profesores, las relaciones a respetable distancia, cuidándose las niñas más que los jóvenes, de que no se las sospechase.

Pero en mi tiempo, pocas niñas del curso normal ofrecían interés a los ojos del enamorado. Así se explica un ambiente libre de sentimientos eróticos, en el que la mujer contribuía a la mesura del lenguaje, a la cultura y a la disciplina. Pero cuando el hombre no va hacia ella, ella va hacia el hombre. Halla el pretexto para acercarse, atraer, seducir, si es posible.

Yo no me creía digno de la mirada de una mujer interesante. La cortedad, mi retraimiento, mi cobardía, se debían a ese concepto y al temor de pronunciar la palabra querer, con la que al herir la delicadeza del ser amado, hubiera apagado toda ilusión forjada acerca de mí.

Qué hora terrible es la de los jóvenes que aman por primera vez. Un día recibí una esquela: no de ella, sino de otra. —"Lo esperamos esta noche para que nos enseñe los problemas del lunes. Háganos, le rogamos, este servicio".

La invitación era lógica, pero me sorprendió.

Los ejercicios eran difíciles y el profesor exigente. Negarme, hubiera sido innoble. No bien acabé de comer, fui. Allí estaban todas, en un saloncito amable e iluminado. Nos saludamos, sonrieron... —Lo hemos incomodado, dijo la más vivaracha, Laura Ratto, porque ninguna entiende. Sáquenos del apuro.

Mi respuesta fué tomar la tiza, ir al pizarrón y resolver uno tras otro, los veintitantos ejercicios de la serie, cuya solución copiaban to-

das en el mayor silencio. —¿Por qué no descansa?, dijo la dueña de casa, después de escribir durante una hora letras y signos. —Señorita... descansemos, dije.

Entonces, se sirvió un té con bizcochos, que tomamos mientras conversaban animadamente sobre asuntos escolares. Pero la niña con quien simpatizaba, era silenciosa y ocupaba el extremo opuesto de la mesa, alrededor de la cual nos sentábamos. También ella temía; era cobarde.

Reanudé las explicaciones y a las doce me despedí, después de estrechar la mano a todas.

La otra ocasión se presentó a los cuatro días, repitiéndose una vez por semana, hasta noviembre, sin que las reuniones perdieran la gravedad de la primera y el lenguaje matemático trasmitiera su desenvoltura al lenguaje familiar, tan pobre en términos que no acertaba a iniciarme.

Mas un día faltó; faltó dos. No sin sentirme afectado, supe que mi compañero de pieza había recibido una cartita invitándolo a preparar juntos, el examen. Incapaz de arbitrar medios, mis esperanzas se desvanecieron, y la vuelta al hogar, cicatrizó una afección que no tenía fundamento, desde que las palabras nunca revelaron a la condiscípula mi afecto. Por eso, no guardé rencor, al afortunado que la trataba en su propia casa.

Después de tres meses de saludable descanso, al lado de mis padres, fui solicitado por la cariñosa compañera en cuya casa, el año anterior, había resuelto tantos problemas, para estudiar Geometría juntos. No rehusé la invitación; pero ignoro todavía si el motivo que tuvo para llamarme, era la ayuda que podía prestarle, o un afecto hondo y secreto de su corazón.

A veces, durante la tregua que nos concedían los teoremas, conversábamos sin caer nunca en la confesión de un amor que no sentía, no obstante sus atractivos. Una palabra, tal vez fácil de pronunciar en la intimidad que habíamos alcanzado, hubiera bastado para precipitarnos en brazos el uno del otro… Pero, ¿por qué al calor de aquella

ansiedad malograda el año anterior, había sucedido tanto frío?... Era la amiga; nada más.

La familia, relacionada con otras del Paraná, me invitaba a sus reuniones. Empezó, de esta suerte, mi trato social con señoras, niñas y jóvenes que debían ser más tarde amigos sinceros.

Delicado por temperamento, mi conducta granjeó la simpatía de las familias de Etchevehere, Belbey, Clariá, Berisso, Boero, Latallada, Tiscornia, Torres y otras que escapan a la memoria.

Cedíamos así, el carácter de la escolaridad un tanto artificioso y extraño, al trato gentil, quitándonos de encima esa broza de incultura propia del estudiante y ese retobamiento que nos sonroja al dar la mano a una dama.

Luis Etchevehere, más joven que yo, alumno de tercer año del Colegio Nacional, era mi amigo predilecto. En el comedor de su casa, solíamos hablar de filosofía, literatura (declamaba las poesías de Andrade admirablemente) y solía darle, con satisfacción, lecciones de Algebra.

Frecuenté de esta manera su casa, gozando de la confianza de sus padres, por quienes cobré un afecto profundo. Me sentía en aquel hogar, elevado y mi anhelo hubiera sido emparentarme. ¿Cómo? Deseo irrealizable. Es necesario valer algo para pretender una cosa.

Transcurría así el tiempo repartido entre el estudio y una vida social discreta, en la que conquistaba el aprecio de las familias y adquiría maneras que la juventud necesita tanto, como los conocimientos que el profesor trasmite desde la cátedra.

VI

Consagré mis vacaciones a la Física y a la Química, materias que en la escuela se estudiaban teórica y experimentalmente bajo la dirección de Antonio Lauría. Mi afecto por ellas, había concluido por disciplinar mi espíritu, preparándolo para comprender el curso de Filosofía que nos iba a dictar Pedro Scalabrini.

Transformé un galpón amplísimo que servía a mi padre para guardar máquinas agrícolas, en laboratorio. En él, durante noventa días, realicé experiencias a centenares sobre cada capítulo de Química, adquiriendo el dominio que anhelaba, acerca de métodos que emplearía más tarde en mis investigaciones. El galpón solía transformarse en espectáculo nocturno, concurriendo las familias de la vecindad, que sobre maderos, arados, cajas y ruedas, admiraban los fenómenos que se producían en damajuanas, frascos, platos, cucharas, tubos de ensayo, merced a las reacciones de efecto del oxígeno, el hidrógeno, el fósforo, el potasio, las sales, los ácidos y otras substancias.

Las explicaciones eran discretísimas y las experiencias impresionantes. En una de ellas, recibí en la mano, una quemadura tan dolorosa, que no dormí durante dos noches. A pesar de la ordinariez de los aparatos, de las pocas precauciones que tomaba en los dispositivos, nunca fui víctima de una explosión. Así cultivé ese amor por la ciencia que se me revelaba como una expresión de la verdad y de la belleza.

La ley, probada por los fenómenos y la ecuación, tenía encantos emancipadores. Al satisfacer mi ansiedad, dábame ese dominio de las cosas traducido en confianza y poder, descorrido ante mis ojos el velo angustioso del misterio y la duda, con que nos ciega la ignorancia.

Estaba en mis manos el instrumento de la luz. Ahora, sólo se trataba de manejarlo. Dependía de mi voluntad. Alcanzaba la plenitud en esa unidad de espíritu, cuyos caminos están llenos de faros para avanzar hacia lo desconocido. Tenía una ecuación personal, con la que podía relacionar mis lecturas y acomodar dentro de su organización las ideas, fuere cual fuere su origen, sometidas a esa especie de metabolismo, en el que mi personalidad se robustecía, como se robustecen todos los alimentos cuando el estómago quimifica la más pequeña de sus partículas.

Pude más tarde advertir que el defecto más grave de los colegios, consiste en entregar al mundo, cerebros desorientados y anárquicos, por consiguiente sin fe y débiles para la acción. ¿Por qué se cree que la

duda es un estímulo de la actividad constructora, cuando, por el contrario, en ella el empeño crítico arrasa con el propio yo, así como una falsa interpretación de la historia, contribuye a esa incertidumbre de los momentos caóticos, en que el desorden no produce sino estallidos?

La ciencia con sus métodos irrefutables, puesto que descubrían la verdad sin juegos de retórica, guiaría mis pasos, para entrar prudentemente en ese campo seductor y peligroso de la abstracción y la hipótesis, que ya mi espíritu había resistido cuando, sin el apoyo de una ley natural, intenté leer a Leibnitz; las meditaciones de Descartes, la metafísica de las costumbres de Kant y la doctrina de la ciencia de Fichte.

La Cosmografía y la Geología, puso en mis manos la Historia de la Creación de Haeckel, y el Origen de las Especies de Darwin, leídas con el ardor que tenía seis años, antes, por los Cazadores de Plantas y los Viajes al Polo. Nutrido desde la infancia en los encantos de la naturaleza, la ciencia me los explicaba ahora, los organizaba en una síntesis, en la que mi yo adquiría contornos definidos.

VII

Mis profesores de idiomas fueron Mariano Cané y Goldney. Había recibido las primeras lecciones de Bernardo Moretti; pronunciaba al ingresar al primer año, discretamente el francés; el Ollendorff y L'Adolescence me iniciaron en la lectura y traducción con éxito. La escuela normal puso en mis manos la Pedagogía de Daguet y la de Rousselot. Cané no varió durante los tres años su procedimiento: una lección de Ollendorff, por clase; dos páginas de lectura y traducción en los textos citados.

Él leía y traducía para que hiciéramos lo mismo en la clase siguiente y escribiéramos además en la pizarra, al dictado, de a uno, ejercitándonos una vez al mes. La lección, además de pesada, nos aburría, porque el profesor nunca arbitró recursos para interesarnos. Nos hablaba en castellano y en castellano respondíamos. Era un curso

de traducciones forzadas, porque, por otra parte, no echaba mano de artificios para que la tarea de recordar palabras fuera menos fastidiosa.

Egresé apto para leer, comprender y pensar en español, una obra francesa.

Tal fué el resultado de un método sin conversación ni escritura en el idioma original, que satisfizo, por cierto, mis necesidades, desde que éstas se limitaron a las del estudio y la lectura.

En la obra italiana por lo contrario, no traducía, leía y pensaba en italiano, porque aprendí en un ambiente escolar italiano, a una edad en que la memoria es la arcilla blanda de los idiomas. El método con que estudiábamos inglés, por desgracia, se redujo al Robertson. No teníamos libro de traducción y el resultado, a una edad en que la palabra resiste a grabarse, fué desconsolador. ¡Tiempo perdido! Apenas me era posible después de algún esfuerzo, darme cuenta del contenido de un capítulo, si el libro trataba asuntos de mi profesión. Inducía. Pero me fué siempre imposible comprender una conversación, lo que lamento hasta hoy.

¿Por qué se empeñan nuestros colegios y escuelas desde cincuenta años en las mismas prácticas? ¿Por qué se persiste en asignar menos tiempo al inglés que al francés, comenzando en el período más avanzado de la adolescencia, cuando la memoria de la palabra y frases ha perdido el poder fijador de la infancia? Los ministros de Instrucción Pública, ordinariamente extraños a los problemas didácticos o sin interés por ellos, son culpables de este abandono que tanto mal ha hecho, a tal extremo de que el libro inglés es un lujo en las bibliotecas y el pensamiento británico o norteamericano ha penetrado en la Argentina, por las obras traducidas al francés o castellano. En la Escuela Normal utilicé poco mis conocimientos idiomáticos. Pero egresado de ella, afluyeron a mi biblioteca numerosos libros y revistas franceses e italianos.

Los de ciencia (matemáticas, historia natural) resultaron fáciles; pero dudaba de mi capacidad para comprender la obra literaria. La probé leyendo las comedias de Molière y Tartarín de Tarascón. No fué

poco mi júbilo, cuando sin el diccionario, encendía mi entusiasmo y gozaba como un francés, sensible a las construcciones delicadas y a los estilos de los dos escritores.

La prueba, al disipar mis dudas, robusteció una fe necesaria a una nutrición intelectual que comenzó abundante y provechosa, año después de recibir el diploma.

A pesar del respeto que solíamos tener por nuestros profesores, Cané solía ser víctima de las travesuras de los condiscípulos alegres. Uno de ellos había adquirido la habilidad extraordinaria de caricaturarlo sobre el pizarrón, con dos orejas largas.

Ese soy yo, dijo una vez molestado. Una espontánea y unánime carcajada le respondió. ¿Quién es, agregó, el insolente que se ha permitido burlarse de mí?

Nadie contestó. Es que el señor Cané, fiado en su capacidad, preparaba pocas veces sus lecciones y se dejaba sorprender con preguntas insidiosas, acerca de la materia del texto, sin sospechar el propósito con que eran hechas, porque el profesor nunca contestaba, —*no sé*.

Me hubieran agradado, lo confieso, en tercero y cuarto años, dos conferencias al mes de literatura; el resumen de obras y la lectura escuchada al profesor, de trozos escogidos, para penetrar los secretos del idioma que no podía revelarnos libros como los de Daguet y Rousselot, hacia los que creamos franca antipatía, a fuerza de vencer sobre sus páginas las dificultades léxicas, sin enterarnos de su contenido. Tal vez Atala o Tartarín, hubieran sido más eficaces por los valores literarios, despertando esa afectividad que necesita el estudiante.

Cuando un libro se convierte en tortura, aunque el profesor sea el culpable, haciendo de él uso indebido para la enseñanza, no se rehabilita en el espíritu del que lo ha tenido entre sus manos.

VIII

Llegamos veintitrés al último año, incorporándosenos Maximio Victoria, que venía de Tucumán. Era una selección realizada sin mi-

ramientos. La Dirección aquilataba los menores actos antes de extendernos el diploma.

Alejandro Carbó, cediendo a un espíritu de amplitud intelectual, dejó a cada profesor el desarrollo de las materias, de acuerdo con el propio criterio. Los cursos de filosofía, historia, literatura, pedagogía, se beneficiaron, porque abandonamos los textos de Jacques y Janet. Scalabrini se entregó a labrar, como un artífice nuestro pensamiento, rompiendo la costumbre de historiar los autores. Elijió el sistema que juzgó más completo, creando el primer Seminario de Filosofía que tuvo el país. Cinco años antes, seducido por Krause, buscaba un ideal para la vida. La lectura de la "Descendencia del hombre" y la "Filogenia", de Ameghino; su espíritu formado en la historia y las ciencias naturales (fundó el Museo de Paraná, fué explorador asiduo de las barrancas del Antoñico y del Espinillo, de donde extrajo ejemplares únicos) lo condujeron a Comte, creador de la Sociología, cuyo sistema era la concepción más vasta del siglo XIX y un esfuerzo feliz para clasificar los conocimientos que la humanidad había acumulado, explicándolos conforme a las leyes de un orden, que como las del transformismo, determinaban el progreso. No nos dictó un curso crítico, método que repudiaba, sino de comprensión total; precedido de un bosquejo para fijar el espíritu, método y doctrina del Positivismo, mal interpretado a través de los manuales, de los resúmenes, de las historias, de las conferencias y de los lectores fragmentarios. Justificados los esfuerzos, concebimos a la humanidad como un todo en continuo crecimiento; la obra de los unos se sumaba a la de los otros, expuesta a enfermedades o crisis que preparan períodos de aceleración y desarrollo. Por los hechos, postulados evidentes, se comenzaba a realizar la vida útil. El punto de partida del conocimiento, era así, la ciencia, que merced a sus métodos, inducía leyes, establecía principios y podía arriesgar hipótesis; el espíritu poseía el don, no solamente del análisis para descubrir, sino de la abstracción para sintetizar, deducir, suponer, forjar teorías, extenderse más allá del límite de las cosas.

Nos convencimos de que las ciencias, a pesar de su autonomía, se solidarizan por el auxilio que prestan las unas a las otras, obedeciendo a leyes de afinidad; como las ramas de un árbol, crecen complicando sus métodos, a medida que los problemas son más vastos.

La filosofía tenía a su cargo la misión de explicar las relaciones para construir el edificio armónico del conocimiento desde el origen, preocupados menos de lo absoluto que de los principios, para ir hacia el infinito, agrandando el horizonte del espacio mental. La repetición de los hechos constituye la ley, nos decía Scalabrini; pensando en Galileo y Bacon, que Comte elevaba a la categoría de los primeros pensadores de la Humanidad.

La ley que explica la existencia o estabilidad de las cosas y sus relaciones o fenómenos. El hecho debe considerarse, en nuestra conciencia, como un elemento irreductible del que no podemos desprendemos, para percibir el fin de los actos, so pena de una inquietud estéril y perturbadora de la obra de los demás. No obstante, la Humanidad, dotada de un sentido experimental innegable, ha intentado, los opuestos; disciplinar con ensayos su razonamiento matemático, cuando el razonamiento, rebelándose contra sí mismo, ha necesitado del absurdo para llegar a la convicción.

Estéril como el criticismo es el "más allá" sin antes conquistarlo por los procedimientos con que se ha capitalizado el saber dentro de la ley, única arma de alcance con que se puede inferir, deducir, generalizar, llegar a la hipótesis, siempre que no nos propongamos fabricar castillos en el aire. Un problema de unidad y de amor sin antecedentes, resolvía Comte.

De verdad, en cuanto se elevaba sobre el cimiento de las cosas, tal como las percibía nuestro espíritu a través de la experiencia; de belleza, en cuanto que todo se resolvía en un concierto admirable de ideas, persiguiendo la felicidad por el amor, que es el bien, o lo bueno que el mundo nos ofrece, al tener conciencia de las cosas. La metafísica, una manifestación de la impaciencia del hombre, llegaba donde no puede

irse sino al paso mesurado de la investigación. Una especie de niño que pretende ser artista, sin someterse a la disciplina del tiempo, para realizar la proeza.

La teología era un hecho de los primeros tiempos, cuando el hombre buscaba un medio para comprenderse en el espacio. El positivismo consideraba inútil ocuparse de las causas primeras, o resolver los problemas que preocuparán dentro de quince mil años. Se debe ir hacia ellas, hacia el pasado o hacia el porvenir, trazando un camino que nos permita volver la vista al lugar donde realizamos la vida. No es que el absoluto ni el infinito donde las causas primeras y últimas que van a perderse, no existan. No desconocemos, nos decía el profesor, la necesidad de una solución a las cuestiones del principio y fin de las cosas. Pero sin las cosas, no existe para el viajero sino un mar sin orillas, ni más barca para navegarlo que la que tiende la vela de su fantasía poética o religiosa.

El golpe más rudo, lo recibió la verdad revelada de la Metafísica, al pretender demostrar la existencia de Dios.

Su razonamiento, a veces silogístico, a veces deductivo, rigurosamente abstracto, dejó boquetes por donde la duda hizo estragos al convertirse en certeza. La filosofía positiva, no es conservadora, revolucionaria, espiritualista, ni materialista: es sistemáticamente constructiva; es la razón de ser de la historia, basada en los principios de la ciencia, enemiga de lo sobrenatural, de los que explican lo inexplicable para dar solución al problema, sin los métodos de la experiencia, de la observación y del razonamiento.

Las innovaciones más modestas, sin apoyo en lo evidente, son negativas y estériles. Convencidos de que el progreso era un movimiento lento y continuo que obedecía a fuerzas independientes de la voluntad, condenábamos la revolución y la guerra. Lo que nos admiraba, apasionados por el horizonte abierto a las actividades de nuestro cerebro, era el sentimiento de bondad y justicia que aprendíamos en la obra del filósofo, para quien no existía más réprobos que aquellos que como Nerón o Calígula eran monstruos o anegaban en sangre sus épocas.

El Catolicismo no había podido, sobreponiéndose a los sentimientos de la edad antigua, crear la gratitud amplia y humana; el olvido de los que se consagraban al progreso, era tan injusto como condenar la civilización.

Mi espíritu se engrandeció cuando advertí premiados por el criterio histórico, todos los hombres que se esforzaron en iluminar a sus semejantes o mejorarlos, fuera cual fuere su raza, su credo, sus sentimientos.

Homero, Sócrates, San Pablo, Mahoma, Santo Tomás, Dante, Rafael, Galileo, Newton, Richelieu, Calderón, Volta, las religiones, las ciencias, las artes, las industrias, constituían una especie de familia, en la que todas las tendencias sentían la satisfacción de encontrar sobre el pedestal de la justicia y de la gloria a su genio.

Ningún filósofo había concebido una totalidad más armónica del mundo interior, para seducir al hombre y crear en él, el amor, principio irreductible del ser, como lo comentaron los del Banquete.

Los novecentistas, inquietados por la sed de originalidad, realizan la obra de Gorgias cuando emplean la palabra rancio, porque la filosofía es un sistema de comprensión total: ninguno de ellos ha dado un paso fuera de los principios de la evolución, con los que se ha construido el edificio gigantesco contra el cual se estrellan los empeños para derribarlo. Buscan, como el insecto, valores sobre sus ramas.

Bergson ha glorificado esa concepción culminante del siglo XIX, declarando la imposibilidad de substituirla. Por eso Comte y Spencer siguen siendo, hasta que no llegue quien los resuma, como ellos resumieron a sus antecesores, modernizándolos con los nuevos aspectos del saber, los faros de esta marcha sin ocaso; *"renovación"*, palabra de muerte, es contraria al principio histórico de la persistencia, que significa adquisición y suma. El Positivismo ha proclamado por eso, no la destrucción, sino la revisión de valores, que es el modo matemático de corregir, no mediante el instrumento de la crítica, sino el seguro del análisis y la síntesis. La ciencia y los métodos del siglo XIX siguen siendo los del siglo XX. Hay que agregarse a sus

filósofos, si no queremos ser pobres vergonzantes de ideas o mercaderes de paradojas.

Cuando nos enteramos de que Comte condenaba la Revolución Francesa quedamos perplejos, acostumbrados a las conmemoraciones del 14 de Julio.

Sólo veinte años más tarde, leyendo los pormenores de aquel conflicto, díme cuenta de los motivos del filósofo, corroborados después de la Gran Guerra, con la experiencia rusa para su fallo. La revolución es una explosión de odios que ahoga en sangre la mejor semilla. Los pueblos reivindican sus derechos y alcanzan sus aspiraciones con la educación.

La escuela y el colegio engendran las fuerzas que elevan, abriendo caminos amplios para llegar a los ideales. Lo demás, es la solución trágica de una quimera. Scalabrini proclamaba la necesidad de "tener convicciones dentro de un sistema" respetando los contrarios. Tan celoso era de nuestra independencia, que nunca emitió juicios que pudieran menoscabar nuestra labor de seminario o servirla de apoyo o cita. Él mismo halló afinidades entre Darwin y Comte, pues no encontraba el antagonismo que algunos pretenden entre sus doctrinas. Yo tenía orientaciones claras, ideas y conceptos, en fin, para consagrarme con fe a una obra en la que advertía problemas seductores.

La investigación filosófica en los libros de Comte y sus comentaristas como Littré, Robinet, Estassen, Bourdet, Lagarrigue, Stuar Mill, etc., había robustecido mi criterio y la capacidad de leer cualquier tratado, por abstruso que fuera, que viniera a mis manos. Tenía la conciencia de una disciplina a la que podía someter mis ideas y las de los demás; en fin, no había aprendido el catecismo de los prosélitos; había asimilado la doctrina, el espíritu y el método de un sistema que son los recursos dinamógenos del pensador.

Así pensé acerca de la enseñanza, en la conveniencia de una revisión de las teorías y prácticas en uso, empíricas y un tanto ajenas al espíritu de la ciencia.

La antropología, particularmente la psicología, debían constituir su base primaria; una psicología descriptiva de la infancia y de la adolescencia, que diera a conocer las modalidades de cada edad y cada sexo, para adaptar el hombre al ambiente social y político en que actúa, evitando la dispersión de eso que llamamos aptitudes y que el novecentismo denomina vocación o facilidad.

Gall, Broussais, Lallemand, el camino luminoso de Lamarck demostraban, a través de la obra Comtiana, que nadie podía ser educador, mientras ignorase la naturaleza de las "facultades" cuya ejercitación se propone y su manera de reaccionar en presencia de los estímulos.

Esto, que es ya la doctrina, supone un método y exige un programa que Comte resume en el principio renovado por Tagore en el Sádhana: que la educación debe enseñar a vivir para los demás, formando el hábito de subordinarse a la vida colectiva, lo que no es renunciar a sí mismo, sino identificarse por el amor, con el Gran Ser, Gran Todo del Upanisad. Difícil, sin duda, desde que no es el aspecto lozano de las tendencias naturales del hombre, inclinado a las paradojas de Marx.

El pedagogo, según Comte, debe fijar su atención en los sentimientos y tendencias, antes que en los actos, porque son fuerzas indestructibles y cultivables que dominan el campo de la actividad. La "instrucción", en el positivismo, la adquisición de nociones concernientes al hombre, las cosas y fenómenos, ya inorgánicas, ya orgánicas, consideradas en el espacio y en el tiempo que prepara el espíritu para concebir, propósito esencial de la escuela. De aquí esa marcha de procedimientos, lógica con la ciencia misma, de la práctica a la teoría; de la sensación a la idea; de los hechos particulares a los principios generales. Para volver a las aplicaciones sin olvidar el objetivo moral y político de la vida humana.

Estos conceptos dieron a mi labor didáctica una orientación de la que nunca me arrepentí. Dentro de Comte estaban todos los filósofos. Era el continuador, los completaba, los aclaraba en un lenguaje moderno; los sintetizaba desde Platón a Kant, lo que no era sino una

consecuencia de su calendario. Nunca, lo declaro complacido, hallé ese antagonismo que pre

tenden los críticos, para quienes el campo de las ideas es un ring de box. Siempre se confirmaron las leyes de Tarde y el principio genético de “L’evolution Créatrice”.

Satisfecho de la jornada que empezó en la duda, entraba a la vida de trabajo y producción, sin recelo, convencido de que la redención comenzaba con éxito, desde que sabía *qué* podía hacer para elevarme.

La colación de grados fué un acto que en diciembre congregó en el salón familias destacadas del Paraná, por su nombre y posición. El discurso del Director, fué la última lección de ética profesional que recibimos, lleno de doctrina, de consejos, de unción, magnificado por el juramento que prestamos, como si formáramos parte de una logia.

Hasta el frac que vestíamos por primera vez, realzaba los valores adquiridos y quitaba aquel residuo de informalidad estudiantil, que podía quedarnos en algún neurón mal lustrado.

¡Cuánto te quiero escuela! gritaba mi corazón, que no era tal vez el de todos, al volver con los obsequios y el ramo de jazmines, al cuarto que abandonaría al día siguiente para guardar el recuerdo de una vida de frío, de hambre, de estudio, de compañerismo y de alegría, porque el sufrimiento, por fortuna, de la juventud, es una sombra proyectada sobre un cielo de encantos.

CAPÍTULO IV

"...Pero yo sólo combato en la arena de la sinceridad, donde si es posible, surgiré. Por eso me refugio en aquel rincón de actividades donde pueda encontrarme con la verdad y no tenga que negarla para que me vean".
V. Mercante.

I

Al llegar a casa, mi madre me abrazó llorando. Estaba seguro de su amor. Tal vez esperaba ese día, soñando en la elevación de un hogar castigado cruelmente por un destino inexplicable. Para mí, ella era un refugio consolador; compartía en silencio con ella la amargura de nuestras dichas y por ella había jurado rehabilitarnos. Estaba convencido de que en el mundo sólo se tiene una certeza: la madre. Por eso me sentía tan ligado a su felicidad, que no dejaba de pensar un momento en la manera de conseguirla, mediante un trabajo honesto y fecundo.

Me habían ofrecido la dirección de la escuela Sarmiento, del Paraná; la regencia de la escuela normal de San Juan y la secretaría del colegio Alvear, de Buenos Aires. Me sedujo San Juan. Tal vez sus antecedentes culturales, la fertilidad de su suelo, el deseo de conocer lugares y cosas, la sed de montañas contribuyeron a mi elección de la que no me arrepentí, a pesar de que mi imaginación se había figurado aspectos diferentes, habituados mis ojos a las colinas del Besante y a los llanos de Merlo.

Mientras llegaba marzo, me hice cargo del colegio Alvear, entregándome con entusiasmo a redactar reglamentos, programas y horarios, disponiéndolos para la inscripción y la apertura de clases.

Desde los primeros días sospeché propósitos ocultos en aquella casa donde se vivía con lujo, pero donde ninguna diligencia advertía su carácter escolar. Pero todas las gentes, entre ellas un cura, el padre Vaca, vicedirector, que me pareció sincero, elogiaban al doctor, quien mostraba cartas de altas dignidades eclesiásticas de León XIII. Por otra parte, disipaba mis dudas el afán con que era servido por cocherías, tiendas, mueblerías, libreros... Pero reclamaba sin éxito mis sueldos; las disculpas eran atendibles; un día, uno de sus admiradores me preguntó con discreción:

> "—Este doctor, ¿tiene plata? ¿Paga?... —¡Hola!, dije para mis adentros; con que no sabes quién es. —¿Por qué me pregunta eso?, le dije. —Porque hace cuatro meses que promete. Me debe ocho mil pesos. Los muebles son de mi casa y la galera que lleva… —¿Por qué le fía usted? —Ah, tengo pagarés que aseguran mi crédito. —¿Quiere mostrármelos?... "Quince días después de inauguradas las clases, pagaré a Fulano de Tal, etc.".

Está bien, le dije. Ya no dudaba: era víctima de una superchería evidente.

Con el pretexto de que San Juan me reclamaba, me fui, interesado en el último acto de aquella comedía, que podía resultar trágica, porque no faltaban mujeres jóvenes que a título de sobrinas resultaron sus amantes, a vista y paciencia del padre Vaca.

Con este episodio inicié mis tareas docentes, al cumplir 20 años.

La apertura no se produjo; unos cuarenta acreedores se encontraron seducidos por el palacio, el lujo, el trato y la idea de que en marzo comenzaban las clases, con un documento hábilmente redactado que no daba derecho a recuperar sus mercaderías siquiera. El mueblero, exasperado, abrió una mañana a hachazos la puerta, para recuperar

sus muebles. Lo encarcelaría por violación de domicilio; el dueño del edificio, a duras penas, consiguió que lo desalojara después de doce meses de ocupación. El padre Vaca me escribió en mayo, lamentando lo ocurrido, víctima del engaño. Después me refería una historia pintoresca de este noble romano, propietario de campos y villas, a quien había conocido en Buenos Aires, cuando le propuso ser vicedirector.

Esta lección sobre la conducta en contacto con los hombres, apenas egresado de la escuela, fué provechosa; me enseñó a tratar con prudencia a mis semejantes y meditar antes de creerles.

El destino, advertí luego, depende del cálculo. El éxito o el derrumbe, del momento de criterio que precede a la decisión. El director ocultaba, a los ojos de su clientela, sus propósitos, explotando la ingenuidad, cooperadora eficaz, con sus vistosas ostentaciones. Llevó un ataque al doctor Alvear, al que pudo convencer para conseguir los cien mil pesos que necesitaba, para volver las espaldas a Buenos Aires. Tratándolo, era fácil advertir en el *abogado*, la ausencia absoluta de sinceridad y conocimientos acerca de lo que era una casa de educación.

A fines de febrero, cruzaba por primera vez la pampa argentina, admirando la vasta llanura cubierta de pajonales y despoblada, cuya monotonía el tren no alcanzaba a romper. La desnudez de los Andes y sus moles imponentes, contrastaban con las sierras que había conocido doce años antes, hallando aridez donde supuse una vegetación lujuriante.

Llegué a San Juan, asombrado de la tierra que cubría mi traje; acostumbrado a los trenes de Buenos Aires, nunca imaginé ese polvo sin densidad, fino y espeso de la travesía, contra el cuál toda precaución era inútil para protegerse.

Me instalé en la casa particular de Moyano, llena de comodidades. Traía conmigo el bombardín, cuyo sonido viril y simpático robustecía mi anhelo de ser. ¿No pensó Wagner lo mismo al asignarle el solo de Sigfrido? Me lavé, me cepillé y salí.

Manuel P. Antequeda había creado una escuela que gozaba de mucho prestigio, concurrida por niños de las familias más destacadas: Sarmiento, Quiroga, Videla, Albarracín, Flores, Navarro, Moreno, Laspiur, Rufino, Keller, Maurín, Bates, Sánchez. Los 250 pesos me parecían una fortuna y me consideraba felicísimo. Pude entregarme al placer de la lectura, en un saludable recogimiento de seis meses, durante los cuales mi espíritu se propuso problemas pedagógicos después de una observación continua y analítica de los quinientos alumnos que tenía a mi custodia, problemas a los que debí consagrar toda mi vida.

Con los problemas pedagógicos, surgió la necesidad de robustecer mi preparación científica y literaria; mi lenguaje era pobre e incorrecto; escribía con dificultad, hacía mal uso de la preposición y de los abjetivos, naufragaba a pesar del empeño con que leía las obras maestras, analizándolas página por página, para sorprender los secretos del estilo.

Intenté imitar a Cervantes, a Mariano de Larra, a Moratín, a Quevedo; tenía la gramática de la Academia y a Coll y Vehí sobre el velador, sin sentirme nunca

seudónimo de Blondel. No obstante, era necesario que aprendiera. Reforcé la lectura con obras italianas y francesas, teniendo predilección por las humorísticas y poéticas; Castelar, De Amicis y Núñez de Arce, fueron durante un tiempo mis ídolos, sin dejarlos de leer cada vez que “La Nación” o “La Prensa” publicaban sus artículos.

Parte de mi primer sueldo lo giré para la adquisición de “L’Uomo Delinquente”, “La Sociología Criminal”, libros de Sergi, Marre, Morselli, Lacassagne, Darwin, Topinard, Haeckel, Mandsley... que trazaban un rumbo a mis actividades, desde el momento que descubría en ellos un método de trabajo aplicable a una pedagogía sin hechos en qué apoyarse. Inútilmente, revolvía diccionarios y tratados; a Bain, Spencer, Siciliani, Bencivene, Dominicis, Barth, las revistas. No encontraba sino palabras y palabras; principios, tesis y doctrinas

basadas en observaciones tan confusas e indefinidas, que prefería no mencionarlas.

Me movía, pues, en el vacío. La enseñanza debe ser intuitiva... Pero, ¿quién lo ignora? Los problemas son otros. Me consagré a estudiar dos: el del conocimiento y el de la conducta, realizando mi primera prueba experimental en 1890, considerando como variables fundamentales la edad y la cultura de la masa, susceptible de la comparación que conduce a la pedagogía.

¿Cómo aprende el niño? Debía redactar composiciones sin las cosas, primero; en presencia de ellas, quince días después. ¿Había diferencias? ¿Estas diferencias valían la pena de someter los sentidos a los estímulos? ¿Daban todos la misma reacción; tenían el mismo sentido a todas las edades, en todos los grupos?

Cinco mil composiciones analicé y "Museos Escolares" y "La Escuela Moderna" tradujo en normas didácticas aquel rico manantial de observaciones e ideas, riego fecundo en las escuelas del país, pues una gran parte, con ellos por base, iniciaron nuevas formas de enseñanza. Mi libro, a cuya publicación consagré un préstamo del Banco, despertó los celos de los unos y el entusiasmo de los otros. "El Ciudadano" de San Juan, publicó un artículo malévolo contra él, sin firma, pero escrito por un profesor de la escuela, que aspiraba a muchas cosas.

Me sentí apenado, por este premio a mis dos años de consagración y desvelos. Estuve a punto de abandonar la enseñanza y proseguir mis estudios en la Escuela de Ingenieros donde había aprobado tres años y encontraba cómo saciar mi sed por la ciencia, especialmente la matemática, para la que mi amor había crecido al estudiar Álgebra superior, Determinantes, Geometría Analítica y Cálculo con Thyerry, Valentón y Leopoldo Gómez de Terán, de quien admiraba su exposición casi poética.

Allí se había creado una sucursal de la sociedad científica de Buenos Aires, bajo la presidencia del ingeniero José Certi. Yo era el vicepresidente; se había creado una biblioteca de obras especiales y en

su mesa de lectura había alrededor de ochenta revistas científicas, adquiridas por suscripción, caso único de entonces a hoy, en provincias. Profesores y alumnos concurrían con una asiduidad cuya impresión conservo; sentíame, pues, en un medio cómodo y simpático.

"La Nación" de Buenos Aires publicó, inesperadamente, un artículo extenso y elogioso acerca de mi voluminoso libro, que disipó mi pena, mis dudas y reavivó mi entusiasmo pedagógico. Poco después, Florentino Ameghino en la "Revista de Historia Natural", desde otro punto de vista hacía otro tanto y... por ellos, que tendieron siempre generosamente su mano a la juventud, dispuesta a obras sanas, no abandoné la pedagogía, a la que fatalmente una voluntad superior me ataba, no obstante la antipatía con que la sentí en las aulas del Paraná.

¿La razón? Difícil de explicar. Pero, acaso, la falta de afinidad produce las aleaciones más tenaces; por no haberle amado, me le he consagrado.

¡La conducta! ¡Qué problema en aquellas aulas con 50, 60 y 70 alumnos!

No obstante el horario discontinuo, el desorden en 3.º, 4.º y 5.º grados llegaba a ciertas horas, en ciertos días y ciertas materias, a excesos inconcebibles. ¡Pobres maestros, pobre Perramón, pobre Barahona, pobre Segovia, pobre Acerbi! El 6.º era una delicia, pero los alumnos no pasaban de 25. En cada lección se echaban quince o veinte afuera, la mayor parte reincidentes o habituales; los sopapos, coscorrones, punterazos, menudeaban como granizo; Barahona tenía un brazo descomunal para propinar cachetazos por sobre las filas. Gritos, insultos, repiques nerviosos de timbre; quejas y conflictos por los moretones... ¡Qué infierno! Allí no había educación ni podía haber enseñanza. ¿Quién era el culpable?

Expulsábamos y readmitíamos, pero no apagábamos aquel volcán en el que se mezclaban tercos, divertidos, tontos, perversos, truhanes, buenos, tranquilos, educados, graciosos, serios, locuaces, taciturnos.

Era, pues, la humanidad, brutalmente amontonada en un salón, para ser domesticada por un maestro.

De esta impresión dantesca, germinó en mí el pensamiento de estudiar los fenómenos de la masa o grupo escolar, calculando la influencia de cada factor, para llegar a la pedagogía.

Concebí un vasto plan de investigación, bajo el título de Peología, o Pedología, publicado en "La Educación" de Buenos Aires en 1894 y 1895. La herencia, por una parte, la acción física, doméstica, social y escolar por otra, cuidadosamente observadas, anotadas, clasificadas, comparadas, labor muy larga, iban a revelarme los secretos de aquel caos, y las normas del orden y de la armonía, indispensables para que la escuela fuera eficaz.

Pero al comenzar mi tarea en 1894, fui nombrado director de la Escuela Normal de Mercedes de Buenos Aires, de carácter mixto, cuyo prestigio había que rehacer. Sin embargo, realicé dos estudios, uno de carácter antropológico, relacionando la conducta con los rasgos fisiognómicos; otro, 1893, relacionando la voz (timbre, extensión y afinación) con la edad, señalando la crisis, acerca de la que escribía un libro 25 años después.

Había reunido y clasificado cierto número de hechos y concebido la primer hipótesis. Con pena, lo confieso, mis trabajos, los primeros de esa naturaleza realizados en el mundo, no encontraron eco ni estímulo; se los consideraba como caprichos.

Sin más funciones que las de regente, en sí pesadas, mis ideas no podían abrirse paso, asfixiadas por una enseñanza pedagógica estrecha, libresca y memorística. A pesar de todo, estaba enardecido por una pasión alimentada en la curiosidad y la virginidad del campo.

De César Lombroso y de Sergi, recibí cartas que aplaudían calurosamente mis trabajos. Veinte años más tarde, Enrique Ferri. en el aula magna de la Universidad de La Plata, habría de recordarlos con frases elocuentes, como una aplicación original y fecunda de los métodos científicos al estudio del niño.

Descubrí, así, *el motivo fundamental de las rebeldías, en la falta de aptitudes*; para que la enseñanza fuera aceptada, exigía cierta predisposición o facilidad, que más tarde llamé *oportunidad*, en los alumnos y procedimientos activos que favorecieran la descarga de las energías de que estaban sobrecargados aquellos niños. De ahí los métodos del Museo, la reducción de cursos y los trabajos manuales introducidos en 1893. De otra manera, tropezaría con la resistencia que malogra los esfuerzos en la indisciplina.

II

La primera amistad íntima, la contraje con Pablo Berutti, profesor de música de la escuela, quien, a los pocos meses dejó el cuarto del club para ocupar una pieza en la pensión donde yo estaba. Admiraba su ejecución, su facilidad para improvisar, su técnica y su lectura a primera vista de cualquier ópera, hazaña que no había logrado hasta entonces, de ningún pianista. Y mi admiración excitaba sus manos, con las que hacía prodigios. Por fin, encontré, me dije, el hombre capaz de saciar mi sed. ¿Saciarla? Se encendía en mi espíritu una llama ancestral que no se apagaría ni en mis hijos, ni en mis nietos, pues ellos, antes que médicos, fueron músicos.

Los domingos y feriados, desde la una hasta las ocho, nos encerrábamos en el salón de la escuela normal. Él tocaba sobre el Stenway de cola, sin descanso; yo escuchaba con deleite a Beethoven, Schumann, Bach, Mendelshon, Chopin, Mozart, Brahms, Lizts, Schubert, Moskowsky, Thalberg, Saint Säens, cien autores más; no teníamos preferencias, con intervalos consagrados al comentario. Dirigía con frecuencia los coros, oportunidad que Berutti aprovechaba para improvisar acompañamientos deliciosamente caprichosos, merced al contradictorio juego de sus dedos, que sometía a tres o cuatro horas de gimnasia diaria, ejecutando ejercicios de grandes dificultades técnicas. Había hecho pentagramar las pizarras, adquiriendo un atlas norteamericano para el solfeo a dos voces.

Desde el primer grado al sexto, la música logró un interés sólo comparable al de las lecciones de Museo Escolar. El concurso de la señorita Delia Godoy, pianista eximia, reforzó aquel ambiente artístico en que templaba sus sentimientos la escuela.

Berutti, que me fué recomendado por indolente, pues el portero iba al hotel a recordarle que tenía clase; cerca de mí, se sintió estimulado en tal forma, que después de comer no iba al club, donde se había acostumbrado al juego, sino a su escritorio, recibiendo de él todas las noches una lección de armonía ejemplificada sobre un pizarrón que compramos para ese objeto.

Así pasamos dos años, hasta el día en que contraje matrimonio.

Pero mi anhelo era de que aquellas aptitudes extraordinarias no se malograsen. Lo incitaba a la Composición; un día se puso a la obra con un entusiasmo que duró poco. Pero, en fin, durante un mes hizo y rehizo borradores; amontonó manuscritos que yo le oía, al día siguiente, con fruición y aplauso, empleando todos los medios de que podía echar mano para que continuara en la obra en que se había iniciado con brillantez, pues mis oídos, en efecto, encontraban en sus composiciones originalidad, belleza y una extraordinaria tendencia a la armonización de efecto, sin atenerse ni poco ni mucho a las reglas que me enseñaba, no sé si convencido de su inutilidad.

Era curioso verlo componer. Lo espiaba a través de una hendidura, las puertas de aquel tiempo no ajustaban como las de hoy; no iba al piano, sino después de haber llenado el papel de notas y acordes, acumulando el mayor número posible de dificultades de digitación. Para probar la frase que acababa de escribir, la ejecutaba sobre el escritorio, corrigiendo inmediatamente los errores advertidos.

Nunca publicó aquellas producciones que me parece fueron por lo espontáneo las mejores de su estro. Ocho años más tarde se instaló en mi casa para escribir los dos actos que faltaban de Cochabamba, ópera que había empezado tres años antes, sin pasar del primero, por falta de estímulo. En mi casa, readquirió la constancia del compañero de

cuarto; se levantaba a las seis, trabajaba hasta las doce, recomenzaba a las dos, para no levantarse hasta las ocho. ¡Qué fenómeno extraño! Después de comer le oía la producción y escuchaba mis indicaciones, sin una protesta, como si fueran inapelables, él que no admitía el juicio del propio hermano.

Al día siguiente, proseguía con más empeño, iluminado por la satisfacción que le causaba el ver crecer la obra, que había sufrido por tanto tiempo una crisis de infecundidad.

Debo, pues, a Berutti, una educación musical que anhelaba desde la infancia, sin saber cómo ni cuándo podría adquirirla, en la edad en que estaba en mejores condiciones para recibirla. En mi esposa encontré luego una eficaz cooperadora para ilustrar mis estudios y cultivar mi sentido estético, que me ha producido hasta hoy las mejores horas de placer y elevación.

A través de la música, he sentido la terneza y el amor, desde el día que oí a mi madre canturrear los principales motivos de "La Traviata", aprendidos en el teatro de Chietti, hasta los días de la revuelta universitaria, en que casi tullido por el reuma, en un rincón de la sala, acompañaba con mis lágrimas los gemidos que mi hijo arrancaba con el arco a las cuerdas de su violín. Un día sentí la necesidad de alternar el ambiente de reclusión y trabajo que voluntariamente me había impuesto, con otro, más humano y social. ¿Cómo? Solo, sin más relaciones que las de la escuela, alejado del club, no sabía qué hacer. Un grupo de profesores me llevó una noche a Las Piedritas, especie de balneario donde veraneaban tres familias de tinte paisano. Se bailó al compás de dos guitarras. Las niñas eran cuatro, los mozos ocho; por consiguiente, vime, dada la falta de aptitudes danzantes, obligado a pasar la velada con las mamás, duras para una conversación que no fuera sobre la fulana o la zutana, "¿cómo ha de ser?" Me produjo tal desabrimiento, tan extraño era a mi modo de ser aquel ambiente, que no acepté más invitaciones a bailes con guitarra.

El 9 de Julio, con la levita del tedeum, vagaba sin rumbo, cuando el profesor Perramón, después de un saludo cariñoso me invitó a tomar el té en su casa. Poco dispuesto aquel día a continuar la lectura de la Sociología de Ferri, acepté. En la sala vi con placer un Pleyer. —¿Quién toca el piano?, pregunté. —Una cuñadita mía. —¡Oh! entonces la oiremos, —Con el luto está un poco dejada. — Pero... sin noticias de su habilidad, supuse que, como tantas, no sería sino una discreta tocadora de mazurcas y schotis; a tal creencia contribuían la desafinación del piano y la ausencia de aquellas piezas con que realizaban prodigios los dedos de Berutti.

Me senté y toqué con toda imprudencia una piecita de mi modesto repertorio, mientras Perramón trajo la familia para presentármela. La señora, la niña, mi cuñada, etc. —¿Usted es la que toca el piano?, pregunté con curiosidad. —Sí, señor; me contestó con una modestia que no escondía ninguna malicia. (Sin embargo la había, según pude saber años más tarde). Ya lo hemos oído, toca usted muy bien. —Absolutamente, pero la música me encanta. —Si fuera usted tan gentil... —Sí, señor. Aquella resolución sin vanidades ni excusas, me fué simpática. Cada uno da lo que sabe; para qué ocultarse, me dije. Ni siquiera la vulgar pregunta: "¿Qué quiere que toque?" Acomodó el taburete y sin frotarse los dedos, ejecutó el vals N.º 3 de Chopin.

—Señorita exclamé confundido—; perdone usted mi atrevimiento. Toca usted que es una maravilla.

Todos se sonrieron sin pronunciar una palabra. Yo quedé impresionado por la agilidad que nunca hubiera supuesto en los dedos de aquella niña de 16 años, delgada, de aspecto enfermizo, sin pretensiones y callada. A requerimiento del cuñado, con asombro mío, ejecutó la polonesa, luego la tarantela de Rubinstein, la danza macabra de Saint-Säens, dando pruebas de una memoria prodigiosa y una interpretación seductora, como la de Pablo Berutti. Tomamos el té; la simpática abuelita Manuela Navarro de Moreno, ya en los 72 años, se permitió una broma que trabajó rápidamente en mi espíritu,

algo más que el cariño para aquella casa en que se me acogía como a un hijo, y en la que había encontrado todo lo que necesitaba mi morada interior, en la que el estudio y la soledad, a mil kilómetros de mi familia, proyectaban la sombra de una tristeza que podía serme fatal, pues los niños y profesores no bastaban para satisfacer necesidades del instinto social, que después de los veinte años reclaman sus derechos.

Mis visitas fueron quincenales; luego semanales, por último los jueves, sábados y domingos, merced a los agasajos que prodigaban al porteño y porque… la pianista, sagaz, como toda mujer para penetrar en los deseos íntimos de un joven, cuando por él ha comenzado la simpatía, me halagaba presentándome platos nuevos de su inagotable repertorio, sin preferencia de autores ni de escuelas, ventaja sobre Pablo Berutti, inclinado a los clásicos. De esta manera, la novia completaba mi educación musical a través de la vasta producción española, francesa e italiana, antigua y moderna, pues tenía el don privilegiado de tocar a primera vista la mayor parte de las óperas que le obsequiaba con una dedicatoria admirativa: “Aída”, “La Gioconda”, “La Forza del Destino”, “Fausto”, “Orfeo”, “Norma”, “Barbero de Sevilla”, “Cavalleria Rusticana”... Wagner vino cuando ya éramos casados. De un carácter incompatible con la espera, el noviazgo duró siete meses: contraje matrimonio el 8 de julio de 1891 y el 25 de mayo de 1892 nacía el primero de mis siete hijos. Dentro del hogar, me sentí fortalecido, sin preocupaciones, feliz y, por consiguiente, en condiciones de apreciar mejor el fruto de mi consagración al trabajo. Mis actividades encontraban la comprensión del equilibrio y las alternativas de la variedad, camino que exige la fatiga para no ser víctima del pesimismo, del que los halagos del hogar me ha librado, pues por la persistencia con que eran castigados mis padres, yo era un candidato a la misantropía, que los tarados traducen en odio a los semejantes y gestos de rebeldía contra todo lo que alumbra.

III

El matrimonio me introdujo en el ambiente social y político de la provincia de San Juan, constituido entonces por un grupo de familias tradicionales, de costumbres severas y de una cultura exquisita, en las que abundaba el tipo del español noble e inteligente. Las reuniones eran frecuentes como los festivales, en los que mi novia y yo tomábamos parte, ella elemento obligado; con Delia Godoy y Evangelina Flores, eran las tres niñas que acreditaban el San Juan musical, donde nacieron los dos Berutti.

Pablo me presentó un día al coronel Godoy y me afilió a la Unión Cívica Nacional que llevó a la gobernación a Domingo Morón; yo fui diputado a los 22 años. El doctor Orma, inspector general de enseñanza, que anduvo entonces en San Juan, creyó descubrir en mí, instintos políticos.

—Dentro de cuatro años, va usted al Congreso —me dijo.

—Se equivoca; mis tendencias son otras.

Como es lógico suponer, desde el banco estudiantil había simpatizado con la propaganda periodística en contra del juarizmo; los discursos de Francisco Barroetaveña y Emilio Gouchón, a la juventud de Buenos Aires, me habían seducido; el de Aristóbulo del Valle sobre las emisiones clandestinas, lo había leído con pasión y al estallar la revolución estaba con ella, con toda el alma, si bien el gobierno de San Juan estaba en manos de un hombre íntegro por quien tenía gran aprecio, el doctor Alejandro Albarracín.

Leandro N. Alem, desafiando los peligros para volver a esa honradez del tiempo de Mitre, que la juventud anhelaba, se imponía heroicamente en mi conciencia. Un día fué a San Juan y con estupor vi, sentados al banquete con que lo obsequiaban en el Hotel de las Provincias, a todos los que la Unión Cívica había combatido, juariztas calificados, en cuyas manos estuvo la provincia antes del noventa; quienes habían agasajado en la misma forma que a Alem, a Marcos Juárez, cuando sonaba su candidatura para la presidencia.

—¡Caramba! —exclamé—: esta alianza es un contrasentido. Ya ve, doctor Orma, que no entiendo la política.

Preguntar por qué existe el mal, es lo mismo que preguntar por qué existe la imperfección en la conciencia de los hombres. ¿Qué fuerza guía los actos? Es una pregunta que no he podido contestarme. ¿La creación necesita de la versatilidad? ¿Consentir este tráfico con la inmoralidad política? Me pareció sorprender en el obstinado silencio del fogoso tribuno que ocupaba la cabecera, sentado a desgano, un pensamiento de disgusto. Pero... Alem no estaba con quienes debía estar.

La política hay que juzgarla a través de los actos y no de los partidos. Nosotros nunca tuvimos programas concretos, después de la reorganización nacional.

Los jefes temieron con sus declaraciones restar electores. Pero, aun así, la letra será siempre una ficción, mientras haya intereses económicos en juego.

Los hombres sólo se concilian en las abstracciones, donde la visión es confusa. De ahí que en el momento de actuar, mi conciencia tropezara con la conducta de mis correligionarios, contraria al concepto de la moral que los libros y mis catedráticos forjaron en mi espíritu, que por otra parte, es el que todos pretenden tener, pero que no concuerda con sus procederes.

Este conflicto, a una edad en que no se tienen compromisos ni consigo mismo, puesto que no tenía una vara de tierra que defender, debía forzosamente excluirme del sistema que no ofrece más variantes que la sustitución de nombres con los que combatimos en el Parque, en nombre precisamente de esa moral, que creímos hollada por Juárez Celman y sus corifeos.

Tal vez se reduzca mi órbita a la de un bólido errante; pero tal es la curva que en muchos hombres determina la tranquilidad libre de remordimientos, gobernados por instintos; en el fondo de mi conciencia no se revuelven sino las impulsiones de mis antepasados que nunca se ejercitaron en el pescante de los conductores sino por excepción; fue-

ron por el contrario conducidos, única situación en que germinan y se cumplen los mandamientos de las religiones matrices. Tenía, pues, en mi contra, esa herencia de un sentimiento que no toleraría nunca falsas promesas, la transgresión y el dolo, normas más o menos veladas de una política banderiza y protectora, en desmedro de los otros, de los que no están con nosotros, de los que fiscalizan nuestros actos, y que por consiguiente odiamos; cuando les echamos en cara su deslealtad, subrayan la contradicción entre lo que dijimos y hacemos. Veía bien este propósito deliberado de engañar mediante las grandes mentiras y las grandes palabras, abusando de la ingenuidad de lo que en las democracias se llama pueblo, sinónimo de rebaño, de ignorancia y de pasión explotable.

Yo, doctor Orma, no me he educado sino al margen del derecho; en la historia de las luchas para corregir el despotismo de los hombres. Por eso me siento sin aptitudes para una política que no sea de oposición; pero de ésta ya pruebo sus frutos indigestos, lo cual significa que no seré sino un factor de mí mismo, es decir, un fugaz de la política. Es una actitud contraria a las ambiciones que exigen un batallador recio en pro o en contra, sin más fin que proyectar la propia personalidad.

Pero yo sólo combato en la arena de la sinceridad, donde, si es posible, surgiré. Por eso he de refugiarme en aquel rincón de actividades donde pueda encontrarme con la verdad, y no tenga que negarla, para que me vean.

Colmado de atenciones en el orden intelectual, social y político, sentíame feliz.

Nunca tuve inquietudes (que me parece son las espinas de aquellos en cuyo organismo trabaja el desequilibrio); relacionado con las familias de Sarmiento, Navarro, Videla, Flores, Echegaray, Aubone, Balaguer. Morón, Doncel, Quiroga, Bates, Godoy, Garramuño, Albarracín, Maurín, Aguilar, Moreno, Antequeda, Sánchez, Del Carril, Yanzón, Castañeda, encontraba un cariño cálido y estimulante al que correspondía con una conducta severa. Pero lamento una polémica

con el doctor Benjamín Sánchez, incitado tal vez por aquel espíritu de camorra adquirido en la juventud, cuando se ve el mundo a través de los pequeños éxitos que se nos figuran grandes y aumentan nuestra vanidad. El doctor Benjamín Sánchez, presidente de la Corte y correcto magistrado, se daba el noble esparcimiento de escribir en "La Unión", artículos acerca de la Filosofía de la Historia, siguiendo las teorías de Bossuet, Mir y otros escritores católicos, dando una nota de intelectualidad a aquel ambiente en que solía conferenciar Gómez de Terán, sobre temas al margen de la ciencia, pero dentro de sus doctrinas, no siendo pocas las veces en que se trenzaban de contrapunto, atizados con disimulo por los frailes que allí los había, con sus conventos, dominicos, agustinos y mercedarios, llevando la mejor parte el magistrado, porque sus agresiones llegaban al insulto, terreno que no invadía el director de la escuela de ingenieros. Arremetí con impetuosidad; un día él, otro yo, durante cuatro meses revolvimos una historia que todos sabían, hasta que el doctor Sánchez, impacientado por mi tenacidad, descendió, para reducirme, al terreno personal y obtuvo del obispo, para mí, una especie de excomunión, mediante una pastoral leída un domingo de octubre en la misa mayor de todas las iglesias, lo que me preocupó bastante, pues mi nombre circulaba en boca de las señoras principales de la ciudad, sindicado de ateo y los diarios de Córdoba y de Buenos Aires habían tomado cartas en el asunto.

Estaba, así, arrepentido de aquella camorra periodística que encendía pasiones, simpatías y odios. Pero, por fortuna, la pastoral contenía palabras de condenación para los diarios que admitían en sus columnas artículos heréticos. Estos, celosos de la libertad que les había legado "El Zonda", acometieron con violencia a los que pretendían amordazarlos; sin prensa que lo apoyara, el doctor Sánchez publicó, no ya en "La Unión", de la que había sido desalojado, sino en "El Ciudadano", un artículo explicando su actitud y la de la Iglesia, para sincerarse. Y... así terminó una polémica que jamás renové, bautizado de ateo, sin que el mote me restara amistades dentro de los mismos

sacerdotes, quienes trataban de congraciarse con un enemigo que no sé por qué, tomó tan a pecho aquella disputa, que sin resolver ninguna situación agitó pasiones, nada más que pasiones.

Me eligieron diputado, sin la menor diligencia de mi parte. Fué una sorpresa verme sentado en un sillón de la cámara, dispuesto a renunciar en cualquier momento aquel honor que el partido me discernía contra mi voluntad; por eso me opuse tenazmente a la reelección. ¿Por qué, si tantos suspiraban por aquella función en el cuerpo legislativo?

Tres años bastaron para comprender los entretelones del comité y de las citaciones; la política era una disciplina que no se avenía a mi temperamento. Ávido de libertad, por lo mismo que las necesidades me habían privado de ella, ahora que la tenía en mis manos, profundamente convencido que podía defenderla con el trabajo honesto, no estaba dispuesto a obedecer a mandatos en pugna con mi conciencia. En efecto: tuve mi primera contrariedad, el día que el gobernador citó en su casa a sus correligionarios de la cámara, entre ellos yo, para leernos su proyecto de emisión.

Lego en finanzas, me pareció incorrecto que un gobierno nacido de la revolución, se iniciara con el acto inconstitucional condenado con tanta elocuencia por Aristóbulo del Valle, causa de la crisis del 90.

Pero ninguno de los cuarenta senadores y diputados que asistíamos objetó los artículos; tal vez, pensé, mi manera de apreciar es equivocada.

No me consideré con suficiente autoridad para pedir explicaciones y acaté lo que me pareció más que una información, una orden; de aquella sesión clandestina, salieron las letras de tesorería, que bien garantizadas, la ley sea dicho en honor a la verdad, aplicaba a obras públicas, edificios escolares, canales de regadío, diques: Pero... las letras abrieron las puertas al abuso; se produjo la depreciación, siendo hasta hoy el renglón siniestro de las finanzas de la provincia. Otra votación, que al tomarme de sorpresa sumió mi poca experiencia en hondas re-

flexiones, fué la que mandó cobrar por incobrables, boletas atrasadas de contribución directa por valor de un millón de pesos.

Escrupuloso en mi conciencia y sin intereses particulares que defender, en aquellos debates sin oposición, en donde, a pesar de los argumentos, nunca veía propósitos claros, estuve a punto de renunciar. Pero, ¿quién era para dar un campanazo? ¿Estaba seguro de tener razón? ¿Con qué fundamentos me retiraría de la cámara, del comité, de mis amigos? Opté por concluir mi período y reservar mi voto, negándome a la reelección.

La cámara fué obsecuente conmigo, aprobando dos de mis proyectos, uno reduciendo el interés que cobraba el Montepío, que era exhorbitante; otro autorizando la inversión de diez mil pesos en la compra de harina para socorrer a los habitantes de Valle Fértil, víctimas de la sequía. La crisis debía producirse en el Consejo General de Educación, del que era vocal, en cuyos asuntos intervenía con Antequeda y Jorge Segovia, compartiendo la responsabilidad. Se trataba de la subvención nacional que cobraba indebidamente el Poder Ejecutivo, dándosenos letras de tesorería, depreciadas al emitirse, en sustitución de la moneda nacional o invirtiéndola en pagos extraños a la administración escolar. Después de reclamos insistentes, protestamos de aquellos abusos, cuyas víctimas eran los maestros, presentando por fin nuestras renuncias aceptadas sin mayor trámite.

Durante los cuatro años de mi vocalía, el Consejo realizó una obra fecunda. Introdujimos el trabajo manual bajo la dirección de Mardonio Leiva, a quien mandamos a Corrientes para prepararse bajo la dirección de los profesores suecos; reformamos el plan de estudios, de cuya redacción fui encargado; regularizamos el pago de los sueldos; nombramos al personal más apto para dirigir grados; fundamos varias escuelas; reformamos las fiscales; ...éramos puntuales, sesionando dos veces por semana. Se hacía una inversión escrupulosa de los ciento veinte mil pesos del presupuesto, suma por otra parte fácil de fiscalizar. Me sentí satisfecho de aquella obra leal y evidentemente correcta, de la que Manuel Antequeda era el nervio; los intereses escolares no

podían tener un guardián más celoso y desinteresado. Es lo que hubiera deseado ver en la cámara, cuya conducta me resultaba a través de los discursos y las votaciones, enigmática.

En fin, en la luz plena no llegaba hasta mí, a pesar de inquirir en las comisiones los fundamentos de tal o cual despacho, sobre todo cuando sospechaba intereses particulares de por medio.

Por otra parte, la complejidad de ciertos asuntos, era superior a mi poca experiencia y al conocimiento que tenía de las necesidades de la provincia, cuyos departamentos, sin embargo, había recorrido en su mayor parte. Aquel contacto con los hombres y las cosas, contribuyó poderosamente a mi educación social y política; el país no era solamente una expresión geográfica, su prosperidad dependía de otros valores que hasta entonces no había computado con acierto, atribuyéndoles una probidad que no tenían. Creía que el bien de los demás era la norma de conducta de los que desempeñaban la pesada tarea de los puestos públicos, sin explicarme por qué se anhelaban posiciones en donde era necesario sacrificarse. Tan nobles ideales alimentados por la mentida filosofía de los libros que estudiaba, sufrieron la decepción práctica de la experiencia personal y me enseñaron a desconfiar de la sinceridad de los discursos y plataformas, convenciéndome de que en la mayoría de los hombres, hay dos personas; una íntima, escondida, la real; otra hogareña, pública, de ocasión, la falsa. ¿Cómo conciliarlas? En las actividades de la política republicana y democrática, es difícil encontrar quien no ofrezca estos dos aspectos; los partidos adelantan su oposición prevenidos de esta supuesta dualidad en la que la moral altruista cede el camino al egoísmo. ¿Existe el hombre? Sí; pero solamente circunstancias excepcionales lo elevan, pues la sinceridad, la honradez, la franqueza, el deseo de la felicidad común, son signos negativos de la ola popular, movida fácilmente por engaños y promesas. El que no acepta las cosas como son, grita o se aísla, en una dolorosa impotencia, si no encuentra dentro de sí, energía suficiente para sobreponerse con obras propias.

IV

San Juan, seco, pocas veces nublado, sobre una capa de aluvión profunda, con sus noches de luna maravillosas y sus frondosos viñedos, asoleado durante los inviernos, favorecido por un clima sano y una sociedad tradicionalmente culta, era, entonces, una ciudad donde todo contribuía a satisfacer mi avidez, que tenía preferencias. Tanto me apasionaba la música, como la matemática, la literatura, los problemas pedagógicos y filosóficos, encontrando siempre cómo satisfacerlos en contacto con las cosas, con los hombres, con el libro; organizando los conocimientos mediante una colaboración activa en los diarios de la localidad y en las revistas del país, particularmente "La Educación" de Buenos Aires, fundada por Zubiaur y Vergara. Invité al magisterio; con los alumnos organicé un centro cultural, la Sociedad Sarmiento, que sesionaba los domingos, a los efectos de que en él leyeran composiciones los socios y dieran conferencias. En él expuse durante los meses de julio, agosto y setiembre de 1893, la doctrina de Comte.

Era muy concurrido en los festivales y conmemoraciones; no así, en las tenidas ordinarias; los maestros eran reacios a la producción intelectual, excusaban siempre su inasistencia el día que les tocaba presentar trabajo. La falta de voluntad y de esfuerzo, era más común de lo que suponía. Soñaba en una floración hermosa de ideas y de anhelos, pero se imponía la realidad de una quietud paciente y conservadora. El joven ve reflejada en los demás su personalidad, de ahí que, víctima del miraje, les atribuya entusiasmos, iniciativas, creencias, voluntades, que no tienen, para caer en el desaliento de los desengañados.

Felizmente para mí, fué una experiencia saludable. Advertí que las cooperativas intelectuales son eficaces con un fin determinado y dentro de un núcleo limitado de hombres. Lo demás es cátedra activa de los que enseñan y masa amorfa de los que escuchan, se divierten, critican y a veces aprenden. La quimera de que hablaba con terror D'Annunzio en el palacio de los Dogues de Venecia.

La Sociedad Franklin, fundada por Sarmiento, me elijió presidente en 1892. La constituían los nombres más destacados de la localidad. No obstante la estrechez del local, di colocación en sus salones a los libros y cuadros donados por Sarmiento, que yacían, desde el 88, en diez o doce cajones, en el Departamento de Policía, porque según supe después, una congregación hacía diligencias secretas para que no se entregaran a la lectura obras contrarias al credo católico, como eran todas las del autor de "Conflictos y Armonías".

Lo cierto es que, la mayor parte de ellas, en inglés muchas, se ocupaban de derecho, de filosofía, de historia, particularmente de antropología, evolución, razas, darwinismo, que habían servido a su última producción, muchas con dedicatoria y rubricadas. Cometí la imprudencia de colocar en la pared más visible, el célebre cuadro de Galileo adjurando su teoría ante los demonios; de las mismas proporciones que el que exhibía hasta hace poco el hotel Galileo, frente a la Facultad de Ingeniería de Buenos Aires.

Dos meses después de aquel sacrilegio, un incendio devoraba la Biblioteca, sin que pudieran salvarse sino los mil volúmenes que la comisión había adquirido ese año.

Profundamente mortificado por aquel suceso, me consagré con toda mi voluntad a rehacerla. Felizmente la población, los gobiernos, las provincias, prestaron su concurso ilimitado. Pronto reunimos más de ocho mil volúmenes y más de treinta mil pesos, pues el diputado Dalmiro Balaguer, obtuvo del Congreso una subvención de veinte mil, con la que se adquirió el local que actualmente ocupa, situado a una cuadra de la plaza principal, en la calle General Acha, amplio y cómodo. Las subscripciones, donaciones, conciertos y beneficios, habían realizado el milagro del ave Fénix.

La Sociedad premió mis esfuerzos con un diploma honorario, pero yo conservé un extraño terror al fuego; una de mis precauciones fué, al ocupar puestos de responsabilidad, la vigilancia directa de los lugares y de las personas imprudentes o de intenciones dudosas.

V

El éxito de las clases de Museo Escolar, había traducido en espontaneidad y entusiasmo, la salvaje indisciplina de los alumnos, entregados desde el primer grado al sexto, a cuidar, como un depósito de oro, su cajón de cosas. Completamos con excursiones dominicales, primeramente a las bodegas, luego a las montañas y valles, con los alumnos de 4.º, 5.º y 6.º grados, quienes procuraban siempre un buen caballo a su maestro y compañero, para recorrer las seis, siete y ocho leguas al Albardón, a la Laja, al Zonda, a las minas de azufre, al dique, a Villicum, a las Chimbas, corriendo a veces el peligro de que el río nos arrastrase. Después de almorzar con pan, carnes frías, frutas secas, queso y empanadas, comenzaba la búsqueda de plantas y piedras, para mí nuevas, cargando cada cual una alforja de minerales y ramillas.

No fué poco mi asombro cuando el niño Uliarte me trajo la primera vez, una piedrita negra incrustada de cubitos amarillos, confundiendo el sulfuro de hierro con oro. Pero entre los alumnos, había quien era experto conocedor de aquellas novedades, sirviéndonos de catedrático.

Con la luz, el oxígeno y los paisajes imponentes de las sierras, las quebradas y los valles, volvíamos alegres por los callejones y alamedas de las fincas, dispuestos a reanudar el paseo geográfico rico en impresiones y saludable al espíritu, no menos que al cuerpo.

Los padres veían con halago, aquella escuela al aire libre, que libraba a sus hijos de compañías malsanas, a la edad más propensa a la corrupción. Yo vi en aquellas excursiones llenas de movimiento, una descarga oportuna de la motricidad que tanto indisciplinaba los grados, durante las horas escolares; ávidos de naturaleza y de acción, tratando de realizarlas con frecuencia, sin encontrar maestros que las secundaran, amarrados al aula, soportando el desorden, tan violento para mí, indiferentes y resignados sin arbitrar un medio para conjurar la situación.

En él fermentaban pasiones e incompatibilidades de carácter y de raza, que se resolvían en formidables peleas o desafíos a trompada lim-

pia, a cinco o seis cuadras de la escuela, llegando al otro día el comentario y la consiguiente investigación para penitenciar a los culpables.

En la revuelta, siempre andaban metidos los Echezarreta y los Keller, vascos y alemanes. El padre, un bilbaíno fortacho, dábame un consejo que entonces le oía con indignación: déjelos, los niños deben pelear para hacerse hombres, la defensa y el valor también se aprenden. Yo le digo a mis hijos que no se dejen atropellar. ¿Qué tiene que ver la escuela con lo que sucede en la calle?

Entonces, la teoría no llegaba a convencerme, combatiendo por todos los medios posibles, esta necesidad que los niños al llegar a los 11 ó 12 años, tenían de empavonarse un ojo y defender la dignidad a moquetes. Más tarde la investigación explicaría estos sobrantes de motricidad, coincidentes con el período sexual y belicoso.

Alrededor de lo que los alumnos recogían para el Museo, se resolvían las clases de historia natural, composición, etc., etc.

Dalmiro Balaguer, director de “La Libertad”, en la que yo escribía semanalmente artículos acerca de los estudios que realizaba en los libros de antropología y sociología, como para organizar los conocimientos y darles colocación en mi sistema mental, adjudicóme un día la sección teatral con un palco y sus entradas. No fué poca para mi aquella remuneración que me permitía robustecer la lectura de Shakespeare, Víctor Hugo, Alejandro Dumas, Calderón, Molière, con la representación de dramas y comedias, por compañías discretas. El repertorio era variado y las funciones no se repetían. Todos los años teníamos una temporada de zarzuela y otra de opereta. Zucchi y Otonello, con orquesta y artistas pasables nos visitaban puntualmente los inviernos, sabiéndonos de memoria Doña Juanita, Bocaccio, Era Diávolo, La Mascota, Los Mosqueteros en el Convento.

Pero la cultura teatral no me producía la emoción íntima de la lectura; el drama no embellecía como mi imaginación: veía la escena y los personajes de otra manera. Comenzó aquella exigencia que debía sobreponer el libro a la visión directa. Félix Carrié, mi

colega en la Cámara, con quien departíamos a menudo sobre literatura, díjome un día:

—¿No ha leído usted, en Tribuna, los artículos de Des Esseintes?

—No, —le respondí—. ¿Quién es?

—Lo ignoro; pero alguien piensa que el pseudónimo es de Cristian Roeber.

Acostumbrado a la novela de Zola, que más que de entretención me servía de estudio y a las de Alfonso Daudet, en las que encontraba un solaz mi espíritu; aquel castellano rico, joven, vistoso, lleno de imágenes brillantes, fácil y sin artificios, que en unos me parecía rebuscado y vacío y cansado en otros, me produjo honda impresión; pero no era Roeber, era Rubén Darío.

Desde entonces, fui un lector asiduo de este renovador del lenguaje figurado, que tenía la incomparable virtud de pintar y me lancé tras los simbolistas, parnasianos y decadentes que fulminara poco después Max Nordau en la "Degenerescence" y encumbrara Darío en "Los Raros".

El estilo me arrastró, por fortuna, después de haber digerido burguesmente la novela descriptiva; Amalia, Facundo, Los Rougon, Macquard, Tartarín y otros de estructura análoga.

Tenté imitarlo y en la Escuela Normal de Mercedes, fui un leal propagandista del autor de "Prosas Profanas"; fui el primero que hizo el elogio de "Las Montañas del Oro", difundió a Amado Nervo, Asunción Silva, Eugenio de Castro, leyendo con extrema unción a D'Annunzio y a Huysmann. Mi gusto literario sufría un cambio fundamental, traduciéndose en composiciones como "La Danza Roja", "La Aurora" y un discurso acerca de la música, que mejoraron mis aptitudes literarias; pero muy lejos de ser espontáneos, porque tan naturalista en el campo de la pedagogía, era un incorregible libresco en el del arte.

Pero "Los Raros" comenzaron a educar mis sentidos en la exploración del mundo interior, cuyos paisajes habían escapado hasta en-

tonces a mi curiosidad y análisis, considerándolos una reproducción a veces incompleta y borrosa de los que contemplara con tanta emoción bajo el firmamento y la luz solar. La música me conmovía, pero solamente a los veintiocho años, conocí el por qué de su fuerza estética, al comprender el fenómeno extraordinario de la evocación, que es el secreto del arte.

En Mallarmé comprendí lo que era estilo condensado y valores de la palabra, la inutilidad de decirlo todo, la importancia de encontrar la frase que un estudio a fondo de la psicología aclararía a través de las correspondencias y asociaciones. Indudablemente era una literatura para personas inteligentes; para estos escribían Darío y D'Annunzio.

Pero mi producción seria, mientras estuve en San Juan, era la que nacía de mi investigación escolar, "Museos Escolares" y "La Escuela Moderna", editados en Buenos Aires, sin poder corregir las pruebas, ofrecían fallas de redacción que me apenaban. Creí que correspondía al impresor una tarea que era del autor. Pero de su contenido nunca me arrepentí. Lo que esbozó entonces, fué el programa de mi pensamiento.

Un año después de su aparición, no me quedaban sino cincuenta ejemplares; había reembolsado los gastos con un excedente de setecientos pesos que consideré una fortuna, para hacerme propietario en Desamparados de un fundo que enajené después, perdiendo parte del dinero invertido. Era una lección sobre finanzas, útil, que recibía. Hay quienes detestan ser dueños de un terreno o de una casa. En ellos advertí siempre, sentimientos rebeldes o tendencias al juego o la estafa. Es verdad que el pequeño propietario es, en la Argentina, víctima de la persecución en forma de gravámenes, pero yo traía arraigado ese viejo espíritu italiano que alimentaba el deseo de la posesión de una casa y una huerta donde vivir, aunque tuviera que arrendársela al gobierno en contribuciones. De ahí el afán de invertir mis ganancias sin reflexionar sobre el valor de lo que adquiría.

Mientras pensaba un día en mí mujer y en mis dos hijos, Víctor y Alda, en lo exiguas que eran mis entradas para satisfacer necesidades

que habían crecido. sin dar con el medio que cambiara la situación, recibí un telegrama del subsecretario del ministerio ofreciéndome la dirección de la Escuela Normal de Mercedes y dos cátedras.

Estallamos de júbilo. Deseaba volver a la provincia de Buenos Aires, que no había visto desde hacía cuatro años, y estar cerca de los míos.

Contesté aceptando, sin averiguar las condiciones en que me entregarían aquel establecimiento que en seis años había tenido tres directores. Dos días después, partía para Buenos Aires.

Dejé San Juan, la ciudad de mis orientaciones, donde completara mi cultura, y tuviera en sus familias tradicionales las amistades más firmes, con tristeza; pero el ofrecimiento definía mi carrera.

Estaba dispuesto a consagrarme por completo a la enseñanza y a realizarme dentro de ella. San Juan era, para mis aspiraciones, un campo reducido, máxime cuando por temperamento, había abandonado la política activa que, a lo sumo, después de algunos años, apretado por una lucha de compromisos y de odios, me hubiera llevado a un ministerio, como ocurrió con Antequeda y a una diputación nacional, como premio a cualquier servicio, acribillado por los descontentos, aspirantes comúnmente mediocres y al margen de una componenda.

En julio de 1894 me instalaba con mi pequeña familia en Mercedes, frente mismo a la Escuela Normal, bien acogido por los tres diarios, especialmente “El Orden”, dirigido por el doctor Ojea, quien no ignoraba mi actuación en la provincia andina y me tenía por mitrista, filiación exacta pero teórica.

CAPÍTULO V

"¡Qué error es pensar que todo lo debe uno a sí mismo! El hombre solo, sea cual fuere la voluntad que nos atribuyamos, es un mundo perdido en el espacio. Está como el planeta a los planetas, ligado a sus semejantes; de ellos fluye su devenir, si el amor es suficientemente vivo para determinar un impulso".

V. Mercante.

I

Así como en mi espíritu se grabaron los días luminosos y primaverales de la infancia, en mi corazón hubo siempre un eco angustioso del sufrimiento de mis padres, particularmente de mi madre, que naciera con derechos a una vida menos dolorosa. No fué poca mi satisfacción cuando mi hermano Alejandro, que había obtenido el título de profesor en la Escuela Normal de Buenos Aires, pudo, con dos cátedras, tenerlos a su lado y dulcificar los últimos años de su vida, si bien había llegado la hora de la insensibilidad a la mayor parte de las cosas.

El matrimonio de mis hermanas, la mayor con José Carnevale, la menor, Adelaida, con Miguel C. Lanús, apenas había mejorado aquella situación moral, en la que indudablemente trabajaban los recuerdos de la familia del otro lado del Atlántico, de la que nos llegaba el eco de un olvido inevitable. Traté de restablecer la vinculación, pero sin éxito. Unos habían muerto, otros emigrado, otros... eran difíciles.

Nicolás Lombardi, había partido para América, pero renunciamos a buscarle. Desligados de la madre patria nos consagramos a formar el

nuevo hogar, el hogar argentino, como si nuestro nombre viniera por primera vez al mundo; con el firme propósito de dignificarlo y trasmitirlo a los hijos y nietos, moral y socialmente limpio, para que ellos, a su vez, se encargaran con su talento y sus virtudes de prestigiarlo, a fin de que la inexorable sombra del olvido no se encargara de probar que nuestra vida había sido inútil. Mi pasión por el trabajo, la indagación y el estudio, era extraordinaria, pero carecía de ambiciones; aspiraba a realizar algo, no a escalar puestos. De ahí que nunca fuera en busca de los hombres con propósitos ocultos y me mantuviera alejado de las figuras políticas, capacitadas de remunerar la adulación con prebendas. Estaba satisfecho con mi cargo de director; pensaba realizar un programa sin deseos de abandonar aquel pueblo en que había hecho sus primeras armas Ameghino, tan simpático por sus hombres, por su sol, el verde de los campos, la cicuta, la viznaga y los cardos de sus zanjones, y la proximidad de Buenos Aires cuyos teatros líricos me eran así accesibles.

Tuve mi primer encuentro en el hotel en que me alojaba. Cerca de mi mesa, departían animadamente, sobre temas de medicina, dos personas jóvenes, de 27 años una, otra de 23, sin percatarse de quién podía escucharlos. La conversación versó después sobre la escuela normal y por supuesto, sobre el nuevo director, acerca del cual aventuraron opiniones y conjeturas tan imaginarias que a duras penas contuve la risa. Poco esfuerzo me costó advertir que uno y otro, eran profesores como yo, recientes; el primero de historia; el segundo de dibujo y además secretario. A los postres, giró éste sus ojos a la izquierda y al verme, en una síntesis rápida de caracteres, acompañada de una inducción eficaz, descubrió sorprendido al director.

—Vea —dijo en voz baja a su interlocutor—: ése debe ser el director.

—¿Sí, che? ¿Y cómo sabe?

—Debe ser; voy a presentarme. Señor, perdone que lo interrumpa; ¿usted es el director de la escuela normal?

—Sí, y usted, ¿el secretario Rodolfo Senet?

—El mismo.

Un apretón de manos selló aquella relación, que debía convertirse en amistad y cooperación durante cuarenta años. —¿Es usted, Miguel Z. O'Farrell, profesor de historia?

Desde aquel día, los tres fuimos comensales de la misma mesa y cuando tuvimos, cada uno, nuestra casa, compañeros leales y sinceros.

Mi secretario, soltero, inteligente, noble, de una brillante imaginación y una gran memoria, no me dejaba un segundo; se me había pegado como hijo; tenía el extraordinario don de entretenerme recitando su maravilloso bagaje poético, que comenzaba con Gonzalo de Berceo y concluía con Andrade, imitando a artistas de zarzuelas, catedráticos, tipos, en fin, de quienes ponía en evidencia la parte ridícula y caricaturesca que todos llevamos en nuestra palabra y nuestros gestos, sin otro propósito que el de hacer reír a sus contertulios.

Yo estaba enfermo de risa, una risa que hasta llegó a comprometer la seriedad de mis funciones; tuve que ordenarle que me dejara solo, no bien entraran a mi despacho visitas, porque había concluido por no descubrir sino aspectos cómicos en las canas de las personas solemnes o en las perífrasis de los que venían a pedir algo. Pero yo no podía estar sin él; él sin mí.

Había descubierto una pasta sin ambiciones, sensible a las ideas, predispuesto a la admiración, interesado por las cosas, en la que no había más que abrir surcos e iniciar disciplinas, pues evidentemente Senet, no había recibido en la escuela normal que lo educara, ninguna orientación fecunda. Conservaba un vivo recuerdo de lo que podríamos llamar acción estéril de los profesores, de sus dichos, de su ignorancia, de sus medidas chocantes, de sus debilidades, de sus ausencias, de sus enseñanzas frecuentemente sin plan, sin unidad, sin sistema, sin una moral de aproximación, sin una filosofía que abriera el espíritu a los grandes horizontes que necesitaba para no ver el mundo pequeño.

Después de solazarnos con el cuento o la recitación de media página de “El Quijote”, iniciábamos una conversación seria y continua que duró más de cuatro años, acerca de la evolución, del positivismo, de la herencia, de la selección, de la sociología, de las corrientes filosóficas, de Darwin, Haeckel, Spencer, Lombroso, Sergi, Morel, Morselli; de las investigaciones que realizara en San Juan, de los nuevos rumbos de la pedagogía...

Las pláticas fueron de un resultado extraordinario en aquel joven ávido de conocimientos, en quien ni la inquietud ni la rebeldía, arrugaran nunca su cara, siempre dulce y sonriente, a veces demasiado predispuesta a la anécdota alegre y a la broma. Hasta entonces no había tropezado sino con maestros pagados de su saber o discípulos sin coeficiente individual; o indiferentes al estudio. Ahora, en un diálogo continuo, ameno, incitante, nos elevábamos sin negarnos nunca, aclarando conceptos y generalizando lo que parecía verdad, hasta llegar a consecuencias que nos asombraban.

Recuerdo, como si fuera este mismo momento, una mañana de octubre, en la que sobre un esquema hablábamos de los caracteres que trasmiten los padres a los hijos, admirados por sugestión recíproca, de la mezcla que se producía y la variadísima proporción que contribuía a fijar las semejanzas físicas, intelectuales, morales, sin asombrarnos de la falta de correspondencia entre ellas; así bien podía resultar un hijo de facciones indígenas con una conducta europea, en el caso de un padre español con una mujer charrúa...

¿Y los abuelos? Convinimos en la necesidad de asignar en nuestro esquema, características que no tenían los padres.

Este trato fraternal que comenzara, en virtud de quién sabe qué afinidades, una hora después de conocernos, me hizo ver que la armonía entre los hombres, es una consecuencia de la capacidad de compenetración, en la que nunca puede haber ideas preconcebidas, convicciones hechas, dogmas y postulados; los verdaderos obstáculos que encuentra el deseo de saber y el sentido de comprensión. Al analizar el

discutidor, advertimos que en el fondo de su espíritu ardía una pasión poco propicia a la cultura y rebelde al conocimiento, desde que la explicación cede su puesto en el coloquio, a la idea fija.

Así, la libertad, muere en manos de sus corifeos, quienes la entienden de un punto de vista personal, sin apercibirse que atentan contra la de los demás, precisamente producida en contra de ella. Es, por eso, que los que sufrieron por ella la cárcel proclamándola a gritos, cuando llegaron a conquistarla no fueron sino déspotas y tiranos. ¿Hasta dónde llega tu derecho?

¿Dónde comienza el mío? Cuando en vez de disputar, explicamos, llegamos irremediablemente a la verdad y a la conciliación.

Así es como nuestras pláticas, durante las horas que nos dejaban libres las ocupaciones, fueron tan fecundas en aquel joven cerebro y en el mío, que necesitaba relacionar, ordenar, organizar los conocimientos, teniendo en vista el problema pedagógico que planteaba la escuela que dirigía y las ideas que digería.

II

El secretario se encargó de presentarme al vice, José Campi, a la regente, Augusta Tiffoiné y a los profesores, cinco del curso normal y siete de la escuela de aplicación.

El ministro Zapata había renovado el personal; del antiguo, quedaban tres colaboradores excelentes: Fernández, profesor de aritmética; Enrique Herstell, de música, geometría y dibujo; Amalia Gallardo, de gramática; autorizado para eliminar al que no sirviera o cuya conducta ofreciera intersticios sospechosos.

¿Qué había pasado? Chismes, cuentos, anónimos, enredo de polleras, la política de los ases de la localidad, que pugnaban por disponer de las cátedras y servirlas a los paniaguados del comité y una dirección dudosa que no tenía por el puesto el respeto de Antequeda y lo abandonaba a menudo con escapadas a Buenos Aires. En el lío de las intriguillas, andaba metido un médico español, quien, por los hijos, había convertido la escuela en un infierno, atacada por los diarios de la

localidad, enconados desde la destitución de que había sido víctima el doctor Carlos N. Vergara, su fundador.

Por las aulas se paseaba la desconfianza y el miedo, estados de ánimo propicios a un período de calma y orientación. Sólo funcionaban el primer año y tercero, con 23 alumnos y el departamento de aplicación con 160 inscriptos, en parte varones, en parte mujeres, pues la escuela era mixta. No cometí el error de reunir al personal para dar conferencias inútiles acerca de la concordia, de la disciplina, de los métodos y del programa que pretendía realizar. Pero me consagré a observarles uno por uno, a descubrir la capacidad desde el último banco del aula, a calcular mediante la conversación el grado de rutina de su criterio y la disposición para los cambios y para el trabajo.

Inmediatamente advertí, en unos, materia plástica y maleable; en otros, materia incoercible y dura.

La escuela que yo soñaba, no podía hacerse en un día. Era necesario formar los elementos en la propia escuela y con ellos sustituir los que se eliminarían, poco a poco, por razón de las circunstancias. Me declaré colaborador de todos y al predicar el estímulo, insinuaba las reformas, corregía los defectos, insistía en las prácticas fundamentales destinadas a prestigiar la institución. El horario era alterno y la mayor parte de los profesores, de Mercedes.

Yo llegaba siempre antes del toque de campana, vigilaba la entrada, los patios, las formaciones; salía cuando no quedaban sino los porteros. Esta conducta sin amonestaciones, muda, disciplinada, constante, fué creando una familia en la que reinaba la cultura en el trato, el sentimiento de la obligación en la tarea, el respeto en el ejercicio, sin celos ni rivalidades.

El vice y la regente, colaboradores de la obra, la habían comprendido desde el primer día. Los acontecimientos habían desvinculado la escuela de la población.

Creí siempre, que ninguna institución es duradera, ni su función es cultural, si no cuenta con la simpatía de los hogares a cuya elevación

toda escuela debe contribuir, pues los hijos entregan al comentario de los padres y parientes, la lección que reciben de los maestros. Uno de mis primeros actos fué organizar, con elementos de la escuela y de la localidad, veladas semanales, todos los sábados de 8 a 11, con un programa que comprendía dos coros, una conferencia, declamaciones, cantos, números de piano y una clase, a fin de que se conocieran los métodos de enseñanza, pues no ignoraba que objeto de una mala crítica, fueron la causa de la separación de mi antecesor Carlos N. Vergara y un grupo selecto de profesores, entre ellos Pedro Leites, Pedro Caracoche, Álvarez Conde y Marcelino Martínez.

El éxito de aquella extensión cultural fué extraordinario, por el concurso y la concurrencia. La población se volcaba entera en el salón de actos, ansiosa de oír y de ver. Ninguno de los profesores negó nunca su participación y ninguna de las personas solicitadas para conferenciar, dejaron de secundarme. Ocuparon la tribuna, sucesivamente, los doctores O'Farrell, Borra, Míguez, Bares, Krenscek, Campi. Senet era un cooperador extraordinario en la declamación y el monólogo, mi mujer y Delia Godoy en el piano, la señora de Mulle y las señoritas Alday y Siri, en el canto. Hasta hoy leo con unción las crónicas de entonces, reproduciendo con placer mi discurso inaugural.

Disipada la atmósfera de duda que ahogaba la escuela, la demanda de asientos en 1895 fué tal, que la inscripción se cubrió el primer día, entre número igual de niñas y niños, inaugurando los tres años con 62 inscriptos, algunos de Chivilcoy, Chacabuco, Luján, La Plata, Merlo, Junín.

Mi cariñoso vice, entusiasmado, consagraba largas horas de estudio a su cátedra de Historia Argentina y Geografía, con el semblante rebosando de alegría y dispuesto a no meterse más en la política, que lo había tenido a mal traer en San Luis.

Estamos haciendo una escuela, decía, que hará marcar el paso. Menos preocupado de los libros y la cultura general que yo, era asiduo concurrente al Club Social, del que fué vocal y vice, vinculando a su

modo la escuela al concepto público, tarea que yo no podía realizar. Recibí de él, lo confieso con orgullo, más de una vez, consejos útiles. Había conseguido en un año encender en el personal el entusiasmo por la enseñanza, la armonía, la cooperación; convertir la escuela en un hogar dulce y cálido, resultado difícil en nuestras instituciones didácticas, malogradas por la indiferencia, la rivalidad, la intriga y la resistencia a cumplir honradamente con las obligaciones. Pero me multiplicaba, no decía "hay que hacer", hacía... Bosquejos, planes, esquemas, figuras, programas; estaba junto al maestro para guiarlo, para secundarlo, para ilustrarlo, tomando la tiza y el puntero durante una semana si era necesario, sin que nadie soñara en resentirse por aquella intervención en la que encontraba enseñanza y estímulo. Al profesor que justificaba su inasistencia por enfermedad u otra circunstancia atendible, se le sustituía por uno de sus compañeros sin cobrarle sus sueldos. Campi, Senet y yo, nos hacíamos cargo de las cátedras y entregábamos, al cobrar, los emolumentos al titular. Sustituí a la señorita Augusta Tiffoiné, afectada de un ántrax, durante tres meses en su cátedra del curso normal y otro tanto hizo el vice en la regencia. Esta conducta debía crear sentimientos que moralmente engrandecían el establecimiento.

Es de suponer mi cuidado al proponer catedráticos y maestros, para no malograr los frutos de una labor larga y paciente, pues tuve la fortuna de que los ministros, desde el doctor Zapata hasta el doctor González, respetaran mis candidatos, robusteciendo así mi autoridad.

La política intentó desde el primer año ejercer su influencia. El doctor Daniel J. Dónovan pidióme la cátedra de Historia para un juez, a quien yo no conocía; hube de negársela, enfriándose desde entonces nuestras relaciones. Pero yo amaba una escuela que consideraba mía, temiendo la lucha con elementos accidentales. Sin embargo, un amigo en el magisterio, sabiendo que necesitaba un profesor para las cátedras de Física y Matemáticas, de las que era tan celoso, me recomendó, a los efectos de librar al colegio de que fuera rector de un mal elemento,

como muy bueno, el que resultó más que incapaz, una rémora para la marcha de la escuela, por su carácter atrabiliario y vengativo; experimentaba el gozo de hacer sufrir. Dibujaba con fruición los ceros y se encantaba en marcar con ellos al buen alumno. Sin más recursos que el sueldo, varios profesores, de acuerdo con la costumbre del establecimiento, atendieron seis meses su cátedra sin recibir emolumentos por aquel servicio que él no supo reconocer, ni siquiera con la tarjeta del agradecido. La escuela tuvo que soportarlo doce años. Era mejor recurso llenar las vacantes con elementos formados en la misma escuela, eligiendo los que se habían distinguido por su inteligencia, su estudio y su conducta: la norma no me fué traidora.

Excluí los mediocres, porque estaba seguro de encontrar entre ellos los enemigos de la obra. Había observado que la perversidad, el odio, las pasiones bajas, anidaban siempre en los incapaces que se defendían con el disimulo y la humildad. El ataque y la calumnia, nos vino siempre del alumno pobre de espíritu, incapaz de sonreír cuando los demás sonríen, pero lleno de argucias para inocular el veneno destinado a hacer sufrir a las víctimas que escoge, que son todas las que realizan con su propio esfuerzo un acto noble, una obra buena.

Tuve cooperadores, pocas veces contendores, porque me rodié de maestros jóvenes, inteligentes, preparados, laboriosos y extraños a la queja.

Al incorporarse a la escuela, se incorporaban a mi obra. Sabían que le consagraba catorce horas al día, y que debían amar lo que yo amaba.

III

Después de la experiencia realizada durante cinco años en San Juan, dos prácticas me parecieron tan absurdas como mortificantes, la del examen y la de la exposición, tanto más cuanto que los maestros eran, por lo común, inhábiles para las dos. La del examen, que consiste en averiguar lo que se ha aprendido de la exposición oral o del texto;

la de la exposición, que consiste en dar una conferencia más o menos extensa sobre el tema, interrumpida por preguntas intempestivas. Una y otra "formas fáciles", porque no exigen dispositivos especiales, y difíciles de extirpar por lo cómodas. Al exigir un gran esfuerzo a la memoria verbal, están al margen de la comprensión del conocimiento y de las formas activas, produciendo la falta de novedad y de arte, una irremediable desatención que se traduce en hastío, y por último en indisciplina, que no es sino exigencia de actividad colectiva.

Es el método individual en su caso pasivo; en el otro empleado con una multitud sin intereses comunes. Es increíble cómo los maestros no se avergüenzan de exteriorizar de esta manera su pereza. Alguien ha llamado a esta falta de honradez profesional, "escuela clásica, para justificar una "Ecolle Nouvelle". No; no ha existido sino una escuela con buenos y malos maestros; con apóstoles y sin apóstoles. Podrá haber nuevos fines, pero no nuevas formas. No puede ser clásico el maestro que entra a clase, se quita los guantes, deja el bastón y pregunta: "¿Qué tenemos para hoy?", o pierde tiempo en pasar lista, leer clasificaciones, dictar enunciados de problemas, o hacer copiar del libro.

Son prácticas a las que no hay que oponer orientaciones, sino dignidad.

La palabra nuevo, justifica todo; da razón de ser a lo malo y excluye lo bueno realizado. La palabra perfeccionamiento, por el contrario, excluye lo malo y continúa lo bueno realizado. ¿Una "Ecolle Nouvelle"? No; no ha existido sino una escuela con buenos y malos maestros; con apóstoles y sin apóstoles.

La necesidad del niño a hacer era tan voraz, su actividad tan viva para el trabajo, que todas las asignaturas fueron convirtiéndose en ejercicio y problemas, desde el primer grado al sexto, desde la escritura al idioma.

La escuela se convirtió en un taller y un laboratorio, sin faltar el museo como primer centro de interés, destinado, con las excursiones, a mantener el contacto con la naturaleza que suministraba los motivos

para la composición, el dibujo, la geografía, la botánica, la geometría, la aritmética, el material para elaborar el pensamiento y desarrollar las aptitudes, que era nuestra finalidad educativa. Teníamos muchos libros, pero para auxiliar con ellos la labor que realizaba el niño, y guiar a menudo la del profesor. Teníamos mucha pizarra, mucha tiza, muchas colecciones con las que el alumno se ejercitaba sin que el maestro estuviera al margen de las explicaciones, cuando un aprendizaje las exigía; cortas, ilustradas, claras, eficaces, preparatorias de lo que realizaría inmediatamente el educando. *"Hágalo hacer"* era la frase corriente.

La maestra de primer grado, siempre dispuso de un material abundante y variado, que renovaba para mantener en ejercitación continua los ojos, los oídos, la inteligencia y las manos de los 35 niños que se le habían confiado, con ellos siempre maternal y sonriente.

¡Qué maravillosas combinaciones de pastas, colores y palillos hacían sobre los pupitres en las clases de lectura y aritmética! Excúsome entrar en detalles que exigirían más de un volumen. Pero desde el tercer grado advertimos a menudo repeticiones inútiles y la posibilidad de aprovechar mejor la fermentación activa de los niños, mediante una ordenación por pasos y por dificultades de la ejercitación y del trabajo que evitaría el esfuerzo estéril de los saltos y zig-zags y la fatiga, funesta al interés.

De ahí nació un concepto nuevo del texto escolar; el libro de ejercicios, el libro de problemas, el libro de cuestionarios que entrelazaría los asuntos hasta constituir un todo orgánico, sin vacíos, fecundo para el cultivo, desarrollo y nutrición de la inteligencia. Miramos a nuestro redor y nada encontramos que satisfaciera nuestros propósitos; nada que incitara a la observación; que ayudara a meditar; que guiara el esfuerzo para realizarse. No nos llegaban sino compendios que habíamos excluido de la enseñanza desde el primer año, puesto que su defecto fundamental era, precisamente, callar a título de síntesis lo que debía aprenderse.

Entonces emprendimos la azarosa tarea de redactar un programa analítico de problemas y cuestiones asignándoles días, meses y formas didácticas. De acuerdo con su espíritu, escribimos el libro de asuntos sobre los cuales habría de ejercitarse el alumno, experimentando, observando, dibujando, meditando y escribiendo en sus cuadernos. Ninguno de los maestros ya hechos a esta pedagogía, dentro de la que realizaban su práctica los alumnos del curso normal, fué indiferente y los resultados fueron realmente extraordinarios después de 1900, especialmente en Ciencias Naturales, Matemáticas y Composición, a tal punto que los niños de 4.º grado pasaban a 2.º año del Colegio Nacional, con disgusto nuestro, porque deseábamos que se completaran con el 5.º y 6.º sin violencia. De esta simpatía del docente por la obra didáctica que realizaba, nació otra más vehemente, la del alumno por la escuela, que nunca aplicó los artículos del reglamento para obtener el 96 % de asistencia.

Parcialmente he ejemplificado los procedimientos en la Metodología que publiqué en 1911; de una manera orgánica y completa para la Aritmética, en dos libros, “Psicología de la aptitud matemática del niño” y “Su cultivo y desarrollo”, publicados en 1904 y 1905, con la aspiración, que no pude satisfacer, de hacer lo mismo para las demás asignaturas o grupos de conocimientos, de los que resultaba no una adquisición integral, sino un cultivo y desarrollo integral de la inteligencia clasificada por aptitudes de observar, pensar, comparar, crear y hacer, sobre asuntos matemáticos, asuntos geográficos, asuntos biológicos, asuntos históricos, etc.

En 1906, llamado a organizar la sección de estudios pedagógicos de la Universidad Nacional de La Plata, abandoné con pena la escuela después de doce años de esfuerzos fecundos en los que estaban sumados los de todos los profesores; caso no común en el país y en una institución oficial. ¡Cuánto trabajo, cuánto interés, cuánta actividad, cuánta alegría en esos alumnos en los que me sentía circular como una gota de savia!

Todos me lo recordaron, muchos con canas, el día de mi homenaje.

¿Se acuerda usted, me decía Montoya, aquel mes en que todos los domingos íbamos al puente a desenterrar los restos del mastodonte que había encontrado Ruiz?

¿Se acuerda usted, me decía Vázquez, de aquellos jueves de la feria, en que resolvíamos problemas de geometría, con la cinta métrica y el teodolito?

¿Se acuerda usted, me decía Griffero, el tiempo que nos llevó el cálculo de explotación de una chacra de treinta hectáreas, y lo difícil que nos fué ponernos de acuerdo, acerca de los cultivos que más convenía?

¿Se acuerda usted, me decía una señora con cinco hijos, los montones de papel que nos daba para que cortáramos polleras y sacos, y la alegría que nos dió cuando nos trajo cinco máquinas de coser?

¿Se acuerda usted, me decía la de Wyne, de aquellas monografías que escribimos sobre Metodología, el año que nos recibimos y que "La Ley" publicó en folletín?

Y qué bellas eran, contesté; hace poco tuve tres en mis manos, admirado de la corrección y conceptuosidad con que fueron escritas. —¿Y aquellas composiciones que hicimos después de la excursión a Buenos Aires? —Tengo todavía veinte ejemplares del libro en que fueron publicadas. ¡Ah, los recuerdos!…

Durante un cuarto de siglo han llegado a mis oídos los ecos de la labor fecunda realizada por mis alumnos, en los lugares más apartados del país; estoy satisfecho de la experiencia, en la que había sinceridad, entusiasmo y fe.

IV

En 1900 sólo necesitaba un edificio, para presentar la escuela como un modelo de organización, labor y método. Cada uno ocupaba su puesto, según sus aptitudes; había creado la necesidad de la asistencia y de la cooperación, sirviendo a la escuela como al hogar propio,

con la sonrisa en los labios y el sentimiento del deber en el corazón. ¡Oh, con cuánta emoción recuerdo aquel éxito! Sí, mis queridos maestros. Han transcurrido treinta años; algunos habéis muerto, otros encanecido, pero a través de mis ojos casi apagados por la fatiga y los años, os veo jóvenes, activos, vehementes, trasmitiendo con voz cálida la noción que con avidez esperaban los alumnos que preparábais para recibirla; dirigiendo su atención sobre el mapa, la lámina, el esquema, el objeto o la experiencia, como si vuestra palabra y vuestro ademán hubieran adquirido el don mágico de imantar el grado.

Teodora Martínez, hacía prodigios con la tiza de colores, para ilustrar las lecciones de aritmética, lectura y lenguaje de primer grado, trayendo mil cosas para que los practicantes aprendieran el arte de encender el interés y la simpatía en los pequeñuelos de seis años. ¡Cuánta dulzura, cuánta fineza, cuánta sencillez, cuánta elocuencia para dar vida a sus almitas y adaptarlas al ambiente del aula! Todos la tenían por madre. Al cabo del año, leían, escribían, redactaban composiciones, sumaban, restaban, multiplicaban, resolvían problemas, recitaban poesías, cantaban, describían las magníficas figuras policromas dibujadas sobre el pizarrón.

Con qué tranquilidad dirigía Luisa Torello su numerosa prole del segundo, consagrada al trabajo sin intereses extraños que la distrajesen del tema que desarrollaba con tanta fluidez, justa y proporcionada, sin repetir nunca, hábil en el repaso, hábil en la encadenación, hábil en suministrar el conocimiento, realizaba un proceso continuo de suma que en los alumnos se revelaba en una extraordinaria facilidad para exponer, para calcular, para comprender un relato, para resumir una lectura, para resolver problemas de dos o tres combinaciones.

Teresa Piñeyrúa, prototipo de la maestra, ¡qué maravillas realizaba con su tercer grado en aritmética, zoología, composición, lectura, historia, geografía, ortografía!... Eran ella y sus alumnos una lección viviente de Pedagogía. A todos los que dudan del arte de enseñar, quisiera ofrecerles aquel grado animado por su palabra, su voz, su lógica

y sus movimientos enardecidos por una fe en la que el artificio había cedido a la convicción de que formaba un espíritu.

Nunca un gesto destemplado o una mueca airada perturbó la bella serenidad de aquel grupo de niños, pendientes de sus labios, como si ellos fueran sensibilidades de su propia alma. Yo oía extasiado las recitaciones sobre los animales disecados, sobre los cuadros sinópticos, el razonamiento sobre los planteos en el pizarrón, de los problemas con decimales y quebrados; veía, asombrado, la rapidez con que factoreaban, calculaban y reducían a simples las formas complejas. Aquel no era un tercer grado: era... no sé; porque en ningún Colegio Nacional advertí nunca la maravillosa seguridad de aquellos alumnos, cuyo cariño por su maestra llegaba a una asistencia del 98 %.

La señorita Arminda Aires, sin necesidad de la paciencia, había conseguido que sus alumnos nunca dieran excusas, porque nunca faltaban a sus trabajos, encendidos por un ferviente entusiasmo por las materias fundamentales: matemática, historia natural, composición y geografía, en las que había puesto toda su pasión para que los métodos no traicionaran los propósitos de la escuela, como si en ella no hubiera habido más que un solo deseo, una sola comprensión y una sola voluntad.

¿Recuerda usted las conversaciones, sin director, sin solemnidad, fraternales, con que resolvíamos diariamente un sistema didáctico que engranaba todos los grados, todas las asignaturas, todos los procedimientos, dándoles esa unidad con que la escuela realizaba prodigios?

Santiago Balado tenía a su cargo el quinto grado. En sus manos, no era aquel curso terrible de San Juan, en el que diariamente presenciaba escenas de manicomio. ¡No! Aquellos niños de 12, 13 y 14 años, venían de las manos de Luisa Torello, Teresa Piñeyrúa, Arminda Aires, con el soplo vivificante de los grandes intereses, perfectamente adaptados al sistema de la escuela: mejor dicho, familiarizados con los procedimientos de desarrollo, continuidad y suma de cada asignatura...

Nada los tomaba de sorpresa, nada los hastiaba: se elevaban sobre un nivel de homogeneidad que distribuía sin repeticiones fastidiosas el conocimiento. No volvían atrás; seguían adelante cumpliendo un programa. Suprimíase así la causa más honda del aburrimiento, de la distracción y de la indisciplina. En cada lección había siempre una novedad. Tal era el concepto con que Balado había asumido la dirección, dispuesto como sus compañeros a no economizar el esfuerzo, sentido ético con el que la escuela se prestigiaba.

La enseñanza no se había rebajado, estaba en su edad y tenía las características del grado; los alumnos se iniciaban en el razonamiento de todos los problemas, veían una progresión histórica en su actividad, una complicación en el desarrollo de cada fenómeno.

Formaban un concepto de la vida a través de la evolución que venían presintiendo desde el tercer grado. Por otra parte, los procedimientos de Balado, eminentemente activos, habían excluido la nimiedad, lo fútil, lo innecesario. Cada ejercicio era un desarrollo y un aprendizaje. El alumno no se fastidiaba operando fracciones con pesados denominadores; la suma venía con la reducción del complejo, después del factoreo, después de la cancelación, merced a ese maravilloso juego de relaciones a que se presta cualquier asunto enriquecido por los elementos de una planteación hábil. ¡Cuánta tiza y cuánta tinta! Pero, ¡qué emoción producía la movilidad de las manos de los quince o veinte alumnos que continuamente ocupaban los tres pizarrones, llenándolos de esquemas, diagramas, fórmulas, figuras, resúmenes, coordenadas, palabras, letras! ¿No eran éstos los métodos activos o de elaboración, cuyo diagrama mental había trazado en 1892 al escribir "La escuela moderna"? Sí; en su grado había pensamiento, emoción intelectual, una disciplina secundaria que tendía a desprenden del objeto para alcanzar la abstracción. A pesar de todo lo que esperábamos de aquella reforma realizada sin atropello, meditando los pasos uno por uno, estaba asombrado del poder para generalizar de aquellos jóvenes entre la infancia y la pubertad, cuyas deducciones no encontra-

ban tropiezo. Una hazaña que no habría de repetirse ni en las aulas de la Universidad.

El libro de ejercicios y problemas que empleaba Balado, fué excluido de entre los textos de la provincia, porque era superior a la capacidad de los alumnos de quinto y sexto grados y la mayor parte de los catedráticos lo juzgaba difícil para los alumnos de primero y segundo años. Tal es el criterio con que se mata el interés, la ardentía y la fe de los niños, considerándolos más niños de lo que son.

Lá dirección del quinto, antes de Balado, estuvo a cargo de un joven de la escuela normal de San Juan, compenetrado, por consiguiente, de los métodos que se habían ensayado allá: él era de los que nos acompañaban en las excursiones dominicales y practicaba como alumno los métodos derivados del museo.

Colaborador inteligente, con disposiciones de ensayista, Wherfield Salinas, se trata de él, consideró con un criterio experimental todas las enseñanzas, desde la lectura que empezaba sobre los grandes diarios y revistas, hasta la composición cuyos temas se desarrollaban después de apuntes tomados en contacto con la naturaleza y del análisis del libro que habíamos adoptado como guía: “El sombrero de tres picos”. Salinas relacionaba su enseñanza con la vida local: introdujimos una sesión de “acontecimientos del día”, destinada a vincular el espíritu del niño con el ambiente al que ya lo ligaban las excursiones con fines instructivos por una parte, filantrópicos por otra.

Aquel grado, en continua ebullición, trabajaba con la sonrisa en los labios, animado por un vivo interés por todo lo que se hacía.

El éxito produjo una gran satisfacción sin que nunca fuera necesario hablar de disciplina. Salinas, al pasar a la secretaría, se hizo cargo de la enseñanza del idioma nacional, para la que había revelado aptitudes extraordinarias, tomando por tema el propio trabajo del alumno, es decir, la composición sometida a un trámite literario y gramatical minucioso de corrección.

Salinas estaba dentro de mí, listo para las indicaciones, tenía un don de comprensión excepcional y una fe de apóstol. Era el ejemplo de aquel celo didáctico lleno de anhelos, que caracterizaba la escuela.

Y para usted, Elena Boedo, expresión sintética de la escuela de aplicación, cuyo espíritu se había identificado con el sexto grado del que era su imagen: ¿Qué palabras me quedan para elogiar su consagración y su talento, para completar la obra que venían realizando sus compañeros, cerrando con broche de oro aquel ciclo primario que encontraba a usted, a la maestra conceptuosa del sistema? El doctor Manuel Bahía, director general de escuelas, no supo qué decir después de observar, durante una hora, la elasticidad mental de aquellos alumnos dialogando sobre temas que no solamente exigían respuestas, sino juicios, razonamientos, agudezas... ¡Cuánta seguridad! Se dejaba al sexto grado sin balbuceos mentales. ¿No era aquel el criterio que exigía el programa de la educación popular? La serenidad sin amaneramiento de Elena Boedo, se contagiaba a sus alumnos. Sus alumnos abandonaban la última aula, como purificados por el sacramento de una emancipación en la que el adolescente se había convertido en hombre.

Tal vez ilusionado por aquella realidad obtenida después de seis años de labor sin sacrificio, pero de labor, sentíame feliz, dispuesto más que nunca, al verme revelado en una obra en la que triunfaba la conducta de un Todo que velaba, sin intrigas, sin rivalidades, sin murmuraciones, por su propia grandeza.

Doquiera la emulación por un fin impersonal; doquiera la obediencia a un orden de cosas del que el jefe parecía estar ausente; esa era la tónica de aquella escuela en la que no palpitaba sino una gran alma.

¿Cómo era posible que tuviera un conjunto excepcional de cooperadores?

Los hechos, sin embargo, no daban lugar a duda.

Yo había hecho lo posible por descubrir en cada uno, no su debilidad, sino su capacidad, para orientar el estímulo y ponerme al mar-

gen de la tolerancia, tratando de no herir con juicios inoportunos o extralimitados, dispuesto a enseñar sin exigir, pues el fruto habría de madurar si la siembra era propicia. Por el contrario, me preocupaba en mantener un ambiente de esparcimiento y alegría. Una vez a la semana, la escuela realizaba excursiones al río, a la feria, a las quintas vecinas en las que cada uno se ajustaba al programa más simpático bajo el sol radioso de las tardes.

Cada grado, según la tendencia de los grupos, tenía cuatro o cinco proyectos que resolver, cada uno de los cuatro exigía un plan, y luego un informe.

Si se trataba de estudiar la flora del lugar de la excursión; flores, hojas, frutas, eran coleccionadas, seccionadas, dibujadas, descriptas... Motivos espléndidos para la clase de historia natural, dibujo y composición. Cada uno se revelaba dentro de su voluntad y sus intereses. Otros concebían una realización matemática. Medían cercos, calculaban superficies, tomaban dimensiones de edificios, tanques, molinos; surgían así problemas de aritmética, de geometría y de explotación económica, que sugerían numerosas preguntas que el maestro satisfacía, consultando a menudo libros y catálogos.

Unos se interesaban por el costo del alambrado, otros por la instalación de un molino a viento, otros por la cantidad de agua de un tanque cónico situado a doce metros de altura, que por consiguiente, exigía métodos indirectos; otros, los mayores, por la explotación de una cuadra de tierra; otros, contemplativos, por la belleza del panorama.

Recogían así, de la naturaleza misma, de los intereses creados a su contacto, un material precioso para el trabajo intelectual de la semana, en el que el maestro era el guía fecundo, pues no dejábamos de advertir la capacidad reducida para concebir problemas y relacionar los datos, sin saber cómo hacer uso de sus conocimientos.

A todas horas se oían coros o piezas escogidas, para lo cual la escuela contaba con dos pianistas eximias, Delia Godoy y Alberto Etcheverry, almas líricas de la gran hermandad, quienes ofrecían com-

posiciones propias o arreglos, con los que mantenían un espíritu continuo de novedad que tonificaba.

Jóvenes, sonrientes, dispuestos, puntuales... columnas como los demás del edificio. Yo a menudo tomaba en mis manos la batuta y dirigía: los niños, familiarizados con el director, nunca se sorprendieron de su presencia, pues pasaba cuatro horas al día entre los bancos observando, guiando o explicando sobre el pizarrón, con el material abundante de que disponía.

Sentía cada vez más, la necesidad del dispositivo especial para cada aprendizaje; de la sala especial de escritura, de la sala especial de lectura, de la sala especial de geografía, de la sala de intereses históricos, de la sala de intereses sociales. Desde 1895 había conseguido en el presupuesto una partida para el taller de trabajos manuales. Esteban Negri, quien mediante un permiso del ministerio completó sus estudios en Buenos Aires, fué el hombre ideal de esta enseñanza por la meticulosidad con que apreciaba el trabajo de sus alumnos, por la afabilidad con que vencía sus dificultades, por la fineza con que los guiaba, por la severidad con que cumplía sus obligaciones.

¡Con qué encanto trabajaban aquellos niños de 4.º, 5.º y 6.º en carpintería y mimbre, casi al aire libre, con todas las herramientas necesarias a su disposición! No teníamos sino salones para labores manuales, economía doméstica, canto y dibujo.

Tres o cuatro conciertos anuales, discursos, coros, declamaciones, números de gimnasia, rondas, en los que la nota patriótica era la sensible de las fiestas, completaban la vida social y estética de aquella colmena, en la que las abejas no traían sino miel.

Sería pasible de un olvido injusto, si estos elogios no hubieran de repetirse para Carmen y María Pedelaq; para las que, llamadas a cumplir deberes matrimoniales, nos acompañaron algunos años solamente. Edelvira Brioso, Juana Lagos, Elena Torello, y para Juan Salzano, a cargo de la huerta de la escuela.

La señorita Edelvira Brioso, señora de Benjamín Lagos después, se destacaba por la sugestión extraordinaria que ejercía su

figura, de una belleza que no podía pasar inadvertida a los niños y la dulzura con que los trataba, sin que hubiera en ella el menor dejo de afectación.

Nunca vi una maestra de palabra más tranquila, más insinuante. Con qué habilidad, al captarse la simpatía del grado, encendía a los pocos minutos el interés sobre cualquier tema que enriquecía con una abundancia incalculable de ejercicios y ejemplos, para los que los niños estaban pendientes de sus labios.

En la clase de intuitivos, cubrían sus mesitas con las especies más variadas, sobre las que la atención y la vista, realizaba proezas, movida por aquella varita mágica que sonreía siempre y convertía en palabras e ideas, las observaciones de aquellos chiquitos que nunca permanecieron mudos y se atrevían a toda clase de preguntas, sin recibir nunca un no de la señorita Brioso, que adornaba sus dotes docentes con los encantos de su juventud.

De la escuela, se habían excluido las penitencias, desde la detención al grito destemplado; los pocos casos de indisciplina eran estudiados del punto de vista de su origen y su correctividad, nunca del castigo, si bien excepcionalmente se producían alteraciones en aquella actividad en la que todos estaban adaptados a un régimen normal de trabajo.

En 1900 creí tener una escuela cuya organización y cuyos procedimientos podían servir de modelo, si bien tropezaba con la incomodidad del edificio, a cuya construcción consagré parte de mi actividad, colmando mis deseos precisamente, el año que me hacía cargo de la Sección Pedagógica de La Plata.

Aulas, patios, salas de trabajo, gabinetes, inclinación de los pisos, distribución de las aberturas, todo se trató de prever dentro de un presupuesto de doscientos mil pesos, para obtener el local adecuado a una escuela normal mixta de maestros. La dirección de Arquitectura adoptó luego, ese tipo de distribución, para las demás escuelas normales y colegios del país.

V

"La educación del niño", escrita en 1897, esbozaba en 400 páginas la teoría de aquellos ensayos, no sin apasionamiento, pero con una intención de "Escuela renovada o Escuela del Trabajo" cuya coincidencia, después de treinta años, me asombra. Parece que Ferriére, se hubiese inspirado en ella.

En 1900 sentía la necesidad de una Pedagogía experimental más precisa y más convincente, útil no solamente al catedrático, sino al maestro de la escuela rural más lejana. Era necesario que la doctrina basada en hechos, no ofreciera blanco a la duda; hechos individuales y colectivos que fueran la expresión verídica de la capacidad del alumno considerado en diversos momentos.

¿Qué era un grado? ¿Qué era la aptitud? ¿Cómo y con qué medios reaccionaba? ¿Cómo se producía el interés? ¿Cuándo la fatiga? ¿Cuál era el proceso activo de un aprendizaje? ¿Qué parte correspondía al alumno, qué parte al maestro? Estas preguntas nacidas de la observación de los grupos escolares, me invitaron a reflexionar sobre el problema de la enseñanza; fué entonces que resolví entregarme a una investigación formal, comenzando por el aprendizaje de la aritmética. Después de un mes de trabajo, antes que terminaran las vacaciones, tenía mi plan y 27 tests para las experiencias, que comenzaron en abril y terminaron en noviembre, sin que en ellas intervinieran más que el educando y yo, pues necesitaba tener una impresión personal de los fenómenos que se producían en el momento de actividad del sujeto, con las precauciones cuya importancia solamente yo, interesado, podía apreciar.

En diciembre, con un caudal inmenso de datos, comencé a trabajar, reduciéndolos a cuadros y gráficas, cuyas sumas y cocientes eran fatigantes, pero cuyos resultados esperaba con una ansiedad que se sobreponía al descanso. Trabajaba quince horas y no salía sino para almorzar y comer; mi familia se había ido a San Juan y sentía el placer de esta soledad llena de promesas.

Las pulgas se reprodujeron de una manera asombrosa y cubrí de cal los pisos. ¡Qué barbaridad! Recibía en camiseta y calzoncillos a los contados amigos que llegaban a preguntar por mí.

Lamento hasta hoy, que en ese traje tan inculto, me encontraran un día mi médico, el doctor Lamas, Yllade y otro día el doctor Augusto Bunge. Pero, tal vez, por eso, la conversación fué más viva y provechosa.

Al comenzar las clases, tuve que variar de horario. La escuela me tomaba todo el día: trabajaba de noche, de nueve a dos de la mañana, casi tres años.

No sé como resistí a un exceso que tendría consecuencias más tarde. Pero, es el esfuerzo que debe realizar el que no es nada, para ser. Morir o triunfar; el dilema no es otro. Si me hubiera declarado vencido por las tres horas de clase al día, las exigencias de la Dirección, la necesidad del club y de las vacaciones, no hubiera hecho nada. Era tan fácil renunciar a una tarea que nadie me exigía, ni siquiera el estímulo de una orientación nueva, pues entonces, el mundo de la docencia era ajeno a estas inquietudes.

A fines de 1903. había concluido el primer tomo; a principios de 1905 el segundo. Llegué al final sin apercibirme. Es curiosa la ausencia de preocupación al escribir libros de esta naturaleza. He concluido, dije un día a mi mujer.

—Al fin te acostarás temprano y nos acompañarás a la plaza.

—Tal vez, contesté, porque los originales están copiados en buena letra caligráfica y corregidos. Pero… no me canso de corregir. En cada lectura siempre hay palabras que suprimir y giros que rehacer; sin embargo, estoy satisfecho.

—Y ¿con qué vas a publicarlo?

—¡Ah! es un asunto serio. Un libro de 1200 páginas con un centenar de gráficos, treinta cuadros estadísticos y algunas láminas, no es fácil que encuentre editor. Y mi entusiasmo, francamente no llega hasta sacrificar la chacra para procurarnos los diez mil pesos que necesito. Tal vez no se vendan cien ejemplares.

—Así me parece.

—Voy a verlo a Estrada; hace dos años me encargó un trabajo que le hice sin remuneración. Tal vez éste sea un motivo para que tome a su cargo la tarea de editarlo.

Al día siguiente tomé el tren de las siete, con el bulto de mis manuscritos bajo el brazo y me presenté a Tomás Estrada, quien me recibió con una amabilidad que me pareció auspiciosa.

—¿Qué lo trae por acá? Sus cuadernos de escritura son muy buenos; le agradecemos el empeño con que ha cumplido nuestro encargo, pero nos ha llegado de la casa Apleton el Purón...

—Pues yo vengo con este libro. Le expliqué su contenido, mis esfuerzos, las consecuencias que podía tener para la enseñanza del país y... que mi único deseo era que se publicase.

—¡Um! Mire; esta es mala época para esta clase de obras. Por otra parte, la casa no edita sino textos, de manera que nos expondríamos a un negocio dudoso. Desilusionado, reembalé los cuadernos, y a pie, por la calle Bolívar, fui a la plaza en busca de un restaurant para almorzar, pensando en el fin que tendrían aquellos cuatro años de bárbaro trabajo.

Estrada tenía razón, ¿con qué objeto iba a arriesgar diez mil pesos en una obra cuyo autor nadie conocía y cuyo contenido estaba tan fuera de la Pedagogía corriente? Pero al llegar a Alsina, no sé porque motivo, quizás ninguno, entré a la librería de Cabaut, y de buenas a primeras di con Trajano Brea, a quien confundí con un dependiente, pero a quien había tratado con motivo de una compra de textos.

—¡Oh! ¿Qué bueno nos trae su visita?

—Nada, mi amigo. Los editores están comercializados de tal manera, que no es posible escribir ningún libro que valga la pena. Brea, con aquella calma sonriente que lo ha caracterizado siempre, me dice:

—¿Por qué, qué le pasa?

Le expliqué el caso.

—Pues nosotros vamos a publicárselo.

—¿Cómo? ¿Sin examinarlo? Mire que van a pura pérdida.

—No importa; déjeme los originales.

—Usted es Cabaut?

—No; soy el socio.

—Le advertí que el libro era voluminoso y no quisiera que la casa se expusiera por una atención que no me debe, a perder ocho o nueve mil pesos.

—Déjeme los originales.

—Bien; se los dejo. Me parecía imposible que aquel señor tomara en serio su promesa. Con la tibieza de la duda, conté a mi mujer lo que me había ocurrido y esperé. Transcurrieron quince días, un mes, dos meses... ¿Será posible que no valga nada lo que he escrito? Una maestra había dicho que yo hacía locuras. En verdad, no había recibido hasta entonces, una palabra de estímulo de nadie; ahora, medía todo el alcance de aquel respetuoso silencio alrededor de mi pequeño laboratorio.

No me atreví siquiera a recoger los originales, convencido de que el señor Brea, después de consultar con el socio, había desistido, sin que siquiera me impresionase su ligereza de prometer lo que no podía.

Mi espíritu había entrado en un olvido reparador, contentándome con comentar con los profesores, algunos de los cuales tomaban a broma aquellas investigaciones y jocosamente lo que había pasado, sin que por eso se apagara mi fervor didáctico, comenzando otra prueba sobre “Las aptitudes expresivas del niño”, para la que tenía reunido 900 composiciones sobre el mismo tema.

Pero un día, mientras almorzaba, la sirvienta me entrega un bulto certificado. ¡Hola! dije; ¡éste es de Cabaut!

Corté nerviosamente los hilos, desenvolví... tenía en mis manos cuarenta galeras de la “Psicología de la aptitud”. ¡Pero, qué es esto! exclamé. ¿Es posible? Con una nerviosidad explicable, reconocía la seriedad de la casa y ponía sobre un pedestal a Brea y a su socio, para quienes no había dificultades.

VI

Un día pensé en la situación del maestro, figura clásica del mendicante, afligido por lo poco que era cotizado social y políticamente.

Deseaba sustituir por otro, el perfil moral que se tenía de él; me parecía que modificando su situación económica, resultaría un tipo más optimista y menos estrecho. Algo había conseguido, predicando la necesidad de leer y haciendo la apología de tales o cuales libros, y de lo útil que era, para emancipar el espíritu, ejercitarse en escribir acerca de lo que se sentía uno más dispuesto; pero la obsesión del sueldo y del aumento, lo achicaba, impidiéndole pensar en grandes cosas, resignado, con un dejo de reivindicación anárquica, a ser un impotente.

Un día les dije; es necesario hacer algo contra la miseria. ¿Cómo?, preguntaron incrédulos, pero con interés. Acabo de leer un aviso sobre remates de tierras de la provincia; situadas en diferentes éjidos. Se ofrecen a cinco años de plazo y podemos adquirir lo que en 1889 se pagó a 500 pesos la hectárea, en 70 ó 100 pesos; con los arrendamientos podemos hacer los servicios. Sólo necesitamos dinero para la primera cuota; el banco nos hacía un préstamo cuya amortización e intereses pagaríamos con un pequeño descuento durante uno o dos años, a nuestros sueldos. Todos callaron. En fin: piensen en la operación y el sábado volveremos a ocuparnos del asunto. Compraremos donde ustedes resuelvan, en Pehuajó, Trenque Lauquen, 9 de Julio, Suipacha; puse en sus manos los prospectos para que cada uno consultara y se enterase de esta oportunidad para multiplicar un capitalito que nadie había pensado ahorrar.

Llegó el sábado; pero contrariamente a lo que esperaba, cada uno trató de hacer el mayor número de objeciones, para que el proyecto no se llevara a cabo.

Bueno; dije, no quiero responsabilizarme de una operación contra el consentimiento de ustedes. Pero me acompañaron Campi y Senet. Los tres, sin un peso de capital, pusimos los puntos sobre tres chacras de Suipacha, a doce cuadras de la estación, que arrendadas inme-

diatamente, como habíamos previsto, nos dieron para cercarla y para amortizar las letras que habíamos firmado, encontrándonos, diez años después, con el valor cuadruplicado.

¡Pero qué suerte que han tenido ustedes! me decía la maestra que había puesto más reparos. ¿Por qué, suerte? Si era un problema de aritmética.

El día del remate, llovía torrencialmente, pero nos levantamos y tomamos el tren de las ocho. No teníamos plata, pero el banco nos prestó. No conocíamos el campo, pero un domingo fuimos a verlo. No teníamos alambrado ni postes, pero la casa Torreoba nos fió. Son las diligencias y la fe, que inspira a las personas.

"Si tienes hogar, debes tener casa", leí una vez en un libro de consejos. Durante doce años, ocupé cinco y casi pierdo tres hijos por su falta de higiene, y las personas tal vez enfermas que las habían habitado. Sentí, por ese motivo, la necesidad imperiosa de tener una propia. Con el dinero de la venta realizada, adquirí la de La Plata, tal vez fría en invierno, pero oxigenada por el jardín de sus cuatro costados y saneada por el sol y el aire que recibía a todas horas.

VII

No sé por cuáles circunstancias ni con qué motivos, nos relacionamos Ingenieros y yo; pero fué en 1895. Desde entonces, hasta el día lamentable de su muerte, nos unió una amistad íntima. Él me buscaba, yo lo buscaba, éramos el uno para el otro. A pesar de los nueve años que le llevaba, era para mí, un poderoso estímulo. Al ofrecerme, en 1898, las columnas de su "Revista de Psiquiatría" para escribir, cambió mi rumbo literario, metiéndome de lleno en la psicología, después de la lectura de algunos trabajos de Ramón y Cajal que iluminaban como un sol, el campo que entreviera, a través de los libros de Enrique Morselli.

José Ingenieros no falló nunca. A través de su inquieta y larga vida de combate y de triunfos, fué para mí, siempre el mismo: siempre

festivo y siempre humorista; nunca la vanidad cerró sus ojos a los compañeros de la primera hora, a quienes buscaba, con quienes jaraneaba como un niño, ansioso de que se elevaran y dándoles consejos y oportunidades para ser.

Ingenieros no conocía la envidia ni el miedo a la superación. Tú debes hacer esto, debes hacer aquello; necesito para el 15 un artículo sobre tal cosa… Acicateaba la indolencia, era un gran conductor. Ocho años insistió, hasta con un aviso en la Revista de Filosofía, para que escribiera "Pedagogía", obra que abordé a su tiempo. Nos recibía de cualquier manera, íntimamente, hasta desnudo; no ocultaba nada a sus amigos; la eterna sonrisa de sus labios, era la expresión viva, no de su ironía, sino de su sinceridad.

Se conversaba con él, como en "La cena delle beffe", siempre en broma, entre burlas y chistes, pero nunca con el propósito de zaherir, sino de combatir la insoportable gravedad de las cosas serias.

Y sin embargo, Ingenieros no ha escrito sino páginas profundas y serias. Sus conferencias, eran modelos acabados de erudición y conceptuosidad.

Tenía el culto de la verdad, a la que nunca le fué traidor. ¡Cuánta bondad en aquel corazón absolutamente limpio de egoísmos!

Se irritaba contra el que, pudiendo hacer, no hacía. Yo encontré siempre en él, un estímulo vivificante, y la opinión imparcial que necesitaba para no ser estéril. Al salir su libro, "Simulación de la locura", premiado con medalla de oro por la Facultad, me exigió que le escribiera la bibliografía para la revista de Estanislao Zeballos. ¿Por qué? No sé. Yo no me negué, pero estuve quince días consagrado a la lectura del voluminoso libro que no necesitaba ciertamente de mí para presentarse.

¡Qué espíritu curioso! El inauguró, con una conferencia, el Centro Liberal que habíamos fundado en Mercedes, del que formaron parte después, los doctores Juan B. Justo, Repetto, Bunge, Alfredo Palacios, del Valle Ibarlucea, antes que constituyeran el Partido Socialista.

Yo sentí siempre el espíritu animador de Ingenieros. Sin él, tal vez hubiese caído muchas veces en brazos de la nada; necesitaba esa reconfortante alegría que sólo un hombre de sus condiciones podía infundir, pues desde las provincias miramos con demasiado respeto a los hombres popularizados por los diarios de la metrópoli, inhibiendo nuestros actos de una manera extraordinaria.

Darío, Zeballos, Ameghino, González, Obligado, Groussac, eran seres excepcionales, casi mitos. El valor se nos iba a los pies, cuando pensábamos que podrían leer nuestras producciones. Ingenieros, al romper con esta liturgia, quitó el miedo a varias generaciones, y más de uno le debe hoy, fama de escritor.

Ingenieros nunca se ocultó ni nunca tuvo reservas. Franco y abierto, fué de todos. Creo que en mí, algo hay de esta misma conducta, si bien menos activa; por eso, allá en una ciudad aislada del tumulto de la capital, me encontré siempre con hombres de pensamiento que ligué a la vida lugareña, por lo común tranquila y sin incidentes.

Mi hermano no participaba de esta vida intelectual un tanto pública: encerrado en su casa, había convertido un salón en un taller de electricidad. Con un tesón que me dejaba maravillado, vivía las horas del día y de la noche entregado a sus inventos.

Trabajaba, trabajaba, ¿cuánto trabajaba! No dejaba un instante el torno y la lima. No sé cuántos problemas se había propuesto resolver. Yo iba dos veces al día para admirar esa especie de obsesión creadora que comentaba con monólogos, y de la que no podía curarse. Mi hermano no conocía el club, ni el teatro, ni la confitería. Ningún interés se sobreponía al de su taller. A veces, dudaba de aquel trabajo; pero un día le vi construir aparatos que el comercio adquiría con avidez: le vi montar una instalación que utilizaba el viento para cargar los acumuladores con que iluminaba su casa; me mostró un interruptor que había inventado... ¿Y por qué no industrializas tus aparatos? No habrá estancia que no te los compre. Ahora estoy satisfecho, me dijo.

Los visitantes, entre ellos el vicepresidente de la República, acudían para cerciorarse de aquel invento que había comentado "La Nación". Hubo quien le propuso la explotación. Nada. Siguió inventando. Un día, cedió al pedido de una comisión para dar luz de arco a un corso, al que le había sido negada la de la usina. Y... quiso probarse en la construcción de usinas. Hizo nueve: Posadas, Giles, Chivilcoy, Pehuajó, Alberti, Los Toldos... consiguió ser dueño de dos, que le daban una renta de tres mil pesos mensuales; pero no contaba con la mala fe de los hombres.

Un día un caudillo le pidió la luz gratuita; luego una instalación particular; luego... un tanto por ciento de las entradas. Repugnado, se lo negó: la Municipalidad no fiscalizó ya el alumbrado público y todas las mañanas aparecían ocho o nueve arcos rotos. Liquidó sus cosas y renunció para siempre a las actividades por las que había tenido tanta vocación.

Desde entonces, arruinado, fué un vencido, sin conservar un grano de esa voluntad casi patológica del taller. ¡Qué fenómeno extraordinario! Nunca se quejó de este desastre... Vivo feliz, me dijo un día, entre las plantas de esta quintita que pago por cuotas. Mi voluntad no ha muerto. ¿Ves estas manzanas? ¿Te asombras? Cinco años de trabajo asiduo han logrado esta maravilla. Esta victoria me basta para ser feliz. Lejos de la ciudad, en pleno campo, entre mis manzanas... Bompland, así, fué un gran filósofo de la vida.

—Sí, querido Alejandro; te pareces a él. Se refugió en las selvas solitarias de Misiones, después de una decepción grande como la tuya.

Si la emperatriz Josefina no hubiera caído, Bompland nunca hubiera abandonado París (1[2]).

[2] (1) (Nota del compilador de estas "Memorias"). Alejandro Mercante, profesor normal, jubilado, tronco vigoroso de una familia ejemplar, cultiva sus manzanas en Gonnet, a los 73 años de edad, con la misma inquietud experimental y el mismo entusiasmo y ardor de su juventud.

CAPÍTULO VI

"De mi padre no recibí fortuna, pero sí un gran tesoro, la salud: un organismo limpio de enfermedades y taras, un deseo de trabajo y un optimismo, que me hace realizar durante medio siglo una obra que si tiene defectos, de ellos solo yo soy responsable".
V. Mercante.

I

Sólo a la edad de treinta años, tuve la sensación de que mi aptitud para escribir estaba hecha. Desde entonces, no tuve dificultades de orden sintáxico, y mi léxico adquirió suficiente riqueza para sentirme satisfecho, robustecido por un incesante aporte de ideas, mediante una lectura asidua, cuyas consecuencias fueron un lamentable debilitamiento de la vista, que a los 64 años creí perder.

Durante mi juventud, tropecé con serias dificultades para expresarme correctamente y me impuse la grave obligación de vencerlas, estudiando gramática, a Gil de Zárate, Coll y Vehí, Barcia, Benot, Garcés.

La sintaxis italiana se me atravesaba a cada paso y la poco escrupulosa de las obras científicas que leía, exceptuando Ferri y Morselli. Me propuse un correctivo, leer autores españoles, estudiarlos. A los 22 años leí El Quijote, sobre el catre, bajo un sauce de El Marquesado, población veraniega de San Juan. Nunca reí tanto; una risa franca, una risa pura, una risa a carcajadas.

Me retorcía sobre la lona; nunca otro libro produjo estos efectos. Hasta ensayé un artículo en aquel estilo, que resultó detestable y pare-

cióme que no servía a mi objeto. Después de leer el de Avellaneda, por interés de la aventura, me entregué a las obras de Castelar y a los artículos que de él solía publicar "La Nación". Me seducía. En mi primer discurso traté de imitarlo, sin éxito, por cierto. El estilo es el hombre. ¿Entonces, por qué este afán de identificarme con piezas que tenían el sello inconfundible de la personalidad?

Pero hay una edad, en que no se comprende la sentencia de Buffón. Cervantes, despertó el interés por las obras humorísticas y festivas. Los tres libros de Tartarín, las comedias de Molière, los cuentos de Boccacio, los cuentos droláticos de Balzac, en su idioma original, fueron contribución equívoca a la depuración que perseguía, de mi castellano. Rematé en la lectura de Calderón, que encontré pesado; de Núñez de Arce, Quevedo y Mariano de Larra, que los proclamé maestros míos, particularmente al último, de quien hice el análisis detenido de sus artículos, publicando unos veinte en "La Unión", sobre costumbres nacionales, que pretendían imitarlo y con los que en efecto, vencía en parte la incorrección y la dureza de mi estilo, sin saber, por cierto, con cuanto contribuyeron los otros. El error consistía en mi empeño por imitar obras típicas de la literatura y menospreciar la forma llana, que es la correcta por excelencia.

Me faltaba el término, el adjetivo, la preposición; no conseguía evitar el sonsonete, las cacofonías; no podía construir periodos largos; empleaba mal los relativos, era víctima de los plurales, me perseguía el hiperbatón, en fin, aquellos defectos que advertí luego, tenaces, en los alumnos y que sólo desaparecen mediante el ejercicio, la voluntad y el conocimiento, si no se hereda ese temperamento de escritor cuya clave es la memoria verbal.

Así como en el terreno científico me sentía halagado por el éxito, en el literario me sentía doblado por el fracaso. Pero necesitaba un instrumento para expresar mis ideas. Puse, por eso, mayor empeño para adquirirlo, recurriendo a todos los medios de que pudiera echar mano, la conversación inclusive, porque hasta entonces era un afiliado

al silencio y vergonzoso; por consiguiente, el menos indicado para sostener un diálogo en sociedad.

Durante mi juventud, tropecé con serias dificultades para expresarme correctamente en público; la emoción contribuía poderosamente a esta invalidez que me mortificaba incesantemente. Pero el ejercicio de la cátedra, el estudio y la composición, en la que me ejercitaba de continuo, comenzaron a vencer mi temor del fracaso y por consiguiente los obstáculos que se interponían a la memoria y a la articulación, hasta que habituado a la asociación de las ideas, adquirí un temperamento totalizador que me acostumbró al público.

Comprendí que mis dificultades se debían principalmente a la fatiga de un sistema nervioso que había trabajado sin cesar, treinta años. El descanso y mis viajes confortáronme de tal manera, que me sentí familiarmente dentro del público, que dejó de ser la quimera d'annunziana del salón de los Dogs.

Sobre todo renuncié al discurso altisonante y elocuente y me acostumbré a la disertación llana y nutrida del conferencista americano, con el discreto memorismo con que solía embellecerla Ferri y Holmberg, mis maestros.

Así llegué, con o sin proyecciones, a tener públicos que alcanzaban a menudo a 1.200 personas, a quienes hablaba una hora y media sin fatigarlas.

De tiempo en tiempo el ardid de que echaba mano Ferri y Holmberg, subrayaba la exposición con una sonrisa de alivio, que la libraba de su pesadez.

II

El prejuicio es para el hombre un estímulo, porque al crear en la imperfección, consagra su actividad a lo nuevo.

Lo mejor, es lo diferente.

Tal vez aceptemos con dificultad este concepto, porque nos hemos adaptado a la idea del mal, que no es sino lo que no nos conviene.

De ahí que el trabajo tenga aspecto de lucha y el marxismo lo considere como la Biblia, un castigo, cuando no se trata sino de un goce.

Si bien mi espíritu sintiera esta prueba de salud en todos los momentos, sufrí durante mucho tiempo la presión de las ideas falsas, atormentado por la conducta de los demás, desde que la doctrina cristiana me inculcara la noción de un mundo de miseria, a pesar del marco bello y seductor de la naturaleza. Creí, pues, en la injusticia y tuve más de una vez palabras amargas para mis semejantes. Pero fui siempre hacia ellos, sonriente y respetuoso, para prometer a mi propia vida una vida superior, sin ataque, mediante la consagración a un ideal sin lobos ni serpientes.

Tenía fe y se abrían anchos caminos, a mi esfuerzo, sin rivales a quienes turbar, saliéndome de la posición relativa que forzosamente ocupamos junto a los demás. He sido por eso, indulgente, lamentando el orgullo con que algunos hombres asumían la responsabilidad de su riqueza o de su talento.

Me sentí siempre un cooperador de mis semejantes y anhelé el triunfo, allí donde un rayo de inteligencia parecía manifestarse. Ciertamente, no todos pensaban de la misma manera. Yo mismo he sido una víctima de esa codicia del bien ajeno, que se retuerce en la entraña del espíritu, mortificado por la ambición. Encontré, por eso, dificultades en mi camino y perdí tiempo en salvarlas. Mas, el deseo de no reducirme a la nada, acaso fuera el acicate de esa tenacidad, premiada con éxitos que me han hecho feliz.

Nunca fui un disgustado, siempre fui un contento a pesar de las privaciones que mortificaron tantos años mi existencia. Temperamento, tal vez, sentimiento de lo perfecto de las cosas, fe en la actividad, un concepto de la vida que nos hace amar a los demás.

La envidia se ensañó conmigo desde las aulas. Mi ascensión, mis éxitos y las distinciones de que he sido objeto, encontraron este obstáculo que ofrecen los inferiores, en las diversas esferas sociales, al que se eleva.

Lo he sentido sin saber de donde, audaz e hiriente, en el empeño de rebajarme ante las personas que podían tenderme la mano, o necesitaban informarse de mis valores. La intriga es un arma ofensiva tan sutil, que los hombres no han aprendido a parar sus golpes. Es el amigo aparente, que tira: "Los silencios inexplicables" tienen por origen ese trabajo minador, cuyas consecuencias sufren tanto los sudamericanos tildados de indios, porque efectivamente, ese espíritu es el fruto del mestizaje.

En pocas personas, de las muchas que he frecuentado, sin excluir los intelectuales, encontré un criterio sano para juzgar la obra de los demás.

Se las ha vilipendiado sin respeto siquiera a la consagración, que es un mérito del carácter. La frase irónica de Pablo Groussac "¿de quién es este adoquín?" ha hecho escuela y se han considerado felices los que popularizaron sentencias como la que emitiera aquél, sobre "La enseñanza de la Historia", de Ernesto Quesada. El envidioso, cuya manera consiste en generalizar un aspecto inferior del envidiado para desvalorizar los demás, considerar al pobre de medios, pobre de espíritu; al vicioso, incapaz de pensar; al humilde de origen, sin derecho al elogio del encumbrado, es el verdugo del hombre, cuyas cualidades el hombre debiera estimular sin reatos, porque son las virtudes ennoblecedoras de la especie.

Cuando mi pasión a los 14 años por el estudio, interesaba la protección de mi maestro, una vecina increpaba a mi madre, el vicio funesto del hijo que perdía el tiempo en leer. En cambio, la señora de Gorostiaga, al advertir mi afición, dábame libros, entre ellos "Los niños célebres" que impresionaron hondamente mi espíritu y ejercieron una influencia decisiva en mi destino.

Cuando fui estudiante de la escuela normal, era en primer año, un pobre diablo, porque era un inadaptado. Los ases, no se preocupaban de mí; los profesores fueron compasivos. Pero mis exámenes de diciembre fueron tan buenos, que en presencia del cuadro de clasifi-

caciones, aquellos jóvenes indiferentes durante el año, se desataron contra mí, porque no estaba aplazado.

La escena se repitió, más solapada y a las espaldas, cuando en los años siguientes, del sexto lugar pasé al primero. Sin duda había emulación; pero nunca pensé ocupar un puesto que tanto dignificaba en aquella escuela, ni superar a los que traían fama dentro de la misma institución.

La envidia, me ha parecido un efecto del miedo: el miedo de ser superados en el terreno en que disputamos la copa de la primacía, unos con armas nobles, otros con armas indignas. Al empezar a producir, la horda anónima de los temerosos, crecida y audaz, atacaba, para contrarrestar la opinión estimulante de las personas autorizadas. Algunos de mis colegas, con aspiraciones, fueron tenaces en derrumbar el prestigio que iban creando los diarios y revistas.

Esta persecución, que comenzara en 1893, al publicar "Museos Escolares", no ha cesado hasta hoy, pues "Frenos", que mereciera juicios elevados de "La Nación", del profesor de literatura de la Universidad de Florencia, Massone; de Nepomuceno, director del conservatorio de Río de Janeiro; la consagración de dos músicos, uno italiano y otro argentino, para tomarlo de tema para sus óperas; una medalla de oro, etc., fué tratado groseramente y vilipendiado en la plaza pública de La Plata por los estudiantes, cuando la Federación, por mandato del radicalismo, derrumbaba la Universidad. Unos lo calificaron de esperpento y otros de plagio, términos cuya incompatibilidad, evidencia el odio que los ha originado.

Cuando los diarios tradujeron el artículo que Ribot, en la Revúe de Philosophie, consagrara a la "Psicología de la Aptitud Matemática" y se supo que en la exposición universal de San Luis, de Norte América, se la había premiado con medalla de oro y diploma de honor, los diarios de Mercedes, que para el ganador de una carrera en bicicleta hubieran auspiciado el consabido banquete, publicaron extensas columnas calificándome con atributos que me ponían en los cuernos de

la fatuidad. Esta conducta negativa del ambiente en que uno vive, si bien es desagradable y exige un temple peculiar para resistirla, es anulada por la acción discreta y eficaz de elementos externos, cuyo juicio se impone a los ocupados en arañar el vientre de la Venus de Milo, o en romper las piernas del Hércules Farnesio.

Hay, sin embargo, un envidioso terrible: el hipócrita.

Hablador anónimo cuya lengua esconde la hoja sutil con que trata de herir las reputaciones. Su palabra llega adonde no podéis defenderos, ya por la discreción de las personas informadas, ya por la distancia a que os encontráis, ya porque no estáis relacionados con él. Nunca el miedo de elevar al prójimo, ha sido envilecido tanto. ¡Ay del político incapaz de sustraerse al intrigante, o descubrirlo en la insinuación, en los pequeños reparos, en los peros, en los sis dudosos, en la ironía o en la calumnia!

El trato personal, no siempre posible, desbarata generalmente el plan de estos Yagos inextirpables. Los ministerios están poblados de estas alimañas, a quienes un ministro incauto, suele pedir informaciones. He visto llegar centenares de anónimos a las subsecretarías, denunciando la conducta de personas altamente colocadas en la Administración, con el propósito manifiesto de desconceptuarlas. Hombres y mujeres, eran azaetados por la lengua bífida de las serpientes. El doctor Joaquín V. González dió una vez a su secretario privado, la orden de romper todo escrito que llegara al ministerio sin firma. Era prudente: pero no estamos seguros de que los hombres públicos supieran como él, descubrir al malvado, y trataran directamente a las personas para leer en su espíritu.

He lamentado, en este esfuerzo natural del hombre por ocupar posiciones para las que carece de aptitud, la propaganda de dos amigos contra mi obra, en los institutos de Europa, que se habían ocupado de ella con interés; y el empeño de otro amigo por presentar en seis meses, *regenerada*, una Facultad que costó quince años hacer, consagrándole doce horas de actividad al día, para darle el alma que no

han conseguido apagar estos indignos explotadores de la ingenuidad pública, llenos de apetitos y de ingratitud.

III

La biblioteca de mi padre contenía veinte libros. Entre ellos estaban "La Biblia" y "La Divina Comedia" sin ilustraciones ni comentarios.

Una tarde, mientras tomábamos fresco, su amigo el señor Serra, advirtiendo mis entusiasmos por la vida de Colón, tenía entonces catorce años, me dijo: ¿No conoces la de Dante? Es el poeta más grande de Italia. Ha escrito "La Divina Comedia".

Recordé el tomo sin tapas de la biblioteca de mi padre y lo tomé con respeto en mis manos. Tenía una idea suficientemente clara del Infierno, del Purgatorio y del Paraíso, a causa de la educación religiosa que había recibido. La situación, diremos así, geográfica, tampoco me era desconocida. Su lectura incompleta, produjo emociones, despertó intereses y me resultó a la postre, extraña y fatigosa. Pero a pesar de mi incapacidad poética, histórica y filosófica, comprendí que en aquella obra se realizaba una justicia; que la conducta humana recibía la sanción del castigo o del premio después de la muerte y podía redimirse con el arrepentimiento y la corrección durante la vida.

Mi espíritu adolescente imaginaba sin esfuerzos los suplicios que sufrían los condenados y la incomparable beatitud de los que alcanzaban el luminoso Paraíso. Era la primera vez que leía versos. ¿Por qué el tercer canto me produjo tan honda impresión que realicé esfuerzos de voluntad extraordinarios para fijarlo en mi memoria? Fueron los únicos tercetos que he recordado durante mi vida y recitaba en los momentos de preocupación a solas.

El tercer canto, supe después, y el quinto, cuyas últimas estrofas me conmovieron, eran los mejores del poema.

Me sentí poeta y escribí la Oda a los Males, imitación costosa y detestable pero útil; rompí las cuartillas. Por último, llamó mi atención, sin dejar de producirme honda pena, el hecho de que una obra tan

católica como la sentía en la "Cántica terza", de la que no leí sino algunas de sus páginas, condenase al fuego eterno a Anastasio, Nicolás III y Clemente V, pues tenía de los Papas un concepto de santidad tan arraigado, que creía encontrarlos solamente en el cielo. Eran falibles, eran humanos.

Un día el catedrático, tenía yo 17 años, elogió el Calendario de Comte, síntesis de la historia humana pesada en la balanza de la justicia que, al admirarla, relacioné con mis recuerdos de "La Divina Comedia", advirtiendo, sin embargo, otra clase de condena, el olvido, es decir, la ausencia de un Infierno para los malvados. Encabezaba el mes de "La Epopeya Moderna" Dante, proclamado príncipe de los poetas; a su lado Cervantes, Camoens, Goethe, Byron, eran genios de tercera fila. Entonces, me dije, era verdad el juicio de Serra.

Fui a la biblioteca y pedí "La Divina Comedia" comentada por Tommaseo. Tampoco esta vez alcancé, a pesar de los tres meses que la retuve, a leerla toda. Pero mis conocimientos históricos y las notas marginales ávidamente leídas, abrieron horizontes ignorados antes, despertando nuevos intereses.

Comprendí la gran figura de Virgilio y por qué Dante, al tomarlo por Duca y Señor, dijo: "O degli altri poeti onore e lume. Vagliami il lungo studio e il grande amore. Che mi ha fatto cercar lo tuo volume. Tu sei mio maestro e il mio autore". Admiré su sinceridad y el Canto IV, síntesis científica, filosófica, política y literaria de la Edad Antigua, señalando a los historiadores métodos que siete siglos después, serían instrumentos de concepciones y escuelas prestigiosas. Una inquietud noble, llena de deseos, se apoderó de mi espíritu, mundo lleno de incertidumbres y de misterios. Me percaté de los tesoros que puede contener un verso y de lo vacía que puede ser una página, comparando las locuciones del florentino con las novelas y poesías que solían solazarme de vez en cuando. Presumía la condensación, como en un grano, de todo lo que el hombre hiciera y pensara hasta entonces; un pañuelito de mil dibujos maravillosamente ejecutados con millares de motivos y

de problemas, produciendo, como las puertas de Lorenzo Ghiberti, la impresión de un monumento.

Cada palabra contenía una esencia y el verso la trasmutaba en abstracciones inabarcables que excedían los límites del pensar común.

Perseguido por la obsesión dantesca, tuve la dicha de verla ilustrada por Gustavo Doré. Durante un mes, desde las ocho a las once de la noche, asiduo concurrente a la biblioteca, sumía mi espíritu en los grabados cuya grandeza, digna del poema, me tenía asombrado.

Penetré así un poco más en las profundidades de los tercetos que leía por primera vez, traducidos al castellano por Cayetano Rosell, resultándome menos difícil la comprensión del contenido. Así como Dante recurría a Apolo pagano en el último empeño de cantar la gloria del cielo, así encontré en las láminas de Doré el estímulo que necesitaba para leer la "Cántica terza", llena de sublimidad y elocuencia. Mi espíritu pedía luz.

La luz estaba más allá de lo humano, donde penetrara el poeta después de abandonar los odios en el jirón de Judas y serenar su espíritu en el Purgatorio. Yo sentía esa luz perfumada de amor; yo sentía ese mágico poder de las virtudes; yo sentía el misterio de la rosa mística, subyugado por la incomparable magnificencia de la eterna paz ganada por el bien.

¡Oh! ¡Tener en mi casa, sobre mi mesa, la traducción de Rosell! La imaginación realizaba prodigios por el campo de la alegoría con las figuras luminosas y transparentes de Doré. Entonces puse a contribución una voluntad que nunca me falló; junté a peso y centavos, durante quince meses, la suma que costaba la traducción de Rosell. Fué una noche de insomnio aquella en que tuve la dicha de adquirirla. Eran las vacaciones del año 90; más sabía y menos penetraba en aquel sinnúmero de velos que envolvían la palabra: obligado a pensar, me rendía a una fatiga que me parecía estéril y depresiva. ¿Es posible que exista un libro lleno de seducciones que resista tanto al dominio?

Me explicaba la cátedra dantesca; los ciclos de conferencias y los comentaristas. A pesar de mis afectos y las aptitudes que había adquirido para leer "La Divina Comedia", estaba convencido de que para llegar a la plenitud, necesitaba estudiar historia y filosofía, conocer los clásicos, profundizar la Biblia, recurrir a los escolásticos, sumirme en San Bernardo, Santo Tomás, Santo Domingo y San Agustín. Eso vendría para comprender la insuperable diafanidad "Dell'Alta luce che da sé é vera".

Transcurrieron quince años sin tomarla sino accidentalmente en mis manos.

El italiano musical de D'Annunzio despertó en mí el deseo de oírla leer. La fortuna quiso que Rossi, un día, me recitara el canto V en la sala de mi casa. Pero la entonación me pareció trágica en extremo y hasta dura. Creí siempre innecesario acentuar con el gesto y la voz ideas y emociones, sobradas en el verso; una actitud serena, tonalidad clara y pronunciación perfecta, bastarían para producir la impresión que adivinaba o ansiaba. Asistí un día, a una conferencia del doctor Licitra, en busca de ese efecto tónico del que tenía sed. Aquel profesor modesto era un intérprete admirable del Dante y la lectura, sin acentos rebuscados, me sedujo. La armonía y el ritmo de las estrofas, deleitaban sin cubrir la sed del pensamiento. Pero aspiraba a más.

Entre los puntos de mi corto programa por Europa, estaba el de oír un canto a una florentina. ¿Tendría la dicha de satisfacer mi deseo? No bien puse los pies en la noble ciudad de los Médicis, pensé en la escuela normal, poco accesible a los turistas. Conducido al 6.º año del profesorado, ocupé la cátedra, desde la que escuché a niñas encantadoras, lecciones mal estudiadas de biología y matemática. Ya creía malogrado mis deseos. Pero... dije: no me interesa lo que podáis saber de células y teoremas. He cruzado el Atlántico y recorrido trece mil kilómetros para oír el toscano en vuestros labios. Es uno de los primeros objetivos de mi viaje. Aquí estoy, por fin, lleno de ansiedad para escucharos. Os pido, si no fuera presunción la mía, que

me recitéis a vuestro poeta. Todas, en silencio, con los ojos animados por un flúido vivaz, levantaron simplemente la mano dispuestas a satisfacerme. Cuanto me conmovió aquel acto, difícil es expresarlo. Dije, el canto que sepáis. El que usted desee. ¡Cómo! ¿Acaso sabéis de memoria "La Divina Comedia?" Todas. Quedé perplejo. Me pareció que aquel ambiente era propicio al Paraíso y pedí el último canto. Que lo diga la Bicchi. La Bicchi, una extraña figura del Botticelli, se puso de pie, miró al cielo y sin un gesto que la traicionara, cual si fuera una de las mujeres incorpóreas de Doré que tanto me impresionaron en la edición de Rosell, comenzó: "Virgine Madre, figlia del tuo figlio, —Umile ed alta piu che creatura, —Termino fisso d'eterno consiglio…".

Al terminar, enmudecí. Sí: ese era el italiano que soñara en las playas argentinas; esa era la voz de aquel canto; esa la claridad que contenía las bellezas prosódicas del verso dantesco; esa era la mujer que podía recitar "Il Paradiso".

Volví a los textos, con el entusiasmo de la juventud. Ahora descubro cosas extraordinarias en cada palabra, en cada locución, en cada canto, en la trama del poema entero, que es el proceso de la vida hacia lo perfecto inalcanzable, categoría de Platón, a la que el hombre nunca llega, pero se aproxima después de una dolorosa inquietud, después de la duda, después del error, ennoblecido por el amor a las cosas y la fe en sí mismo, sin temor a la sombra de los demás. De esta suerte "de la selva oscura" en que todos nos encontramos al comenzar, ignorantes, egoístas y llenos de pasión, nos elevamos a través de una experiencia a veces dura, a la región serena de la luz, que es la de la gloria impersonal. La realidad que desesperaba a Dante, estaba en Florencia; la vieron sus ojos y amargó su espíritu. Por eso disecó como un cirujano los designios del hombre y su justicia fué implacable, a veces de una ironía cruel, como en "La cena delle beffe".

Pero la plenitud estaba en el Universo. Dentro del poema evoluciona el espíritu, como en un libro de Darwin los caracteres de la

especie. La lucha de éste, eleva del animal al hombre; la de aquél, del hombre a la divinidad: “L’amor che muove el sole é l’altre stelle”.

IV

El cielo matutino promete un sol delicioso. Subo al tren; atravieso túneles y valles; la montaña ofrece hasta la cima, faldas con viñedos, olivos, robles y avellanos. Aquí el Polcevera, profundamente encajonado, de aguas verdes y puras; allá un salto pulverizado antes de caer; acullá caminos y puentes de atrevidas curvas. Doquiera poblaciones como nidos blancos, entre los bosques, coronando los cerros, o hundidos en las abras.

Acostumbrado a la llanura de Buenos Aires, parece todo tan chico y tan vistoso que me creo en un parque. La tracción eléctrica, nieve de los Alpes convertida en fuerza, evita las molestias del humo en las entrañas del apenino; desemboco en Renca y bajo en Serravalle, donde cuarenta y tres años antes, chico aún, subía al tren con mis padres, para volver a Buenos Aires, rehaciendo sin esfuerzo un camino familiar y conocido.

Pero mi objeto está más lejos, al otro lado de la serranía, al pie del Lesima, en Bell’Aria, la finca de mis abuelos, sobre la colina cubierta de trigo, viñedos, cerezos, manzanos, encinas y castaños, donde la alondra en junio canta hasta perderse en el azul y a la cual, desde cien campanarios, llega el brillo de las altas cúpulas y la armonía de sus repiques el día de pascua. Algo sin duda hay en mí de este suelo, de estas cosas, de este espíritu, una voz del pasado me grita a cada momento: ¡Aquí estás! Cien generaciones, siete siglos, mi sangre; veo alzarse en los ribazos y montecillos de la Borbera trasmitiendo a los hijos, nietos y bisnietos aquel cielo, aquel sol, las impresiones de aquella naturaleza prodigiosa, los sentimientos de aquella raza incomparable, la vida oxigenada por aquel aire de clavelinas, rosas, jacintos y tulipanes, sin la mortaja del humo de las fábricas.

A medida que el coche me aproxima al valle, por un fenómeno de inducción, mi ser se estremece agitado por corrientes inexplicables

de felicidad, de duda, de… era tal vez la dicha, acariciada en sueños irreales, de volver a mi infancia, a los motivos de mis primeras alegrías, de mis primeros aprendizajes, de mis inocentes aventuras, de mis primeros recuerdos, llenos de imágenes claras y de escenas gratas.

A uno y otro lado reconozco el pasado en los bosquecillos, en los precipicios, en las faldas nevadas a la derecha, en las villas y aldeas.

Las gentes parecían las de entonces, al ver su porte y al oír sus conversaciones. El coche entra en una curva abierta en la roca viva, cruza un puente de mampostería a sesenta metros de altura y salgo de la quebrada. Bajo y miro, miro; miro. ¿Cuánto tiempo estuve mirando?... Tal vez quepa un verso del Paraíso. Este mediodía dulce y luminoso es el mismo de cuarenta y cinco años atrás; el mismo arroyo aquí, los mismos árboles allá, los mismos pueblos, las mismas cúpulas, la misma nieve en las cimas, el mismo hielo en los charcos, la misma temperatura, la misma trasparencia… Pero me sorprende el silencio; una falta de vida casi absoluta.

Esto lo he soñado. ¿Estaré otra vez soñando?

No. Las distancias me parecen cortas, muy cortas; las aldeas, los arroyuelos y las cercas han reducido sus dimensiones; las casas han envejecido.

Sí; soy la medida de las cosas. Yo crecí, ellas no.

Mis ojos se clavan en la vieja casa solariega, ahí está delante de mí, a quince cuadras, radiante de blancura bajo el sol, como cuando la vi al partir para América: quiero llegar a pie; andar a pie aquel camino recorrido en mi niñez; quiero sentir paso a paso la emoción de esta dicha y de esta tristeza, en donde fueron tan felices los días de mi infancia.

Sé que lo que mis ojos ven, lo ven por última vez; ni mis hijos ni mis nietos podrán sentir esto que yo siento; es una despedida eterna.

Sudo, a pesar del invierno, y mi corazón palpita; me detengo a menudo; necesito llenarme no sé de qué; llevar dentro de mí aquellas cosas.

En los niños que encuentro reconozco a los padres; sus apellidos me son familiares. La aldea, ocho cuadras antes de Bell'Aria, está casi sola.

El camino tiene las mismas piedras; un horcón ocupa el mismo sitio; ni una casa se ha construido en cuarenta años, tal vez en cien.

¡Qué diferencia con Merlo donde nací! Una octogenaria toma sol sentada sobre una piedra; me mira indiferente. Sé quién es. ¡Qué vieja está! Un hombre canoso aguza con el hacha una pértiga, sin percatarse de mi presencia. ¿Cómo está, Guglielmo? De un salto se pone de pie; mas no acierta a preguntar quién soy. Pastor de la casa, tenía quince años cuando nos separamos y yo diez; nos queríamos. El cazaba con su escopeta de fulminante y yo señalaba los pájaros a sus tiros. Envejecía sin conocer otro lugar de la tierra. Pero mi deseo es llegar a Bell'Aria, solo, solo. Adiós, le dije y proseguí.

Minutos después se extendían delante de mí los viñedos que con mis ojos vi plantar y los caminitos estrechos y largos de la heredad paterna, dividida en figuras rectangulares para los cultivos. Subo unas cuadras y estoy en la casa. La misma; ni una piedra, ni una teja más. Me conmueve esta inmovilización que en vano combate la naturaleza, ejemplo continuo de instabilidad. Sobre la puerta noto la planchuela del seguro, que mi padre clavó hace cuarenta y cinco años, y a la entrada del patio el pilar donde sentado solía abstraerme oyendo el canto de la alondra, o pensando en lo que habría al otro lado de los montes, que interceptaban con tanta brusquedad mis deseos de ver lejos, muy lejos, desde que tenía la dicha de estar sobre una colina.

Me siento en la misma piedra, iluminado por el mismo sol. ¡Qué grande es este silencio y qué bello el oro de esa luz que dora los treinta pueblos del valle, envueltos en la trasparencia de un cielo que se abre como una puerta en la inmensidad!

Recuerdo la travesía fatigosa de aquel riacho cuando volvía de misa.

¡Largo era el camino! Ahora alcanzo la iglesia con la mano. Si grito, el cura oye mi voz. Me siento incrédulo; pero los ojos no mienten. Desde aquí al extremo de la propiedad era antes un viaje inacabable; ahora tengo la sensación de que en pocos minutos recorrería el trecho, cuya representación pasada tanto insiste en defenderse. Las

plantas escapan a este raro fenómeno de espacio. En efecto; los cerezos a uno y a otro lado de la calzada son los de entonces; pero altos, ¡qué altos! Lo demás conserva esa tenacidad que en América no comprenderemos nunca. El Lesima, cubierto de blancas aldeas, cultivado hasta la copa, 1.200 metros, y manchado de bosques de hayas, robles y avellanos, es una pirámide iluminada intensamente por el sol que recibe de frente; las cintas de nieve que lo cruzan aquí y acullá, evocan otros días, aquel día inolvidable de agosto que lo ascendimos, después de seis horas, un grupo de excursionistas, y desde la altura, veíamos a la izquierda el mar, a la derecha el Pó y los Alpes, maravillados del horizonte que abarcaban nuestros ojos. Allí está Milán: allí Tortona; allí Alejandría; allí Novi; allí Pavía... y Génova ahí, decía un mocetón que recorriera a pie la Lombardía, el Piamonte y la Liguria.

¿Y por qué está Bell'Aria desierta? Deseo entrar.

¿Tal vez los mismos muebles? Sobre una mesa, recuerdo, al partir dejamos ocho tomos, una historia de los mártires escrita el siglo XVII, probablemente del abuelo de mi bisabuelo. Tenía interés en ello. Pero por ninguna de las puertas y ventanas asoma el hombre. ¡Qué lejos estoy del mundo!

Me dispongo a volver. Mis piernas se resisten y mis ojos pagan su tributo. Siquiera algo para despedirme. Me aproximo a la puerta de roble y la toco con mis manos; me aproximo a las celosías y las toco con mis manos; piso la piedra del umbral, miro su frente… y parto, consolado, porque en el tacto llevo el espíritu de aquellos objetos.

Veinte minutos después, a la sombra de la sierra, subo al coche. El sol ilumina Bell'Aria; parece con su revoque blanco y sus persianas verdes, sonreirme con la dulzura de mi infancia.

V

Contraje matrimonio en San Juan el 8 de julio de 1891, con Julia Pozo, hija de don Manuel Pozo y Petrona Moreno Navarro; hermana ésta de don Manuel, Vicente, Melitón, Justina y Antonio Moreno.

Tuve siete hijos; Víctor A., graduado de médico en la Universidad de Buenos Aires. Casó en La Plata con Ester della Croce y tuvo una hija, Sara.

Alda, graduada de profesora en la Universidad de La Plata y casada después con Horacio Malter Terrada, médico, de quien tuvo tres hijos: Horacio, Willac George y Juan Carlos.

Julia, casada con Martín Sommariva.

Nelva, graduada de bachiller en el Liceo de La Plata (Universidad), casó con Jaime Sánchez Viamonte, agrimensor, de quien tuvo tres hijos: Julio César, Jaime y Nelva.

Eke, graduado de odontólogo en la Universidad de Buenos Aires, casó con Nélida Taurel, de quien tuvo dos hijas: Nélida y Okia.

Okia, se recibió de bachiller en el Liceo de la Universidad de La Plata, casó con Luis Felipe Cieza Rodríguez, médico, de quien tuvo tres hijos: Okia, Luis Felipe y Julia Elena.

Calos de Narké, graduado de médico en la Universidad de Buenos Aires, casó con Angélica López Lecube, de quien tuvo un hijo: Víctor Narké.

ÍNDICE

Prólogo. (Ensayo biográfico)
Capítulo I. — Genealogía
De Buenos Aires a Génova
Bell'Aria
Capítulo II. — Merlo
En la escuela primaria
Bernardo Moretti
Capítulo III. — Paraná
En la escuela normal
Milicua, Bavio, Herrera, Carbó, Scalabrini
El positivismo de Augusto Comte
Capítulo IV. — San Juan
Museos Escolares y La Escuela Moderna
Pablo Berutti. Julia Pozo
La política activa
Capítulo V. — Mercedes
Rodolfo Senet
Una escuela modelo
José Ingenieros
Alejandro Mercante
Capítulo VI. — Piedras en el camino
La Divina Comedia
La casa paterna

ESTE LIBRO
SE TERMINO DE IMPRIMIR EL DIA
29 DE SEPTIEMBRE DE 1944 EN LA
IMPRENTA FERRARI HERMANOS
BARTOLOME MITRE 3355 - 65
BUENOS AIRES

Quienes escriben

Víctor Mercante

Nació en 1870 en el seno de una familia humilde radicada en Merlo, provincia de Buenos Aires. Falleció de manera inesperada cuando regresaba de un congreso en Chile, hacia 1934. Se formó como maestro en la Escuela Normal de Paraná y dirigió numerosas instituciones educativas, entre ellas, la Escuela Normal Mixta de Mercedes y la pionera Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. Los temas que conforman su obra abarcan distintos géneros: producciones pedagógicas, libros de texto, biografías, ensayos históricos, óperas. En el plano de las políticas públicas, desempeñó un papel central en la elaboración del anteproyecto de creación de la Escuela Intermedia, insumo que derivó en un texto fundante sobre el estudio de la adolescencia en Argentina.

Nicolás Arata

Doctor en Ciencias en la Especialidad de Investigaciones Educativas CINVESTAV-IPN, México; doctor en Educación Universidad de Buenos Aires; magíster en Ciencias Sociales con orientación en educación por la FLACSO; licenciado en Ciencias de la Educación por la Universidad de Buenos Aires. Presidente de la Sociedad Argentina de Investigación y Enseñanza en la Historia de la Educación (SAIEHE). Se desempeñó como director de Formación y Producción Editorial y coordinador académico del Programa de Posgrados de CLACSO. Es profesor de la Universidad Pedagógica Nacional

(UNIPE) y la de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Actualmente dirige la colección Hacer Pedagógica, de la editorial Prometeo.

Myriam Southwell

Doctora (PhD) por el Departamento de Gobierno de la Universidad de Essex (Inglaterra); magíster en Ciencias Sociales con orientación en educación Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) Argentina; profesora y licenciada en Ciencias de la Educación (FaHCE-UNLP), Argentina.

Es investigadora principal del CONICET y vicedirectora del IdIHCS (UNLP/CONICET).

Profesora titular por concurso de la cátedra de Historia de la Educación Argentina y Latinoamericana (FaHCE-UNLP), institución en la que dirige el Doctorado en Ciencias de la Educación. Fue secretaria académica de FLACSO Argentina, presidente de la Sociedad Argentina de Historia de la Educación, y autora de numerosos trabajos en temas de teoría, historia y política de la educación.

Es compiladora y autora de los libros recientes: *Formación y trabajo docente: Nuevas reflexiones sobre identidades, instituciones y prácticas*; *Ceremonias en la tormenta: 200 años de formación y trabajo docente en Argentina*; *Posiciones docente. Interpelaciones sobre la escuela y lo justo*; *Hacer posible la escuela. Vínculos generacionales en la Secundaria*; *Entre generaciones. Exploraciones sobre educación, instituciones y cultura*; *La escuela y lo justo: ensayos acerca de las medidas de lo posible,* y *Educación de la Sensibilidad en la Argentina Moderna*.

Este libro es el escrito autobiográfico que Mercante dejó preparado un mes antes de su inesperado fallecimiento, y que fue publicado una década más tarde bajo el título Una vida realizada (1944). A través de un ejercicio autobiográfico, Mercante desarrolla una bildungsroman en la que reconstruye sus etapas de formación y primeros pasos en la docencia, combinando el tránsito por Italia y Argentina, los elementos institucionales y culturales del normalismo, los atributos personales y las corrientes pedagógicas en curso entre finales del siglo XIX y principios del XX. El libro en su conjunto puede ser leído como una estrategia de autorrepresentación que —en la medida que avanza en su desarrollo— va explicando (y justificando) el surgimiento de una posición pedagógica moderna. A lo largo de sus páginas, Mercante alterna los episodios de costumbres (son notables las referencias a sus días de formación en la Escuela Normal de Paraná) con el panegírico (especialmente el que está dirigido a su maestro, Pedro Scalabrini), los retratos físicos y morales, en un recorrido que pasa por diferentes localidades de la provincia de Buenos Aires, con episodios de iniciación que luego se intercalan con la reflexión sobre los ejes sobre los que debe profundizarse la formación pedagógica, juicios políticos e históricos, la teorización sobre la cientificidad pedagógica y la evocación subjetiva.

Memorabilia, 5

ISBN: 978-950-34-2735-4

EDICIONES DE LA FAHCE